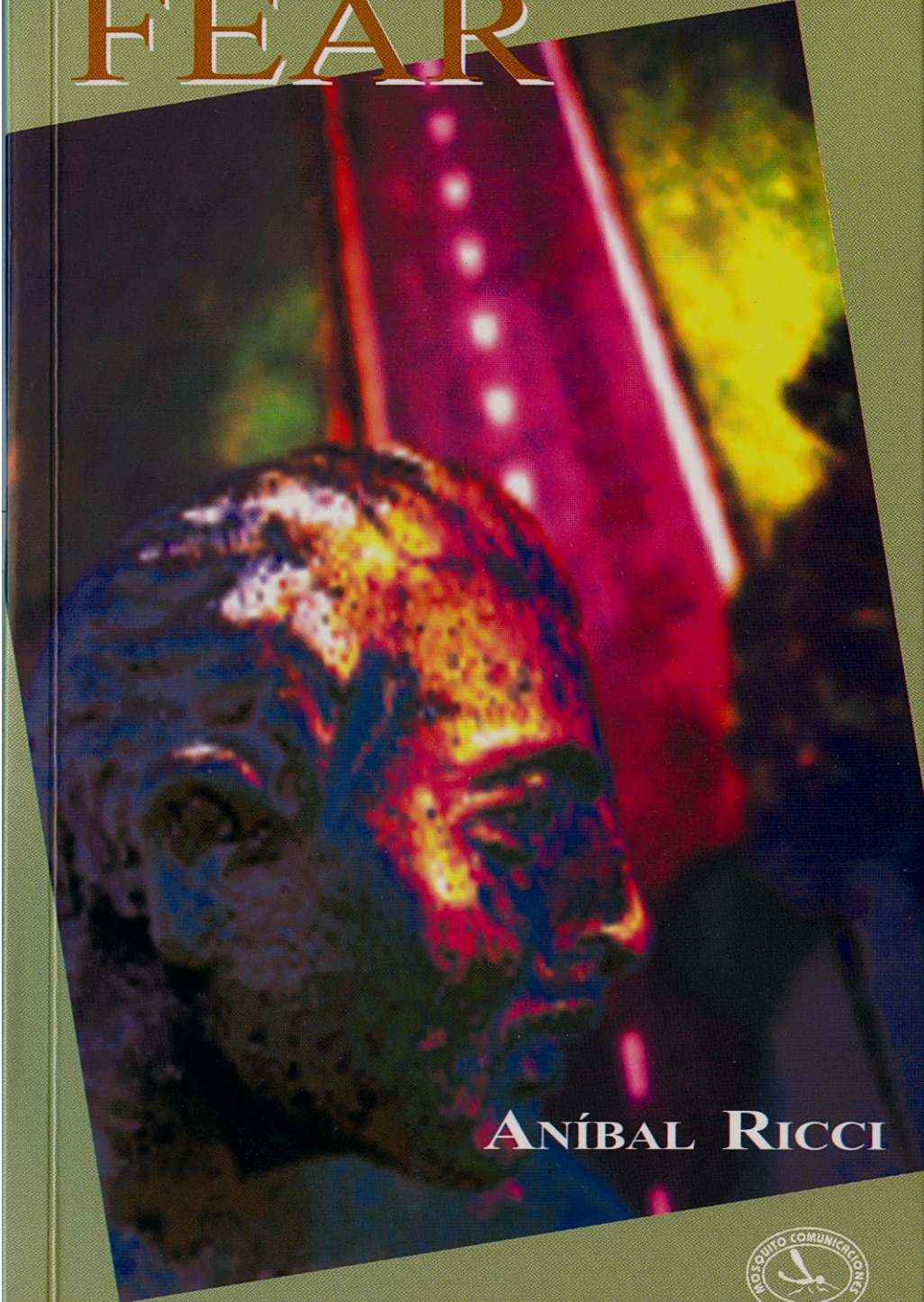


FEAR



ANÍBAL RICCI



FEAR

Aníbal Ricci Anduaga

Mosquito Comunicaciones, 2007

© Aníbal Ricci
© Mosquito Comunicaciones, para la presente edición

Primera edición en Chile: Octubre 2007
Reg. Propiedad Intelectual N°: 165.438

I.S.B.N.: 978-956-265-184-4

Impreso en los Talleres Gráficos de
MOSQUITO COMUNICACIONES

Fotografía de portada, Mario Douzet Carafí

Lo primero que ocurre con la novela *Fear*, de Aníbal Ricci Anduaga, es que pasando las primeras páginas ya estamos absolutamente inmersos en el tema, diría de cabeza, si es que allí mismo no comenzara a gotearnos la nariz. Así de efectiva es su entrada, una aspirada a fondo en la materia narrativa, la huída o la fuga de un perseguido que conectado perpetuamente al tekno, a la música del audífono que no deja de sonar, la imagen de TV, teléfonos, dinero plástico, tarjetas... tiene por delante la carretera sin fin, en una suerte de Dean Moriarty de Jack Kerouac al revés, porque la ruta en fuga, o la conciencia, en vez de expandirse, como en "On the road", se angosta cada vez más, en un carril estrecho y artificial como una larga línea blanca, una visión de este héroe de la posmodernidad al enfilarse por la ruta de Mar del Plata a Villa Gesell, y cuyo aprendizaje al volver a Itaca, es que los caminos ya no conducen a Roma, sino que están cerrados, que otro Moriarty no puede ser, que sus ganas de vivir debe encauzarlas en un paquete turístico, aprender del disciplinamiento y sensatez de los que marcan tarjetas, se mienten a sí mismos al levantarse frente al espejo y al acostarse también, porque el espacio, el habitat natural de la nueva ciudad está agotado, por eso llega al fondo y al final, de donde sólo los espíritus fuertes regresan y miran ya desde la otra orilla.

Una novela que no da descanso alguno, de principio a fin.

Roberto Rivera Vicencio

A la memoria de Honorio “Floyd” Oroz

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Tarde del 27 de octubre de 2000.

San Andrés Tuxtla, México.

Huyo. No quiero enfrentar. No puedo. Miro directo a la cara de estos cabrones mexicanos (siento el asedio). Pido un boleto de autobús con destino a Villa Hermosa (de ahí a Palenque, pienso) y el que vende los boletos me dice que tengo que esperar a las 17:15 para ver si hay cupo.

Son las 17:00. Empiezan a aparecer los rostros conocidos (igual de chingados que los del resto). Noto que dos se ponen de acuerdo con el de la boletería. ¿Qué hago? ¿Viajo igual? Tambalea mi plan de ir a Palenque y San Cristóbal de Las Casas (quizás sea muy peligroso pasar por Chiapas).

A las 17:15 veo más rostros sospechosos. Cuando aparece la señora Érica me doy cuenta de que mis sospechas eran fundadas. Mis ideas se agolpan desordenadas, pero así y todo estoy seguro de que esta vieja de mierda me ha seguido desde Acapulco. Pienso en ir a la policía pero ¿qué les diría? ¡No me creerían! En un pueblo pequeño como San Andrés quizás hasta la policía pueda estar coimeada.

Miro de nuevo el reloj: 17:25 (para variar el bus está atrasado). Érica me sigue pero no sabe que yo sé su nombre. Es una señora de unos 50 años, bastante gorda a la que le cuelgan un par de lentes del cuello. Tiene un modo cínico: su rostro a veces parece respetable aunque se delata al abrir la boca. Su voz un tanto chillona es de vieja entrometida. De pronto avanza unos pasos hacia la ventanilla. Inmediatamente me acerco, lo suficiente para que mis oídos perciban: “Seis boletos para Villa Hermosa”. Son Érica y otros cinco los que me siguen, descubro al fin. Cuando agrega que son para el bus de las 17:15 ya no hay duda.

Dan las 17:30. ¡Hora de actuar! Con decisión me acerco al boletero delator. “¿A Villa Hermosa?”, me dice antes de que abra la boca (buena memoria, concha’ e tu madre

corrupto). Tiene una risita estúpida, como si adivinara lo que voy a decir. Leo el cartel que dice “Se Cambian Pasajes Sólo Hasta Media Hora Antes Del Horario De Salida De Los Buses”, colocado justo sobre su cabeza. Pido un pasaje a Ciudad de México y por fin le borro su cínica risa. “¿A dónde?”, pregunta con una mueca de incredulidad. “¿No quería ir a...?” (No, imbécil.) “¡A la capital!”, le repito, y de paso miro a los rostros sospechosos de la estación. Me pasa mi boleto pero siento su mirada posada otro rato sobre mí. De pronto busca los ojos de Érica (que ya me escuchó) cuyo rostro se descompone al igual que las miradas de otras tres personas. Dos eran de los ya sospechosos. La tercera es otra gorda levemente más joven que Érica a la que esta última se acerca. Ya no las escucho. De los labios de Érica surge: “El chileno...”, pero no descifro el resto. Luego la otra señora se acerca al boletero (ahora puedo oír) y me relajo un tanto cuando éste le dice que el computador no le permite hacer devolución de los pasajes. Furiosa abre su cartera, saca unos pesos (parece que no le alcanza) y compra solamente cinco pasajes a la capital. Ahora sólo tengo que descubrir al quinto que me acompañará en el bus junto a las viejas y los dos secuaces (el sexto se queda en San Andrés, me imagino).

El pasaje es para las 23:10. Tengo que permanecer otras cinco horas en este pinche pueblo (odio que se me pegue el hablar mexicano) y a cada minuto me impaciento más. De a poco se ha ido apoderando de mí cierto miedo a esta gente: son tan corruptos que no imagino hasta dónde pueden llegar. Este pueblo es muy pequeño, me siento acorralado y no puedo confiar en nadie. ¿Me estará siguiendo todo el pueblo? ¡Qué idea más estúpida!, pienso luego. Los que me siguen no pueden tener tanto dinero.

Al sonarme las tripas me doy cuenta de que no he comido nada. Salgo de la estación y cruzando la calle doy con una taquería vacía (sólo tiene cuatro mesas), atendida por una diminuta mujer. Luego de sentarme le pido unas picadas. Las devoro y al terminar veo que la mujer es cuchicheada por otra (¿será sospechosa?). Luego vuelve a quedar sola. Anteriormente me había hablado bastante suelta acerca de que trabajaba hasta las 24:00 en el negocio (no era de ella), pero ahora la veo tensa y no me atrevo a pedirle otra cosa que no sea envasada. Le compro unas papas fritas en bolsa, le pago y al salir me doy cuenta de que estoy maldito. Es como si contaminase a cada persona con la que hablo.

Caminando calle abajo (hacia el centro del pueblo) miro la hora: 18:45. Cruzo a la vereda del frente para ver si me siguen: dos sospechosos es mi recuento. Oscurece y el miedo a quedarme en el pueblo me detiene frente al pórtico de la iglesia. Ingreso rápidamente y me tranquilizo. Es un territorio neutral. Restauro mi mente y me devuelvo raudo a la estación de autobuses. Son las 19:05. ¡Qué alivio! No están los sospechosos.

Diez minutos más tarde estoy sentado dentro de la sala de espera. Veo el televisor pero de reojo miro a la única entrada. Cuando entra uno de ellos mis manos alcanzan la mochila. Nervioso, la coloco entre mis piernas. Entra el segundo y abro el bolso. Saco un libro que estoy leyendo (más bien, donde escondo la mirada). Leo lento, no me puedo concentrar demasiado. Cuando alzo la vista siento a más de seis personas atentas a mis movimientos. Dan las 20:00 y el temblor de mis manos se hace demasiado evidente. Ya casi no leo, sólo escucho conversaciones extrañas donde al parecer soy el protagonista. Extraigo el walkman y me coloco los audífonos. Todavía no oigo música pero me creo ya protegido. No encuentro el cassette (por la chucha). Por fin aparece, lo coloco y un “...paasó, paasó... pasó nuestro cuarto de hora...” me lleva a otro lugar. Fito me comprende. Tomo nuevamente el libro. Trato de leer. No avanzo ninguna línea. En mi mente aparece la carretera argentina entre Mar del Plata y Gesell donde la oscuridad me protege. Subo el volumen y con el “...dos en la ciudaaad...” comienzo a cantar. Estoy realmente solo, no me sigue ningún auto. ¿Cómo llegué a esta situación? No entiendo para qué me siguen (creo); sin embargo, tampoco me importa. Ahora soy sólo yo, mi Ford rentado y las líneas de la carretera. Acelero y las líneas se unen en un interminable camino blanco hacia la nada. ¡Por fin una sensación de paz. ¡Es como si vivir fuera ir de un lado para otro! Ahora que lo pienso, eso he hecho toda mi vida: nunca me he puesto metas, sólo recorridos...

Me sobresalta alguien que se sienta a mi lado. Abro los ojos, vuelvo un mes hacia el presente y encuentro a una viejita algo agitanada que me pregunta si voy a Ciudad de México. Todo el relaxo logrado se transforma en desconfianza. Me pide plata y se la niego. Quizás no tenga nada que ver con los otros pero igual repito que ¡no tengo! Luego se aparta ante mi furia. Desconcertado, miro el entorno. A los rostros ya habituales se han agregado algunos más intimidantes. Me levanto sin preámbulos y me coloco lo más cerca posible del guardia de seguridad. Todos siguen mis desplazamientos (quiero ir al baño y no me atrevo). Enseguida advierto que el guardia está confabulado (igual me siento más a salvo). Mi garganta está seca. Miro a los de aspecto amenazante: uno se desplazó cerca mío, más bien al asiento a mis espaldas. Estoy casi inmovilizado. Sólo se mueven mis ojos que se clavan en el televisor (son por fin las 21:00) que comienza a proyectar “La mosca”. Cronenberg es un viejo conocido y me ha de ayudar. Me escabullo nuevamente, esta vez en la película. Más los avisos, tengo por lo menos dos horas de evasión.

Ha transcurrido media hora, dan unos comerciales y voy al baño. Me siguen los dos más peligrosos. No alcanzo a orinar completamente cuando ellos entran. Detengo abruptamente mi necesidad y salgo. La media hora de cierto relaxo se tensiona al ver que

los dos salen inmediatamente detrás mío, y más aun al ver que mi asiento ha sido ocupado por la diminuta mujer de la taquería. ¿No salía a las 24:00? Ahora sí siento que todo el pueblo me persigue y vislumbro que el viaje a Ciudad de México será un infierno.

CAPÍTULO 2

11 de octubre de 2000.

La tarde era calurosa. Mi polera negra la hacía peor. Caminaba atontado por la avenida principal con toda esa gente en la calle. Al detenerme a tomar un suco de laranja, escucho hablar francés. Otra persona habla alemán. ¡Qué ciudad más cosmopolita! Me siento más tranquilo entre tanto turista. Paso a cambiar unos dólares y me dan casi 300 reales. La efervescencia de la ciudad me hará pasar desapercibido para poder salir de Brasil en el anonimato. Sigo caminando... Es la segunda agencia de viajes a la que entro. Veo a una hermosa mujer tras el escritorio. Tomo asiento y mientras termina de hablar por teléfono hurgo los folletos de viajes. Cartagena (muy peligroso), Caracas (muy caro), Guatemala (más caro). Mejor algo que ya conozca. Luciana (leo su tarjeta de presentación) cuelga el teléfono y en portugués me pregunta qué deseo. Le respondo en portugués e inmediatamente comienza a conversar en perfecto castellano (¡qué sorpresa!). “Quiero un tour fuera del país”, le digo. Tengo presupuestado gastar mil dólares. Me muestra algunos destinos. Entre Panamá y México prefiero este último. Hace unos años estuve allá y me podrá escabullir más fácil de mis perseguidores. ¡Está decidido! Miro un calendario: hoy es miércoles (mañana feriado) y le confirmo que viajaré el 14. Me encantaría invitarla a salir por la noche pero no debo llamar la atención (con ella, preciosa, sería imposible). Me despido y me devuelvo al departamento que renté el día anterior, no sin antes (¿necesito un trago?) comprar una botella de whisky. Veo televisión y me quedo dormido en la hamaca. Me despierto a las 22:00, me ducho y vuelvo a salir. Copacabana no duerme: hay más gente en las calles. Se respira tanta electricidad como en Avenida Corrientes pero aquí es mayor. Tomo un taxi y apenas me entiende adónde quiero ir. Me hace un tour por Rio. Los locales de música en vivo están cerrados. Me divertiré solo, entonces. Mi memoria ya borró la resaca de hace tres días (6 gramos). Me cuesta traducirle al taxista que necesito droga. Me lleva a un lugar a unos 25 minutos, entramos a la periferia de una favela, él se

baja y regresa de inmediato con el equivalente a los cien reales que le pasé: diez gramos de cocaína. Le digo que me regrese a Copacabana y no le hablo más.

El departamento adquiere vida con el “acaabo de llegar ...no soy un extraño...”, pero en realidad no “conozco esta ciudad...”. Juraría que al vecino del 1202 lo he visto varias veces y... mi itinerario (pienso)... no ha sido de lo más lógico como para toparlo dos veces en el mismo día. Sin embargo, “me quedo piola y empiezo a pescar...” Por fin transo con mi cabeza y el loco Charly me lleva a la cocina donde me sirvo un whisky en las rocas. Vuelvo al living y coloco la tele en el canal de videos eróticos (sin volumen). Creo que después de lo del domingo pasado, no podría meter una puta al departamento ...La conductora del programa es exquisita... y en realidad no tengo ánimo para engrupir en una discoteca ...la primera gatinha es juguetona... Tampoco para ir a un night-club, como la otra noche... ahora aparece una segunda menina y su mirada ruboriza a la otra... Me comienzo a masturbar ...le comienza a sacar la ropa... Me termino mi segundo whisky ...luego suelta la propia... Acerco una pequeña mesita hacia la hamaca ...roza sus senos con los de ella... abro una bolsita de cocaína ...acaricia su cabello con una mano... la tarjeta la corta ...ahora con la otra... entro un billete ...suavemente la envuelve... hago dos líneas largas ...sus miradas se detienen... la primera consumida ...en sus labios... la segunda ...la besa... y se unen mis ímpetus a los de esas dos bocas. Balanceado unos minutos por la hamaca quedo relajado con la mirada fija en la ventana. De ella penetran los ruidos que, subiendo doce pisos, hacen volver las sospechas acerca de mi vecino. Desato otra bolsa para alejarlo. Esta vez se convierte en cuatro líneas. Seis en el siguiente gramo. No desaparece. Veo su cara y la de su esposa, cómplices. Ella lo mira y sus ojos ríen (igual me doy cuenta). Él me evita. Cuando se abre la puerta del ascensor ellos salen primero, luego se secretean y, por último, desaparecen tras el 1202. ¡Es hora del cuarto gramo! Son pasadas las dos de la madrugada. Dejo el quinto a medias, me saco la ropa y voy a tomar una ducha para refrescar (borrar) mi memoria. El agua está fría y me hace pensar en otra cosa. Cuando cierro la llave vienen “...dinosaurios... van a desaparecer...”, susurra García en su canción. Pienso que es cosa del pasado... sin embargo, siento que es una premonición. ¡Tac!, suena la tecla del “play”. Necesito otro cassette para seguir en trance. Tomo el de Páez, que me dice “...la noche entre el whisky y la coca... se nos paasooó...”, y me río al advertir la coincidencia. ¡Ya no estoy tan solo! Todavía no termino el quinto gramo cuando estoy abriendo el sexto. Lo corto con la tarjeta, lo mezclo con el resto y dibujo ocho rayas. Las dejo listas. Me vuelvo a recostar en la hamaca. Mis pulmones están mentolados y la sensación de paz es infinita... Podría hasta volar de un duodécimo piso.

Me levanto y voy a la cocina a buscar el whisky. Ya no necesito vaso. Tomo varios sorbos largos y me tranquilizo. Regreso al living y retorno con otra bolsa que vierto en el frío piso de la cocina. Las ocho líneas blancas siguen junto a la hamaca. Ahora reposo sobre el sillón (bebiendo), equidistante de los dos montones de droga dispuestos. Cambio el lado del cassette y adelanto la primera. Siento que mi presente está “desierto”. Fito me dice que “...tengo el coraje... y tengo el deseo...”, pero “...con látigo en mano... me siento indefenso...”. Caigo ahora en el recuerdo de los muslos de Gloria. Hoy ni siquiera la odio. Su cara al acercarse sin ropas era lo más increíble que había visto. Su hueco entre los dientes. Esos ojos que tras sus párpados rasgados ocultaban una sensualidad... sexualidad que no pude resistir. Derribó todas mis corazas (bebo otro sorbo). ¿Por qué le ofrecí lo que quedaba de mí? Me levanto hacia la mesita. Inspiro dos líneas completas, la tercera a medias. Estoy bastante intoxicado, pero sé que estas tres líneas reavivan la imagen de Gloria en mi cabeza. La fijan. Quizás éramos muy parecidos. Teníamos pasado y no podíamos conversarlo. Demasiado inteligentes para confiar. ¿Demasiado orgullo? (estúpido orgullo, diría yo). ¿Por qué no le confié lo que siempre me atormentó? Lo mismo que le confié alguna vez a una extraña (que nunca más vi). Por qué seguir corriendo, bailando, tomando, drogándome como ahora. A nadie le importa, “...la rabia que escupo... se la lleva el viento...”. De nuevo la música me lleva a la ¿realidad? y termino de jalarme las otras cinco líneas, tan seguida una de otra que me levantan demasiado... y ya sin pensar (tarjeta en mano) me abalanzo sobre el piso de la cocina, que ya no siento frío. Debo parecer una babosa arrastrándome por el suelo. Luego mi mano temblorosa apenas ordena la coca (ya casi no escucho la música). No sé dónde está el billete, me ayudo con la tarjeta. Pero es tanto el movimiento del brazo que se cae casi la mitad. No importa. La lengua lame el piso y luego, al quedar boca arriba, siento que el corazón llega al techo. Estoy a punto de perder el sentido. Quiero buscar la botella, pero no me obedecen los músculos. Mis ojos no dejan de enfocar el extractor del techo. No sé cómo, pero logro llegar al living. El whisky me calma un poco. Como un animal reptó hacia el baño. Doy el agua helada. Me siento como borracho en el piso de la ducha. El agua me cae sobre la cara y no me despierta (tampoco me duerme). Inmóvil bajo el agua, la música da eco en las paredes del baño. “...Hay gente que inspira... que come excrementos... hay gente que aspira... la coca y el tiempo...” es lo último que retuvo mi mente antes de desmayar.

Despierto tirado en el piso del corredor con el pelo mojado. La ducha todavía suena en el baño. El efecto de la droga se apagó con la música. No sé qué hora es (perdí el reloj hace tres días). Me levanto y regreso al baño. Cierro la llave. Con el último hilo de agua se

van todos los sonidos del departamento. Empiezan los otros tras los muros. Me persigo. Oigo algo en el ducto de ventilación. Me trepo a la mesa del lavamanos y a través de la rejilla veo el baño del departamento contiguo. Trato de ver si algo se mueve. Contengo la respiración (y acaso mi corazón). Siento una presencia dentro de ese baño. No la veo pero hay crujidos justo debajo. Quiero ver una cara (por último una sombra). Saber si es hombre o mujer. Estoy cansado de huir de susurros fuera del alcance de mi vista. Espero largo rato a que algo aparezca. Luego hay demasiado silencio. Ruido de respiración contenida. Me desespero y salto del lavamanos. La botella está sobre la televisión. Ya se terminaron las imágenes. Es la única fuente de luz. Mi cara también se ilumina al hurgar el bolsillo del pantalón que por fin encuentro en el suelo. Quedan algunas bolsitas. Vierto sus contenidos sobre el televisor. Son muchísimas rayas que brillan en la oscuridad (ya no las cuento). Lleno el vaso de whisky. Me lo tomo al seco y comienzo a desaparecer las huellas. Es como borrar pisadas. Cada una es una parte de mi humanidad. Voy en la mitad y casi no me reconozco. Me doy cuenta de que mi mucosidad no deja ingresar más droga por la nariz. Voy al baño y me sueño. Apenas me tambaleo entre las paredes. Vuelvo a la carga. Abrazo el televisor, me siento y veo la luz titilante...

Despierto con sonidos matinales. Desconozco los dibujos del piso. Son como tablero de ajedrez. Sigo desnudo pero esta vez (qué vergüenza) veo la puerta del departamento desde el otro lado. ¿Qué mala movida habré jugado? Veo el número 1201 en la puerta. Trato de recordar y no puedo.

CAPÍTULO 3

13 de octubre de 2000.

Por segunda vez en mi viaje ellos comienzan a hacerse notar. El teleférico se balancea entre la terraza intermedia y la más alta. El cerro debe tener unos 300 metros y una caída desde esa altura sería fatal. Me fijo en que no hay otro camino de regreso que este andarivel. Tiene unas veinte personas y un grupo canta en portugués a manera de burla. No entiendo lo que dicen pero me perturban. Qué ilusoria mi creencia de que un día en un costoso hotel calmaría los ánimos de mis perseguidores. ¡Tengo que analizar! ¡Cálmate!, me repito en silencio. Era obvio que lo ocurrido antenoche había sido grave. Si no, cómo explicar que haya aparecido la policía. Por más que trataba de recordar, no podía. Sólo aparecía en mi mente la tremenda vergüenza de estar en pelotas frente a mis vecinos del 1202, que sin duda estuvieron mirando por el ojo de buey. Ahora mis espectadores son éstos que cantan. Me extraña que entre ellos haya algunos gringos. ¿Hasta los turistas se burlan de mí? O quizás son los moradores de los otros pisos del puto edificio.

¡No sabía dónde meterme! Esa noche, para evitar ser visto desnudo, me escondí en las escaleras. Primero entre el undécimo y el duodécimo. Luego en el entrepiso de más abajo cuando sentí un ruido en el undécimo. También me hacía subir y bajar el ascensor con la gente que llegaba del carrete (no sabía en qué piso se abrirían las puertas). Así estuve por el lapso de media hora hasta que me refugié en lo que, pensé, era la escalera que daba al ático. Craso error que no tuvo remedio, pues el ascensor siguió subiendo hasta abrirse en el doce (era el morador del piso trece). Con la cabeza gacha y la voz avergonzada le dije que me quedé afuera. Se me perdió la llave. Ahora sí me sentí un completo estúpido. ¡Yo, desnudo, a quien ese hombre no había visto en su vida, le explicaba... lo inexplicable! Él, quizás más avergonzado que yo, no pronunció palabra. Se devolvió, pero esta vez por las escaleras. Sus pasos se alejaron varios pisos (pero no doce). Sonó un timbre, una puerta, y de ahí a esperar lo peor. Decidí permanecer ahí mismo. Pero

en los siguientes quince minutos no ocurrió nada. Fue todo tan tenso que perdí la conciencia.

La voz de una vieja chillona me despertó. Agudicé mis sentidos pero no logré entender ni una palabra (su voz provenía del primer piso). Por su tono, estaba indignada. Le hablaría al conserje. Calculaba que eran más de las ocho. Sabía que debía abandonar las escaleras, pues pronto comenzarían a salir los habitantes del edificio. Entonces me armé de valor, pulsé el botón del ascensor (cesó la voz chillona) y mientras bajaba me iba envalentonando. ¿Cuál sería la excusa? Me asaltaron, elucubré. Cuando el ascensor se detuvo tenía valor para enfrentar a dos personas. Se abrió la puerta y me quedé mudo. La vieja empezó a chillar. También hablaba español (qué perdición). No me podría escudar en el idioma. Pero lo que no esperaba era... la policía. Esos tres uniformados me intimidaron tanto que, sin bajar del ascensor, adopté la posición de ovillo. Al segundo estaba a ras de piso con los tres dentro del ascensor. Pensé lo peor. Me encerrarán unos días en la cárcel. No entendí por qué manipulaban el ascensor para que éste subiese y bajase. Si pensaban asustarme lo habían logrado. Seguía acurrucado y mi visión sólo alcanzaba las rodillas de estos tres. Casi no cruzaron palabra (habrán hablado con los ojos). Se vuelve a detener el ascensor, pero esta vez se bajan. Grita tan fuerte la señora que no entiendo lo que dicen los policías. Luego siento cuchicheos y me altero aun más. Se vuelve a abrir la puerta del ascensor y entra la señora. Me interroga acerca de qué pasó. Le digo que me asaltaron y me quitaron la ropa (con las llaves). No me cree, pues ve que estoy sumamente drogado. El policía que la acompaña tampoco, y comienza a hacer el ruido de jalar coca. Estoy en sus manos. La vieja me pregunta cómo entré por la puerta que da a la calle y le digo (con poco convencimiento) que estaba junta. No se me ocurrió algo mejor. Es casi imposible que me crean. La vieja insiste en que, si miento, me meto en un grave problema, pero vuelvo a repetir que todo sucedió como lo relaté. Luego aparece el conserje con las llaves y una sexta persona muy amable (¡qué extraño!) que apacigua los ánimos. Me vuelven a dejar solo en el ascensor. ¿Qué estarán tramando? Vuelve uno de los policías y me extiende un bermuda. Me lo coloco enseguida y me siento más humano. Entra otro policía con el hombre amable. Ahora estoy erguido y veo que aprietan el botón con el número doce. Nos bajamos. Puede que esta persona sea el morador del piso trece, pero por qué tanta amabilidad (como si me comprendiera). Intenta con varias llaves abrir el 1201. El ascensor suena y se bajan el conserje, la vieja y el último de los policías. Por fin se abre la puerta. ¡Qué desastre! El televisor prendido. Todas las mesas fuera de su sitio. Manchas de humedad por todo el lugar. Y... la ropa desparramada por las habitaciones. La señora se

adelanta y le dice a la policía que no me han asaltado, puesto que mi ropa está dentro del departamento. Otro policía encuentra las llaves en la mesa del comedor. Igual insisto en que me asaltaron. Todos sabemos que es mentira. Me preguntan si subí con alguien a la habitación. Ya no hablo más. La botella de whisky está casi vacía y... la droga (mi corazón se hace sentir). Miro asustado hacia la mesita de la hamaca. No recuerdo si dejé cocaína. Hasta el momento no hay rastro. Uno de los policías ya registró mi pantalón. No hay pruebas. Nervioso, pongo la mano sobre el televisor, donde tampoco hay. Cuando me dirijo a la cocina me detiene un policía. “Voy a tomar agua”, le respondo angustiado. Entra él primero (muero de miedo). El pasaje a la cárcel ya está listo. Pero, mayúscula sorpresa, no hay ningún indicio de cocaína en todo el departamento. Mi lengua limpió todo. Aliviado, tomo el vaso con agua y lo bebo despacio.

Más relajado, voy a la pieza y me cercioro de que mis cheques de viaje estén intactos. No tengo la menor intención de escuchar lo que dice la señora. Su parloteo es como una música desagradable. Tengo demasiado trabajo reuniendo mis pertenencias. Están dispersas por todo el departamento. Creo que no podré quedarme otra noche en el lugar. De pronto me doy cuenta de que uno de los policías ha tomado mi billetera y ha sacado mis documentos. Busca droga. Afortunadamente, no la encontrará. El policía anota mis datos personales en una libreta. Quiero impedir que la vieja los vea. No puedo (mejor me quedo callado). Finalmente, también los anota.

Uno de los policías se acerca con el hombre amable (tendrá unos 35 años) y este último me dice que tendré que irme de inmediato. Quizás sea mejor. Así no oiré más los gritos de esta señora. Les pido permiso para darme una ducha (necesito despejarme) y el conciliador no ve ningún problema.

Ya duchado (y con mi ropa), coloco todas las cosas en la mochila. Dejo fuera un par de cassettes y mi walkman. Los voy a necesitar para aislar mi vergüenza una vez que esté en la calle. Nuevamente me salva aquel personaje. “¿Están todas tus cosas?”, me dice, sin tomar en cuenta a la vieja (yo no entiendo nada). “¡Nos vamos!”, agrega. Y no sé cómo, pero de verdad nos vamos (con dos de los policías) y dejamos a la vieja atrás. Luego, mientras bajamos en el ascensor, no me preocupo demasiado. Llegamos a la calle y los policías se suben a la patrulla. ¿Tan fácil estoy libre? No sé de qué, pero desconfío. Comenzamos a caminar con este salvador (que habla español). Después de unas tres cuadras me dice: “Anda a la playa, el día está bueno”. Y ahí me despido agradeciéndole todo. Incluso (no sé para qué) le pedí que me disculpara con el dueño del departamento.

Seguí caminando diez, quince cuadras. Un reloj de la playa me confirmó que eran pasadas las diez. Voy cabizbajo y con el walkman encendido. El sol está fuerte y casi no he dormido. Aunque aislado de la gente, miro desconfiado a mi alrededor. No lo soporto. Hago parar un taxi y le digo que me lleve a un buen hotel. El chofer da varias vueltas. Siento que ha regresado al mismo lugar. Pero no estoy seguro. Me deja en un hotel que me pide cien dólares por día. Es un poco caro pero no importa, necesito esconderme.

La habitación del hotel era muy agradable. Tenía una salita de estar con una mesa y dos sillas, un sillón con un cuadro un poco más arriba y lo más importante, un frigobar lleno de gaseosas. Me tomo dos de inmediato. El baño es espectacular. Lo comfortable del lugar me permite descansar de mi mente; más bien, de mis malos augurios por lo que pudiese acontecer mientras no saliera de la ciudad. Sin embargo, no doy más. Tengo que descansar. Veo la cama y me desplomo... por unas diez horas.

Cuando desperté ya estaba oscuro. Hoy no saldré del hotel, pensé. Encendí el televisor. Una amplia cama, un muy bonito escritorio y un amplio closet me dieron cierta libertad dentro del encierro. Lo más importante era que la ventana daba a un patio interior que me mantendría alejado del bullicio de la calle. Para entretenerme tengo cable. Necesito ver algo que me relaje. El canal Sony parece el indicado. Lo sintonizo y voy a buscar algo de comer. Dentro de los snacks encuentro unas papas fritas, unas almendras y un chocolate. Al menos hoy no me atrevería a bajar al restorán del hotel. Luego abro el frigobar y saco algunas latas de refresco. Al recostarme en la cama y beber una me siento a mis anchas. No oigo ningún ruido extraño. Veo dos series del Sony Entertainment y hasta me río de buena gana. Sin embargo, siento curiosidad por lo que pasó anoche. Hay un pedazo en que no sé lo que hice. Lo mismo que me pasó el domingo pasado. No quiero preguntarme el porqué de estas intoxicaciones, pero sí quiero reconstruir lo que pasó. Veo un bloc de notas sobre el escritorio y me pongo a escribir. Recuerdo que ese breve encierro me permitió relatar los días previos a mi huida por Argentina. Al fin había logrado un espacio de paz. La misma que me faltaba ahora suspendido del andarivel del Pan de Azúcar.

El carro colgante iba ascendiendo muy... muy lento. Por suerte había traído mi walkman. Si no seguiría desnudo. Me miran burlándose pero ya no estoy solo. Joe Vasconcellos me protege con su “mujer ingrata...”. Mi temor a estos perseguidores me permite odiarlos fugazmente. Pero ya consumí mi corazón con odio. Gloria lo vació todo. “...Vas a ver... que no se juega con vida ajena mujer...”, me interpreta la canción. Ya sabrá de lo que soy capaz. Y aunque trato de olvidar “...la condena de una traición...”, no puedo.

No quiero. Quiero que sufra. Que sepa que me echó la culpa de ser insensible (injustamente). De no acompañarla en la muerte de su padre. Que sepa que ahora sí ya no siento nada.

Ya no los miro. Sólo veo que el andarivel está llegando a la cima. Se detiene. Soy de los primeros en descender. Por suerte la terraza es amplia. Mientras más me acerco a la baranda la panorámica me va sorprendiendo más. Se ven las numerosas bahías y lagunas que conforman Rio de Janeiro. Es increíble de verdad. Pese a que distinguí a cuatro cariocas que cuchichean con todos, la visión es tan conmovedora que puedo sustraerme. Es tan grande la ciudad y tiene tantos cerros. Es extraño, pero he perdido de vista a los dos gringos que acompañaban a los del andarivel. Dejo un rato el paisaje y detenidamente trato de ubicarlos. Los encuentro sentados en unas sillas del mirador. Cuando mi mirada cruza las suyas, inmediatamente se dan vuelta. Tienen una cámara y creo que me estaban filmando. Los otros cuatro ya saben que vi a sus amigos y paran su chismorreo. Está anocheciendo y algunas luces de la ciudad se han comenzado a encender. Les doy la espalda para seguir alimentando el alma con esta vista cada vez más nocturna. Ahora sí se delinea cada cerro y las lagunas son verdaderos hoyos negros. Permanezco diez minutos de pie y para evitar ser filmado me voy a sentar justo al lado de los gringos. Éstos dejan de conversar y se ponen nerviosos. Pero más lo estoy yo, que siento varios pares de ojos a mis espaldas. Comienza a refrescar y mi polera no es suficiente para aguantar el viento frío. Me da hambre y me acerco a la caseta que vende alimentos. Le pido un gatorade y un snack conocido (ya no quiero productos brasileros). Mientras me pasan lo que pedí, y pese a la oscuridad, me doy cuenta de que se ha ido mucha gente. Quedan pocas personas aparte de las que tengo en la mira. No me puedo quedar solo con ellos. Tengo que buscar alguna familia que se vea amistosa e irme con ella hacia el andarivel. De lejos veo que hay como diez personas en la cola. Cambio de frente y de pronto veo a un papá, una mamá, un hijo. Me termino rápido la bebida y los sigo. Me vuelvo a colocar los audífonos (sin encender el walkman), por si los cariocas que me siguen alcanzan a entrar al carro. Cuando llego a la estación con la familia, justo están dejando pasar. Está casi completo de pasajeros. Después de mí sólo pasan dos personas. Cierran la puerta y a través de la ventana diviso llegar a los sospechosos al andén. Se quedaron arriba. Guardo los audífonos y trato de disfrutar el camino de bajada. Se me hace corta la escapada ahora que es de noche. El carro se detiene en la estación intermedia y me bajo. Debo recorrer rápido la terraza para bajar enseguida al plano de la ciudad. Empiezo a caminar más rápido (casi trotando). Un vendedor de poleras me ataja. Me la vende más barata. Le digo que no. Me insiste y en ese

momento lo aparto. Mi mirada furiosa lo deja perplejo. Luego continúo mi camino al andén. Tengo suerte al ver que tras de mí no viene nadie. Soy sólo uno más entre los pasajeros. Este tramo es más rápido aun. Desciendo en la estación terminal y, sin hacer caso a ninguno de los taxistas que esperan abajo (sospecho de ellos), camino varias cuadras hasta que hago parar a uno cualquiera. Le muestro una caja de fósforos del hotel y ya más tranquilo le digo: “Lléveme a esta dirección”. No le hablo nada en el trayecto. Cuando llego al hotel le pregunto si me puede pasar a buscar a las 6:30 del día siguiente. Me dice que no hay problema y no le menciono que es para ir al aeropuerto. Entro al lobby del hotel y dejo todo cancelado. Tengo hambre pero no estoy para conversar con nadie. Subo solo en el ascensor. Entro en mi cuarto y del frigobar saco un par de bebidas. Ya estoy a salvo.

CAPÍTULO 4

23 de septiembre de 2000.

Santiago, Chile.

Era sábado por la mañana. Recién abría los ojos a las once. Mi gato dormía. Todavía estaba nervioso por lo que había sucedido ayer. Me sentía tan solo. Sabía que si les contaba a mis padres ni siquiera pensarían que estaba loco. Sólo dirían que me estaba acostando muy tarde y que por eso estaba tan nervioso. Por lo demás tampoco los quería enredar en algo que ni siquiera yo podía dimensionar.

No sabía quienes querían hacerme daño. Los de la empresa eran muy poca cosa. De seguro, alguien les habría pagado para que me hostigaran. Pero por ningún motivo eran los cabecillas de la conspiración.

La droga tenía algo que ver aunque en los últimos meses la estaba dejando. Sólo había consumido cuatro veces en estos seis meses. Pero también era cierto que la primera vez que el guatón Tagres me comenzó a amenazar (harán dos meses atrás) justo coincidió con la última intoxicada en Valparaíso. De pronto la rabia se apoderó de mí. ¿Me habrá seguido ese hijo de puta? Quizás durante todo este año, pensé. Pero sólo recordaba dos farras grandes en Santiago. Calculaba que para seguirme durante tanto tiempo tenía que haberse ayudado del Donoso y del Lobos. Éstos eran igual de cínicos y mediocres que el otro. Nunca me cayeron bien. Se hacían los chistosos pelando a todo el mundo. El gerente y el dueño de la empresa siempre quedaban como chaleco de mono. Obviamente a mí también me pelaban. Pero ¿para qué me seguirían? Yo no era alguien importante en la empresa. Por otro lado, no era mi culpa que ellos trabajaran en los departamentos peor evaluados. Las estadísticas no engañan. Eran mediocres y punto.

Tratando de hilar caí en un punto interesante: en Viña y Valparaíso siempre me seguía el mismo auto. Un Toyota Tercel blanco que según mis averiguaciones tenía

patente de Quilpué. Coincidentemente, el Lobos tenía su casa en esa zona. ¿Sería de algún pariente?

Seguía sin saber quienes serían los que manipulaban a estas tres marionetas que no tenían nada mejor que hacer que perseguirme. Me convencía de que les pagaban porque o si no mi impresión acerca de sus límites intelectuales... se habría quedado corta. En todo caso, la conexión con el mundo de las drogas tenía que ver con Tagres. ¡Estaba seguro! Sus ojos brillaban de tanto jalar coca. Era evidente que era el soplón del narcotráfico dentro de la empresa. Pero esta mafia no tenía rostros para mí. Era cierto que cuando consumía necesitaba bastantes gramos, pero sólo compraba a microtraficantes de poca monta. ¿Por qué perseguirme entonces? ¿Qué ganaban con ello? Quizás porque en la última intoxicada santiaguina perdí demasiado el control (ocho gramos fueron). ¿Sabía demasiado? Creo que no. Empecé a hacer un recuento de los lugares en donde había obtenido droga en el pasado: estaba “El 18”, Avenida Brasil, el barrio del mercado, Bellavista, Avenida Santa María, Santa Isabel, La Portada, Emilia Téllez, “El Crucero”, Carlos Dittborn, Gran Avenida y en el etcétera estaban las putas y putos de Providencia (sin tope de horario). Era increíble. Había recordado más de 20 lugares. Ahora que lo pensaba podía ser una bomba de tiempo. Dependía de las manos en las que cayera.

Aparte del Toyota Tercel, en Santiago me seguían un Astra station, una Blazer y un Toyota Corona, todos ellos blancos y con vidrios polarizados. Se iban turnando para seguirme de la casa al trabajo y viceversa. Los veía siempre entrando al estacionamiento de los moles, y últimamente me perseguían incluso cuando salía a correr.

Al principio no les di importancia. Los relacionaba con las tres chismosas lideradas por Tagres. Me acordé del tipo de cahuines que armaban. Una vez el Lobos me vio en Viña con una compañera de trabajo y armó (mintiendo) un tremendo escándalo que se supo de Iquique a Punta Arenas. Eran tan chismosas que las apodaban “primas” (siempre almorzaban juntas).

Pero alguien había llegado demasiado lejos esta vez. La noche del 22 de septiembre, mientras corría por Eliécer Parada, un Lanos color gris me trató de atropellar. Me salvé por unos centímetros.

Desde hacía dos meses que salía a correr tres veces por semana. Por ese entonces fue cuando toqué fondo. Había ido con un amigo porteño a conocer “La Cueva del Chivato”, una discoteca que ocupaba tres pisos de un edificio antiguo en la calle Errázuriz. Se accedía a través de una larga escalera de cincuenta peldaños, una especie de túnel en el que te iba invadiendo la música a medida que se subía. Las gradas

desembocaban en un ambiente con mesitas para tomarse algo y conversar. Más arriba, la escalera se bifurcaba y al llegar al tercer piso se ingresaba al espacio más bullicioso. Era muy interesante su gran barra central donde dos monumentales féminas atendían a los sedientos (no sólo de bebidas). Al fondo se podía ver una pasarela en forma de “T” y todo el resto era invadido por gente bailando. Nosotros nos situamos al final del rectángulo de la barra. Como se ubicaba más alto, podíamos observarlo todo. Era un ejercicio entretenido mientras te tomabas primero un tequila y luego un vodka. Mi amigo se topó con unas amigas y se perdió entre la gente. No tenía demasiadas ganas de conversar, así que no lo seguí. En cambio, me pedí otro vodka. Estaba muy deprimido. Mientras se sucedían las mujeres que desfilaban en la pasarela y más se agolpaba la gente, yo más me aislaba. El alcohol no hacía ningún efecto, así que pedí otro vodka con hielo (no sabía si era el tercero o el cuarto). Lo único interesante era un tipo borracho que les tomaba las piernas a las modelos en bikini. Una casi se cae y apareció la seguridad del recinto. Entre cuatro le dieron la dura. El tipo grita pero... ni sabe lo que dice. Por lo menos sentirá dolor. Yo, en cambio, permanezco inmóvil junto a la turba que se mueve. Estoy desolado. No me importa nada. Me termino mi trago y desciendo... los interminables peldaños.

Ya en la calle voy en busca del auto. Necesito algo de merca para sobrevivir esta noche. Le pregunto a un taxista y me dice que al final del puerto puedo encontrar algo. Sin pensar en el peligro me encamino. Cuando voy llegando le pregunto a una prostituta. “Yo te puedo llevar”, me dice. Le abro la puerta y en otra esquina se sube el contacto. Debe ser otra puta. Ahora me indican que suba a los cerros. Conduzco casi media hora por lugares impensados. Son tantas las curvas y esquinas que me siento algo mareado... y perdido. Sin embargo, la mina que va detrás, me sigue indicando qué hacer. Yo sólo obedezco.

Nos detenemos en lo que parece un terminal de buses urbano. El contacto se baja y nos pide que cerremos bien las puertas. Quizás dónde estamos. Si algo nos pasara, nadie se daría cuenta. La puta me conversa mientras yo no quito la vista de la calle. Los espejos del auto tampoco indican que haya actividad afuera. El único indicio de vida es el cuidador de la garita del terminal. Pero tampoco él se mueve. Finalmente, al cabo de cinco minutos, aparece la otra puta de un lugar distinto de aquel por donde se nos había esfumado. Le abro el pestillo y ya pronto está con nosotros. Nos contesta que sí consiguió. Antes de partir necesito encocarme para manejar (tengo que sacudirme el alcohol). Un pequeño cuaderno de una de las minas nos sirve de mesa. Yo aporto la

tarjeta de “Jalabella” y la otra saca unos lápices Bic. Nuestras narices actúan. Nuestras miradas se hacen cómplices. Es el momento de partir.

Compramos quince gramos por sólo setenta y cinco lucas. Más otros diez mil para la puta que nos hizo el contacto. “Está buena la merca”, le digo. Ella no me responde. Sólo pide otro poco durante el regreso al plano de la ciudad. En realidad estaba muy buena porque, pese a que había tomado bastante, igual me había pescado. Seguía manejando perdido, pero... bien despierto. Pese a que casi no habló, sus instrucciones (casi crípticas) nos volvieron a la esquina original. Quedamos sólo la puta y yo. Me dijo que conocía un lugar piola donde jalar tranquilos y para allá fuimos, no sin antes refrescar otra vez nuestros pulmones.

Era una casa vieja de dos pisos. La puerta de calle daba al segundo (escaleras mediante). El primero era ocupado por un bar de mala muerte al que se accedía por otro lado. De él provinieron algunas botellas para completar la fiesta. La puta me hablaba y seguía hablando. Yo jalaba. En vez de darme ánimos, me fui deprimiendo al punto de casi no hablar. Ya habíamos abierto la segunda bolsa de cinco gramos. La mina me seguía conversando y yo ya no tenía ningún interés en ella. Afortunadamente, era muy viciosa y con tal de drogarse le daba lo mismo que la pescara. Pienso que llevaba una hora en el lugar cuando se nos terminó la segunda bolsa. Los efectos en ella eran los esperados. Estaba tan eufórica que no paraba de moverse dentro de la habitación. Sus palabras terminaron uniéndose unas a otras. Era una sola gran palabra lo que salía de sus labios. A mí, en cambio, aparte de acelerarme el corazón, no me ponía en estado de alerta. Me era indiferente, como todo lo que me rodeaba en ese momento. Abrí la tercera bolsa. La siguiente hora la pasé tirado sobre la cama, viendo a la puta parándose y sentándose. No le entendía nada pero parece que comenzó a urgirse por la cantidad que yo estaba aspirando. Era ella quien no podía más. De pronto (con mandíbula desquiciada) me apretó del brazo: “No sigái, que te va a hacer mal”. Y como había perdido toda mi voluntad, le hice caso. No sé si quería irme, pero me fui.

Caminé por la calle como sonámbulo en busca del auto. No me acordaba de dónde lo había estacionado. Estaba amaneciendo y los primeros esbozos de claridad me permitieron averiguar dónde estaba metido. Era un barrio pobrísimo. Cuando lo vi (no le habían robado nada), divisé a unos maleantes en la esquina. Menos mal que no era de noche. Arranqué el contacto y partí lo más rápido que pude. Era primera vez que la cocaína no lograba sacarme de un estado depresivo. Manejaba como volado con marihuana. Pero además tenía sueño. Sentía que si perdía el control soltaría el volante.

En realidad, nada me importaba. Incluso estuve a punto de detenerme en la mitad del trayecto entre Valparaíso y Viña. Quería dormir.

Sin darme cuenta, estaba llegando a mi destino. Faltaban pocas cuadras para llegar al departamento. Me di cuenta de que manejaba con piloto automático. No chocaba sólo gracias a que no había nadie en las calles.

Al día siguiente fue cuando decidí dejar la droga. Y lo pude hacer durante estos dos meses. La poca voluntad que me quedó desde esa intoxicación la destinaba a ponerme las zapatillas cuando llegaba del trabajo. Al principio salía a trotar apenas (tenía hechos pedazos los pulmones), luego pude hacerlo más rápido, hasta terminar corriendo en los días anteriores al atentado. Como si estos dos meses me hubiera estado preparando para defender la vida.

Y me sirvió. Pues esa noche, cuando eran como las diez, sólo gracias a mis reflejos y al gran brinco que di, me logré zafar de ese Lanos gris. Pasó tan rápido que cuando me rehíce en el suelo (junto a la cuneta) no logré verle la patente. Hice una denuncia en los pacos, que ni me pescaron. Como no tenía la patente, me pareció que ni siquiera la grabaron en el computador. Además, no era la primera vez que llegaba con datos vagos a la comisaría: dos semanas antes lo había hecho para denunciar las amenazas de Tagres. Por último, estaba tan alterado que terminaron por creerme loco.

Me acosté agitado la noche del 22 de septiembre. A la mañana siguiente (hoy) amanecí muerto de miedo. Sin embargo, sabía que nadie me entendería. Estaba solo en este embrollo. Hasta el gato dormía. Era como si nada en el mundo hubiera cambiado, salvo yo, que elegía nerviosamente algo de ropa y echaba cosas básicas en mi bolso por si tenía que escapar de improviso.

Estaba listo para salir de Santiago. Me tocaba despedirme del gato. Lo quería mucho pero no me podía acompañar. Ya el día anterior él me había notado muy tenso. Era como si presintiese mi partida. Le di una última cosquilla y emprendí viaje. Como siempre, el hijo de puta del conserje les avisaría a mis perseguidores que había abandonado el departamento.

Me fui a refugiarme a casa de mis padres. Pero necesitaba dinero para emprender mi viaje. Dejé el bolso con mi hermana y partí a hacer los primeros giros del cajero automático. Reuní cuatro tarjetas con las que pude obtener ochocientos mil pesos en una minitravesía por Irrazaval. Era fin de mes y ya se había facturado el mes de septiembre, por lo que tenía hasta fines del próximo para reventar las tarjetas.

De vuelta en la casa de mis viejos traté de pensar en un buen itinerario. Pensaba irme a Viña por unos tres días. Después pensaría si me iba al norte o al sur. ¡Estaba decidido! El problema era que estaba sitiado en casa de mis padres. Me ponían muy nervioso los ruidos de alarmas de los autos estacionados. ¡Me vigilaban! A cada rato pasaba el Toyota Corona con los vidrios polarizados. No podía sacarme de la cabeza el Lanos gris del día anterior. La única manera de sustraerme era ver televisión.

Esa noche dormí allí. Planeaba escaparme por los tejados. Pero no me atreví. Sólo junté las cosas básicas. La idea de llevar un bolso ya estaba desechada. Sólo me restaba dormir para estar bien al día siguiente.

CAPÍTULO 5

24 de septiembre de 2000.

Dormí casi toda la mañana. Me levanté y almorcé con mi hermana. Parecía un típico domingo. Sin embargo, no para mí que oía los mismos bocinazos y alarmas que el día anterior. Tenía que hacer algo para salir del encierro. Estar en la casa me estaba volviendo loco. Al final, decidí invitarla al cine.

Fuimos a un Hoyts del centro. La película empezaba en una hora. Partimos a un Café Paula frente al Teatro Municipal y pedimos un par de pasteles. Nunca hablábamos de nada importante, por lo que era fácil llevar una conversación doméstica. Mientras le respondía con monosílabos, pensaba que mi vida era muy solitaria. Apenas conversaba con la gente en los últimos meses. Pasaba fines de semana enteros sin hablar. Tampoco me importaba demasiado. Sabía que algo andaba mal, pero no me interesaba averiguarlo. Ya no tenía retorno. Sólo avanzaba (¿retrocedía?) según se me iba ocurriendo. Veía películas. Algunas que me decían lo que debía hacer el próximo día. ¡Siempre me hacían pensar! Al punto que mi personalidad estaba compuesta por el pensamiento de una decena de directores que apreciaba. ¡Veía tantas! Sentía a través de ellas. Ya no era capaz de separar mi vida del celuloide. Era como el fútbol para los demás. Las ocupaba de escudo para no conocer a nadie. Si no iban al cine, teatro o leían algo, no me parecían interesantes. Sus impresiones de tal o cual película eran claves para saber si era confiable conversar con ellos. Incluso era frecuente que los apabullara con citas cinéfilas para que cambiaran de tema y me dejaran tranquilo. Si lidiaban conmigo, quizás hablaríamos en serio más tarde.

Había algo curioso en el método cinéfilo: las personas odiaban que les hablara de algo que no habían visto o no entendían, pero por otro lado tampoco querían ser comprendidas cuando hablaban. Sólo querían su minuto de Gloria (dejar pasar el tiempo). Hablar por rellenar. Sin embargo, me daba cuenta que los más sabios podían

conversar de una película sin haberla visto. En el fondo sabían comprenderte. Llevaban el relato a su experiencia y lo analizaban. Luego sus reacciones podían ser honestas (en crudas palabras) o en base a citas sucesivas (aproximaciones). Y al final la reacción más franca sólo surgía cuando la confianza en el otro (en mí) era plena. A esa emoción le llamaba “encuentro de las almas”.

El caso es que ya no encontraba muchas almas en mi vida y no me quedaban ánimos para seguir buscando. Era la razón por la que iba solo a todos los lugares. Los bares, discotecas y recitales me permitían disimular entre la multitud. A veces bailaba con alguien, pero no tenía nada que decir. Tampoco fumaba. Así es que me dedicaba a tomar. La botella me permitía deambular por “La Batuta” sin tener que darle explicaciones a nadie. Capaz que varios estuvieran en mi situación pero Red Hot..., Primus y Rage Against... no me dejaban oírlos.

Tampoco toleraba los almuerzos de la pega. Siempre que no hablaba de fútbol me hacían callar con un “Yolando Cagando... crítico de espectáculos”. Era tan aburrido hablar siempre del último partido de la “U”. Pero quizás lo aburrido no era hablar de ello; sino más bien, darse cuenta de que los demás (y yo también) usábamos al fútbol para soportarnos. Era como si a punta de trabajo y fútbol la gente pudiese vivir en armonía. Al fin y al cabo, sabía que la única diferencia era que yo además me estaba aburriendo de trabajar y hablar de fútbol.

De pronto volví a la realidad. Quedaban quince minutos para “X-Men”. Todavía faltaba para que comenzara la película (además estaban los agregados). Hablando con mi hermana, me di cuenta de que nunca me interesaba por ella. Estaba a punto de llorar. Pero era cierto. Casi no me interesaba lo que le sucedía en su vida. Hice un esfuerzo, preguntándole por el colegio de mis sobrinos y me agradeció interesada.

Otra vez no pude seguir lo que conversábamos. Casi toda la gente que pasaba por la entrada me ponía los ojos encima. La mayoría de aspecto bastante ruin. Empecé a inquietarme cuando advertí que todos doblaban en la esquina de Agustinas y me volvían a mirar por la otra calle. El lugar estaba rodeado por vidrios que me permitían seguir sus movimientos. Mi hermana me hablaba y le respondía con un “sí” o un “no”. Se puso peor cuando la misma gente sospechosa volvía a pasar en dirección contraria. ¡Era hora de la película! Se lo di a entender a mi hermana. Si nos apurábamos llegaríamos justo terminando los agregados.

La película de Bryan Singer tocaba el tema de la intolerancia. Unos seres humanos mutados eran perseguidos por aquellos que les tenían miedo. Me sentí tan

identificado. Veía como eran acorralados mientras yo sentía ruidos sospechosos. Era patético. Estaba atrapado en un cine viendo como atrapaban a otros. Me burlaba de mí mismo. Tuve que incorporarme por completo a la trama para borrar de mi mente a quienes me seguían.

Cuando terminó la película subimos las escaleras mecánicas y volvimos a la luz. Con ella me sentía más insignificante. Creía pasar más desapercibido. Había llegado el momento de escapar y el metro ofrecía la mejor manera. Caminando hacia la estación de la “U”, divisé sólo tres sospechosos. Al bajar a la estación tuvimos que esperar. El calor alejaba a cualquiera. Menos a estos tres que se subieron y bajaron en la misma estación que nosotros. En “Baquedano”, al hacer un transbordo, se alejaron un poco de nuestro carro. Pero nuevamente abandonaron el metro (al igual que nosotros) en la estación “Irarrázaval”. Era inútil tratar de despistarlos. No sé como mi hermana permanecía ajena a esta persecución. No se daba cuenta y nada de lo que hacía le parecía extraño. Tampoco el que decidiera caminar un poco por calle Irarrázaval. En realidad, lo que pretendía era subirme de improviso a un taxi, justo antes de la bifurcación de calles. Los que me seguían estarían esperando que tomara Irarrázaval (o Dublé Almeyda), pero nunca República de Israel, por donde llegaría rápido a Avenida Grecia. La idea era dejar que mi hermana siguiera en ese taxi mientras yo abordaba otro que me llevara a Viña por unos veinticinco mil pesos. Mi plan tendría éxito mientras la gente sospechosa no se acercara demasiado. Pero se hizo trizas cuando después de un rato (mientras caminábamos), un auto comenzó a estacionarse delante de nosotros. Cada cuadra y media se volvía a adelantar. Era la Blazer polarizada. ¡Mi salida estaba jodida! Lo peor era que la tarde de domingo seguía al mismo ritmo que cualquier otra. Todos paseaban menos yo. A mi hermana mi nerviosismo le parecía normal.

CAPÍTULO 6

Lunes 25 de septiembre de 2000.

El despertador sonó a las 8:30. La claridad de la mañana era un buen augurio. McLeod estaba más regalón que nunca, ronroneando en la almohada. Cuando lo dejé, hace dos días, nunca pensé que lo volvería a ver, pero mis perseguidores determinaron otra cosa. Ahí estaba estirándose como siempre, esperando que le rascaran la guata. Era un gato romano de color anaranjado al que a veces llamaba Naranjito (de cariño). Era bastante fiel a mi gusto. Tenía algo de alma perruna, pues no se había escapado luego de tres mudanzas. Era el único que me dolía dejar atrás. Si yo estaba triste, también entristecía un poco. Cuando Gloria me dejó, él evitó que me hundiera totalmente. Me acompañó. Además en ese tiempo estaba Ágata con quien tuvieron tres gatitos. Entre los cinco dejaban patas pa` arriba el otro departamento: pelos por todos lados y el papel mural de la cocina hecho pedazos. Yo era su protector.

Al cambiarme de casa me dolió regalar a esos gatitos. Sólo me quedé con McLeod (el inmortal). Llevaba ya tres años acompañándome. Era quien me recordaba a Camilo, el hijo de Gloria. Se lo habían regalado a él. Jugar con Naranjito era como jugar un partido de fútbol con Camilo (en la azotea del edificio).

Si bien había vivido sólo dos años con Gloria, jamás había amado tanto a alguien. Estar con ella era delicioso. No necesitaba más que su compañía. Su aguda inteligencia me divertía y las cosas domésticas eran un agrado. Lamentablemente Gloria y Camilo fueron horadando mis entrañas (colocándose en su reemplazo). Me transformé en su servidor. El que hacía realidad lo que pensaban. Y en ese minuto... me dejaron solo.

Sólo quedamos McLeod... los recuerdos... y las drogas. Que distinto era jalar con Gloria y besarla con Portishead (o Massive Attack) de fondo. Ahora, cada vez que jalaba, buscaba estar bailando (flotando el "Protection") en la "Batuta". Pero ya no era

posible. Ni la voz angelical de Tracy Torn podía traérmela de nuevo. Había partido para siempre y el verla con otro me destrozó.

Por eso, despedirse de McLeod significaba dejar atrás todos esos buenos y malos momentos. Pero era inevitable. La mañana avanzaba y tenía que dar aviso en Salpha de que no iría a trabajar. Dije que estaba enfermo. Eso me daría dos días de ventaja. Suponía que los que me seguían trabajaban igual que yo, lo que me permitiría esconderme si escapaba hoy. Por último, dejé una nota en el escritorio para que José Miguel (¿mi amigo?) no se preocupara por mí hasta el miércoles.

Cuando dejé el edificio, tuve la gran suerte de que el conserje no estaba en la recepción ni en el antejardín. Así mi fuga (al parecer) comenzaba anónimamente. Caminé decenas de cuadras en dirección a un rentacar, a la vez que iba recolectando más dinero de los cajeros. Pero cuando iba por la plaza Pedro de Valdivia (a sólo un par de cuadras del destino), escuché que alguien gritó mi nombre. No era uno muy común, así que revisé lentamente los autos aparcados. Y ahí estaba la Chevrolet Blazer. ¡No podía creerlo! Tendría que buscar otra manera de burlarlos. Lamentablemente mis maniobras de evasión me alejaban de la opción del rentacar.

Fui internándome entre los edificios aledaños. Primero entré al Centro Comercial Madrid y de ahí a una villa de departamentos, tras los cuales me interné en el parque Inés de Suárez. Iba caminando y a veces corriendo. Zigzagueando por calles con sentido contrario. Por más de media hora proseguí, hasta dar con el bandejón central de Irrarázaval. Creí perderlos cuando me subí a un taxi y puse en marcha el plan del día anterior. ¡Estaba demasiado asustado! Llegué a Avenida Grecia y en vez de seguir hacia la costa, me bajé. Luego crucé la calle e ingresé al Court de tenis. Traté de acceder por dentro al Estadio Nacional, pero las rejas eran muy altas. Finalmente decidí tranquilizarme un par de horas y me quedé a almorzar en el club de los tenistas.

Mientras comía un par de sandwiches, planeaba la ruta de escape. Pensaba que la persecución iba muy en serio después de lo del viernes. También que mis perseguidores estarían tan asustados como yo después de mi denuncia a los pacos. Y ahora sabía que no eran sólo los tres idiotas de Salpha, pues ellos estarían trabajando en este momento. Concluí que no sacaba nada yendo a Viña del Mar, porque era muy probable que me estuvieran esperando. Debía elegir otro lugar. De pronto, se me ocurrió uno y partí de inmediato. Dejé el club y me interné en la Villa Olímpica. Ahí tomé un colectivo del que me bajé luego de cruzar la calle Guillermo Mann. Caminé otro poco hasta dar con la plaza Zañartu. Tomé un taxi y al chofer le dije que me dejara en los cines del Plaza

Vespucio. Cuando llegamos al shopping hacía calor. Mi nerviosismo me hacía transpirar más de la cuenta. El taxista me dejó en la entrada del patio de comidas, donde al ingresar refrescó notoriamente el aire. Bendito aire acondicionado, pensé, y ordené mis ideas. Luego recorrí los pasillos de tiendas, hasta alcanzar una de las salidas contrarias. Tomé el primer radiotaxi que vi. Al Plaza Oeste, le indiqué al nuevo chofer. Por suerte tenía aire acondicionado.

El trayecto por Vespucio fue agotador debido al taco de autos, hasta que por fin a las 4:30 llegamos al otro shopping. Como estaba vacío, podía observar a toda la gente que entraba desde la cafetería. Me compré un helado de lúcuma y seguí observando. Al parecer estaba limpio de sospechosos. Sentí cierto alivio y me relajé. Ya no había apuro. Me compré un cassette: el “Rojo” de Lucybell. Podía incluso darme el lujo de ver una película. Miré los afiches y la única que estaba por empezar era una de esas de terror para adolescentes. No me tincó, pero igual entré. El cine, con su oscuridad, me permitiría alejarme de todo. De hecho, estaba absolutamente solo en la sala.

Pero cada vez que me encontraba solo, mi mente me llevaba a esos malditos meses en el departamento de calle Bulnes. Recuerdo que en el anterior, en calle Suecia, Gloria se había deprimido tanto, que al final yo había aceptado irme al Barrio Brasil. Pero su actitud no cambió. Yo empecé a llegar más temprano de la pega. También dejé mis clases de inglés. Pero no fue suficiente. Por ese entonces, mi compulsión por invitarlos a ver películas (a Gloria y Camilo) era sólo un intento más de acercarme. Camilo era un niño, así que no se daba cuenta de nuestro distanciamiento. Gloria por su parte, no hizo ningún esfuerzo en salvar lo nuestro. Pese a que hablaba mucho de conversar, ella ya había decidido que todo estaba acabado. Como no estaba trabajando, empezó a invitar amigos cuando yo no estaba. Al llegar, siempre había gente a pesar de que el departamento quedaba bien retirado. Yo en cambio, sí estaba aislado. Dejé de ver a muchos de mis amigos y también... a mi familia. Gloria no entendía como funcionaban y por eso los llamaba “locos Adams”. Era tan proclive a etiquetar gente sin conocerla. Al final, casi ni íbamos a casa de mis padres. No sé porqué aguanté. Quizás creí que se le pasaría...

De alguna manera sabía que Gloria no iba a cambiar su manera de ser. Y por eso me estaba cansando de que dijera algo, y terminara haciendo lo mismo de siempre. Empecé a desconfiar de todo lo que salía de sus labios. Pero nunca me atreví a decirle que se fuera. “No te entiendo”, me decía siempre. Pero en vez de tratar de averiguar qué me pasaba, empezó a rodearse de sus amigos (los míos no contaban) y llegó a su punto

máximo cuando un par de veces, en que llegaba del trabajo, la encontré con Rodrigo tomando el té en mi propia casa. De hecho, cuando me dejó, me dijo (no sé con que cara) que necesitaba estar sola... en casa de Rodrigo (la muy hija de puta). Y su ex marido (gran samaritano) la recibió sin ningún problema.

La sola idea de que estuviera en brazos de Rodrigo me destrozaba. Semanas después, cuando llevé un regalo por el cumpleaños de Camilo, la verdad me golpeó en la cara. Ella me salió a abrir la puerta. Al verla supe inmediatamente que Rodrigo se la estaba comiendo. No esperaba verme. Estaba descalza con pantalones a medio abrochar, y tenía puesta una polera blanca que traslucía sus tetas sudorosas... Me hice el tonto como siempre (no armé escándalo) y me despedí. Bajé las escaleras llorando... Quizás cuanto tiempo se había reído de mí... Tuve que salir del cine... Dejé la película a la mitad... Ya no aguantaba seguir pensando en ella...

CAPÍTULO 7

26 de septiembre de 2000.

A las seis y un cuarto el partido seguía tenso. Las acciones estaban equilibradas. Zamorano como siempre era el pilar del equipo. Esa mañana me había despertado a las cinco para ver si pasábamos a la final. Había una medalla olímpica en juego. El partido se hacía cada vez más entretenido porque Chile llegaba más al arco rival. Para mí era importante que ganáramos. Me permitiría afrontar la huida con la frente en alto. Partir feliz hacia Argentina. A nuestra eterna bestia negra transandina ya la habíamos doblegado en otra etapa. Pero ¡por la chucha!... Sebastián González se acababa de comer otro gol cuando tocaron a la puerta. Era el servicio al cuarto que traía mi desayuno. Rápido por favor que en cualquier momento sale el gol, le dije al camarero. Yo mismo le recibí la bandeja. Llevaban 37 minutos del segundo tiempo cuando consulté la hora y al minuto González remata, y tras un rebote, grito: ¡Golazo! ¡Viva Chile, mierda! Es tanta la alegría que pienso que mi incursión por Argentina va a ser todo un éxito: Me perderé dentro del gran Buenos Aires. Un cuaderno para escribir será suficiente equipaje. Pero a los 40 minutos viene el empate de Camerún. ¡Cómo duró tan poco nuestra ventaja! No termino de lamentarme, cuando un minuto antes del final, Camerún nos mete el segundo gol y liquida el partido. Quedo intranquilo al pensar en lo precario de mi situación. El pitazo final lo ratifica. Puede que el viaje tras los Andes no sea del todo afortunado. ¡Pero ya lo tenía decidido! Terminó rápido el desayuno, me ducho y bajo a pagar la cuenta.

Por lo menos no me seguían. La salida de Santiago (ayer) me había dado esa tranquilidad. Un taxista me había llevado por la Carretera del Sol y una vez en Talagante, pude sentarme en una fuente de soda, pedir una guía de teléfonos y llamar a Aerolíneas Argentinas. Me dijeron que salían vuelos tres veces al día. El de las diez me

acomodaba para alcanzar a ver el partido. Ahora que había terminado, iba rumbo al aeropuerto en un taxi del hotel.

A mi llegada había poco movimiento de gente. Antes de comprar el pasaje, saqué plata del cajero y la cambié por cheques de viaje. Tenía algo más de dos mil dólares. Subí las escaleras. Eran sólo las 8:15. Tendría que esperar bastante para el embarque. Así que subí al “Gatsby”, donde aparte de tomar una bebida, me dediqué a ver si reconocía a los que se acercaban al mesón de Aerolíneas Argentinas. Me pareció que nadie sospechoso se acercó, hasta que dieron el primer llamado. No pasé nada por el detector de metales, pues mi equipaje era sólo un cassette, una agenda electrónica, el pasaporte y la billetera. Los traía en mis abultados bolsillos. Lo primero que hice dentro de la sala de embarque fue ir a un Duty Free y comprar un banano para guardar esas pocas cosas. Luego, esperar...

El avión despegó sin contratiempo. Estaba ansioso y esperanzado. Me ocultaría en la capital transandina como un habitante más de esa inmensa urbe. Entre las tarjetas y los cheques de viaje lograría juntar unos seis mil dólares, con los cuales podría arrendar algo y esconderme unos meses. Incluso podría encontrar algún trabajo por ahí. El resto del viaje me fui durmiendo, anhelando lo mejor para mi llegada al país que pensé sería mi nuevo hogar.

De Ezeiza tomé un autobús que me dejó en el microcentro de Buenos Aires. Caminé por calles llenas de cafés y librerías. Entré a uno de ellos que era una mixtura entre ambos. Compré una guía “Trotamundos” para ubicarme. Luego caminé largo rato para dar con la Avenida 9 de Julio. En su bandejón central me sentí tan insignificante, que supe de inmediato que la ciudad sería perfecta para ocultarme. Ahora sólo tenía que buscar donde hospedarme.

Ese día caminé por horas. Paraba sólo de vez en cuando a tomarme una gaseosa y para preguntar por alquileres. Había unos antros muy baratos por la 9 de Julio, pero se veían poco seguros. Los demás no tenían vacantes. Recorrí cuadras de cuadras y de pronto, di con la peatonal Florida. Llegue como a las seis de la tarde. Me puse a comprar algunas poleras y una chomba para poder cambiarme. Se me hizo tarde recorriendo el bullicioso paseo. Me senté en una banca y me di cuenta que no daba más de hambre. Necesitaba un buen lugar donde devorarme unos ravioles.

Una vez saciado mi apetito, empecé a buscar algún hotel para alojarme esa noche. Me quedé en el “Liberty” que no me pareció caro. Quedaba en la Avenida Corrientes. La calle tenía su magnetismo. Se respiraba bohemia. Tenía un teatro donde

estaban estrenando la ópera “Los Miserables” y al día siguiente cantaba Fabiana Cantilo. Por algo Fito iba “...a caminar por Corrientes”. Lo entendí de inmediato.

Cuando estaba relajado, viendo tele en mi habitación, de pronto golpearon a manotazos la puerta. No había nadie en el pasillo. Volví a la cama algo sobresaltado y otra vez lo mismo. Llamé a recepción para dar cuenta de lo sucedido y me respondieron que no había nadie (aparte de mí) hospedado en el sexto piso. No volvieron a molestar, pero quedé alterado. No podía dormir, por lo que me puse a ver una película cualquiera. Sin embargo, antes de que ésta terminara empecé a escuchar que gritaban mi nombre. Bajé el volumen. Mi ventana daba a un patio de luz. No veía a nadie, pero seguían gritando. ¡Te atrapamos! se oía desde la calle Corrientes. Volví a escuchar un golpe seco en mi puerta, pero esta vez no abrí. No me atreví. Tampoco tenía mucho sentido llamar a recepción puesto que de la habitación contigua se oían voces. Me sentí realmente atrapado y lo único que atiné a hacer fue poner el cerrojo a la puerta. Busqué el número de la policía en la guía (por si acaso). Era terrible no saber quienes estaban al otro lado del muro y abajo en la calle. Pero lo que más me intrigaba era saber cómo habían dado con mi paradero. Estaba casi seguro que no me habían seguido al cruzar la cordillera. Pero ¿cómo entonces? De pronto, la respuesta se me hizo evidente: ¡La tarjeta de crédito! Ahora sí estaba asustado. Los que me seguían tenían contactos con los bancos (información confidencial... las huevas). Estaba siendo seguido por todos los medios. Cada vez que ocupaba el plástico iba delatando mi ubicación. Tendría que tener cuidado en lo sucesivo. Pero la otra duda que me asaltaba era ¿quiénes eran los que me perseguían aquí en Argentina? Me habían seguido desde Santiago o simplemente eran conocidos de ellos que vivían en este país. Cada vez más, mis hipótesis me acercaban hacia la tesis de que me perseguía una mafia de narcotraficantes. Los gritos habían cesado. Terminé de ver la película (súper nervioso) y apagué la luz. Era como la una de la madrugada. No me era fácil dormir sabiéndome acorralado. Una y otra vez revisaba los rostros que había visto durante el día. Ninguno calzaba con el de algún chileno. Se volvieron a sentir los gritos. Era como si alguien les hubiese avisado que había apagado la luz. Me convencí de que si me quedaba en el cuarto nada me ocurriría. Era cosa de esperar a que amaneciera, pero las horas no pasaban muy rápido y los que gritaban no se cansaban. Al fin logré captar algo distinto en aquellas voces. Eran cerca de las cinco. Y empecé a escuchar unos nombres: Lobos, Donoso, Tito (¿quién era este último?). La voz que gritaba se parecía demasiado a la de Tagres, pero creo que era mi imaginación. El miedo me estaba jugando malas pasadas. No podía ser que Tagres estuviera en

Argentina. No había vuelos de Aerolíneas Argentinas después de las tres de la tarde. Luego pensé que había otras líneas aéreas que volaban entre Santiago y Buenos Aires. ¿Quién sería Tito? Revisé mentalmente los nombres de los empleados de la Automotriz Salpha y el único que respondía a ese nombre era Tito Gatika. Suponía que era mi amigo. No podía ser tan hijo de puta pero, atando cabos, él siempre me preguntaba camufladamente por las drogas: “¡Ojalá que nunca le pase a mi hijo!” (muy cínico el concha su madre). Había descubierto que yo era adicto y lo usó en mi contra, contándole justo a aquellos que me detestaban. Era un hueón que se hacía el borracho y grababa en su cabeza todo lo que se decía en las tomateras. Ahora lo veía claro. Me acordé de que habló pestes del gerente de administración. “Ese es un hueón que no piensa nunca... no tiene neuronas... cómo va a tener criterio”, dijo esa vez. Seguía el rosario para todos los gerentes (incluido el dueño). Ahora que lo pensaba, Gatika podía ser el contacto con el mundo de la droga, sin embargo Tagres tenía más cara (sus ojos brillosos lo delataban). Siempre me daba la impresión de que a Tagres le tenían más respeto. El insultaba a sus “primitas” (también a Tito) y ellos nunca se defendían de la ofensa. Aparte que había algo dudoso en sus finanzas personales, pues el pequeño sueldo que percibía de Salpha le alcanzaba para tener una posición económica demasiado acomodada. Quizás recibía plata de los narcos, además de los chantajes que me constaba hacía. Para mí era un milagro que siguiera trabajando en Salpha, puesto que los vendedores podían hacer muy bien su trabajo sin su ayuda. Tampoco lo querían mucho que digamos. Sólo se daba aires haciendo saber que él era el jefe. “Ya llegaste tarde de nuevo... última vez...”, le decía a una vendedora con ademán de acoso. ¿Cómo seguía en Salpha, si todos sabían que era un inútil? Quizás era amigo de un director de la empresa (o lo estaba chantajeando como a mí). Tenía que ser algo de ese tipo, porque ni siquiera el gerente general lo estimaba, de hecho cada vez le iba reduciendo más su espacio de trabajo. Sin embargo, nadie se atrevía a echarlo y menos a chantajearlo con su señora. Todos sabían que Tagres era asiduo a las putas. Me acordé de una despedida en el Rodizzio, cuando con Tagres nos fuimos al lado, al Lucas Bar, a tomarnos una botella de champaña en un privado. Ahí vi por primera vez en acción al cínico de Tagres. Era un mago de la actuación. Con que cara se atrevería a besar a su esposa luego de besarle el culo a esa puta... De pronto, me di cuenta que estaba amaneciendo y que los gritos de la calle habían cesado. Ahora sólo me restaba dormir.

CAPÍTULO 8

27 de septiembre de 2000.

Qué agradable era sentir las manos de Gladys. Vivía en Caballito y me contaba que era bastante largo el trayecto para llegar a “Ungaro”. Una peluquería nueva del barrio de la Recoleta, en calle Talcahuano, muy cerca de las nuevas multisalas de cines. Cuando terminó de lavarme el pelo, me di cuenta que no medía más de un metro sesenta. Su voz era muy agradable. Era extraño que no tuviera esa voz de autosuficiencia tan típica de las porteñas. Me tenía encantado con su coquetería (tenía algo de Juliette Binoche). Estaba tan relajado al oírla, que empecé a olvidar la mala noche que había pasado, y también la sensación de persecución con que había amanecido. Me entretenía mirándola por el espejo mientras le preguntaba por algún bar. Ella me contaba de algunos lugares interesantes. Yo la miraba descaradamente a los ojos. Eran color miel, tan dulces como su voz. Aunque tímida, irradiaba algo felino en sus movimientos. Todo su cuerpo era femineidad. Con que delicadeza me cortaba el pelo. Sus manos diestras con la navaja, se deslizaban suavemente mientras mi mente se transportaba a otros momentos...

Me acordé de un paseo que hicimos con Gloria a Horcón. Eran tiempos en que parecía flotar. Todo lo miraba con un filtro especial. “...Nadie puede... y nadie debe... vivir... vivir sin amor...”, nos hacía cantar Fito. Todo era diferente. Las empanadas de queso eran más ricas. Caminar de la mano por la feria artesanal era todo lo que yo quería en la vida. La abrazaba y la besaba. No me cansaba de ello. Íbamos con Camilo, al que había que despertar cada vez que andábamos en auto. Lo llevaba al apa y era tan feliz. Me sentía como su papá. Pensaba que Gloria sentía lo mismo. Que era feliz hasta de respirar. No sé que pasó, de pronto ella me preguntó: “¿Sabes que día es hoy?” No supe que decirle (no sabía). “Es 22 de Octubre”, y agregó: “hace un año que nos conocimos”. Lo dijo en forma tan hiriente. Como un no te importa lo nuestro. Pero a mí

sí me importaba, y por eso no entendía su reacción. ¿Sería tan imperdonable haberme olvidado? Además era la segunda vez que me miraba con esos ojos despiadados. ¿No era suficiente lo que sentía por ella?

Gladys había terminado el corte de cabello y estaba orgullosa. Sus ojos brillaban como los de una niña. Mientras pagaba, le pedí su número de teléfono. Lo anotó detrás de una tarjeta y partí feliz. Probablemente la llamaría el fin de semana. Por ahora tenía que apurarme para alcanzar la próxima función de los cines de la Recoleta.

Faltaban diez minutos para los agregados. Compré una bebida y me senté a ordenar la mochila que había comprado en la mañana. Necesitaba echar un vistazo al “Trotamundos”. Debía encontrar un hotel, no muy caro, antes de que anocheciera. Apunté dos que quedaban por el barrio.

La película era un melodrama bastante malo. Sin embargo necesitaba el anonimato para pensar mi futuro itinerario. Durante el día había caminado tanto, y por tantos lugares, que pensaba era imposible que alguien siguiera mis pasos. Sólo debía tener cuidado al utilizar las tarjetas. A la salida planeaba ir a Puerto Madero, para comer y sacar plata, y más tarde volvería a uno de los hoteles. Para los siguientes tres días planeaba moverme de un lugar a otro, y si en ese lapso no veía a nadie sospechoso, entonces buscaría un lugar definitivo para pasar un par de meses.

El plan me daba cierta tranquilidad. Era como tener el control de mi destino. Tras afinar algunos detalles, me sumergí en la película. El ritmo melancólico empezó a contagiarme. Estaba vulnerable y no fui capaz de sustraerme...

Recordé que un día perfecto, en que acabábamos de hacer el amor, Gloria me dijo que extrañaba las conversaciones con Rodrigo (el padre de Camilo). Ese día me entristecí mucho. Sus palabras me quedaron grabadas y me hirieron. Nunca me había dicho nada respecto a que algo no estuviera funcionando. Fue un meditado y razonado primer puñetazo: “hecho de menos las conversaciones que tenía con Rodrigo ...nosotros nunca hablamos”, dijo. Ahora a la distancia entendía que me estaba pateando. Pero al momento, agregó que se sentía sola y yo le eché la culpa a mis estudios. No me detuve a pensar lo que me había dicho. La amaba tanto. Quería reconquistarla. Sin embargo, no sé si me había amado alguna vez, pensaba mientras veía la película que casi no podía seguir. Siempre se había reído de mí. Fui una especie de juguete. Una tabla de salvación para no tener que vivir en casa de la mamá o la abuela. Me costaba reconocerlo, pero había sido un verdadero imbécil. Y más encima dejé de ir a la universidad como prueba de mi amor. Claro que después tampoco le gustó que dejara los estudios. ¿Quién la

entendía? La verdad es que todo le molestaba. “Nunca me cuentas los problemas de plata”, me decía, y si le contaba alguno no quería saber nada. Me tenía tan harto, que un día le mentí acerca de una ida a un night club. Le dije que una mina me había chupado el pico (tal cual) y me salió el tiro por la culata. Se quería ir de inmediato y empezó a empacar. Me puse tan triste que no pude parar de llorar y sólo gracias a eso se quedó. Meses más tarde, le dije que no había sido cierto y se enojó aún más. Lo cierto es que no quería más tiempo para conversar sino más excusas para terminar. Pero ¿por qué no se fue esa vez? Quizás no tenía donde ir. No tenía un sustituto a quien engatusar y sabía que yo era incapaz de echarla del departamento. Ahora me daba cuenta que debí echarla y punto.

La película terminó y permanecí furioso en mi asiento, pensando en que había hecho mierda mi vida. Luego, con la cabeza caliente, fui abandonando la sala hasta dar con la calle. Estaba oscuro y gracias a ello, pude esconder mi rabia. Luego caminé un par de horas a través de calles desiertas. Hacía frío pero eso no me detuvo. No podía despejar mi cabeza. Caminé, caminé y seguí caminando hasta que mi estómago se hizo oír. Me había alejado demasiado y no sabía en que dirección. El plan de Puerto Madero fue reemplazado por el primer restorán. Pedí tres vasos de jugo consecutivos mientras me traían la comida. Muy avanzada la noche cancelé, y me dirigí al primer cajero automático. Ahora sí que no sabía dónde estaba. La furia me había desorientado. Me detuve en una plaza y hurgando en la mochila, tomé el “Trotamundos” al tiempo que hacía parar un taxi. Le dije la dirección del primer hotel marcado y tras casi media hora, volvimos al barrio de la Recoleta. El hotel quedaba cerca de los cines y me pareció bueno. Luego de registrarme, prendí la tele. Me recosté sobre la cama y sin sacarme la ropa, me quedé dormido.

CAPÍTULO 9

28 de septiembre de 2000.

Completaba dos días sin percibir a nadie tras mío. Después de almorzar, caminé horas por un sorprendente Buenos Aires hasta que me tendí a descansar en la plaza San Martín. Paré media hora boca arriba, mirando las copas de los árboles. Luego me dirigí a la estación de ferrocarriles. Se veía imponente desde afuera y tras vulnerar el cordón de vendedores ambulantes, entré a una gran bóveda que me hizo sentir seguro. Me detuve en la mitad y revisé todas las posibilidades de escape. Nuevamente era dueño de mi destino. Me quedé un momento más, admirando el edificio. Elegí una de las salidas, crucé un par de calles y en una esquina despejada, tomé un taxi para despistar. Lo hice detener en un cajero. Ahora probaría que no me seguían. “¿Me lleva a La Plata por cuarenta pesos?”

La carretera estaba en buen estado, y el taxista me confirmó que no demoraríamos más de una hora. Mientras, consultaba mi “Trotamundos”. Había un hotel muy recomendado a sólo 35 la noche. Quedaba en la calle 42.

Caía la tarde cuando ingresamos a La Plata. Tenía hermosas plazas cada ocho cuadras y calles muy amplias. Sorprendía ver las diagonales que cruzaban el trazado de la ciudad. El hotel costaba exactamente lo que decía la guía turística. La habitación del Plaza era pequeña y confortable. Dejé mi mochila y bajé a preguntar por lugares de interés. Entré a un negocio donde me sirvieron una exquisita pizza a la piedra. Fue ahí donde me recomendaron visitar la plaza donde estaba la catedral. Luego me fui a acostar, no sin antes ver un programa cualquiera de la televisión local.

Esta plaza San Martín era más impresionante que la otra. Una planicie llena de jardines y de árboles. A medida que te acercabas a su centro iba dejando atrás el ruido de la ciudad, trocándolo en canto de pájaros. Me senté en un banco y de ahí pude

admirar el imponente frontis de la catedral. Era agradable percibir la tranquilidad de ese espacio abierto. Seguro de estar completamente solo. Estaba feliz y gocé de esa sensación al menos una hora. Aproveché de dormitar en el pasto y cuando estuve cargado de energías, me dirigí al pórtico de cien metros.

Pese a no ser católico me sentí totalmente a salvo en la iglesia. Un refugio donde me pude despejar. Recorrí sus pasillos, inmerso en una paz inmensa. Luego me devolví y crucé la magnífica plaza para comenzar un recorrido por las calles. La sombra de los árboles me protegía del calor. Me cansé. Subí a un taxi y pedí que me dejara en el cine más cercano. El aire acondicionado aclaraba mis pensamientos. En el trayecto me di cuenta que viajaba en completo anonimato y que podía hacer lo que quisiera. ¿Por qué no ir a Mar del Plata? Si el tiempo acompañaba podría tomar sol, relajarme e incluso podría escribir lo que me estaba pasando. Me bajé para comprar la entrada (la película comenzaba en una hora). Sentí un vacío en el estómago. Tenía que hacer un alto antes de comprar el boleto a Mar del Plata. Estaba decidido. Pasé a comer un par de sandwiches en el negocio del frente. Estaba vacío. Pedí mi orden, mientras tanto hojeé la guía turística. En Mar del Plata había mucha oferta de hoteles, pero no me daba ningún dato en particular. Tendría que hacerme asesorar una vez llegado al destino. No le di más vueltas.

El próximo bus partía a las once de la noche. Me dejaba media hora si es que la película duraba dos. Para variar me tocó una mala película. Desde que comencé mi viaje había visto tres películas mediocres. ¿Era una mala señal? Creo que no, porque en los tres casos había elegido un horario de descanso más que una película. Era una forma de descansar. A cada paso me enfrentaba a un mundo nuevo, cambiante conforme avanzaba. Y para mí, el cine era una tierra que no me daba miedo pisar. Buena o mala, igual vi la película, y viví por dos horas una vida prestada.

Llegué cuando el bus entraba al andén. Me tocó el primer asiento del segundo piso (sin nadie al lado). Estaba exhausto. Tendría cinco horas para dormir a mis anchas. Al fin partió (quince minutos tarde) cuando ya se me cerraban los ojos...

Era de noche y corría entre cercos de macrocarpa, ahora cruzaba un parque con el corazón latiendo a mil. Sin mirar atrás. No sabía adónde pero seguía corriendo. Angustiado por no llegar. Sin poder gritar a ninguna parte. A lo lejos un ruido de autos, escapaba, hacia esa calle que nunca aparecía. Desperté desesperado. Hacía tiempo que no tenía ese sueño. Justo ahora que comenzaba a estar en paz.

CAPÍTULO 10

Madrugada del 30 de septiembre de 2000.

Desperté con mi nombre. No sé si era parte de otro sueño, pero creí escucharlo mientras enderezaba mi asiento y miraba por el vidrio delantero. Estaba oscuro. Sólo veía las líneas blancas del camino y al parecer, seguía solo en mi viaje. Miré el reloj y eran las tres. Quedaba apenas una hora para Mar del Plata. Mientras nos tragábamos las líneas de la autopista, se me vino a la mente “Carretera perdida” de David Lynch. Esa película de sueños que cobraban realidad me había parecido aterradora, y a mi amiga Teresa también. Habíamos vivido experiencias parecidas. Recordé la ocasión en que estacionamos en calle Ignacia de Seura (casi esquina con Eliécer Parada). Estábamos contentos porque veníamos de celebrar su cumpleaños. Habremos conversado una hora, cuando me contó el secreto que cargaba a cuestas desde niña. Quedé conmovido aquella noche. Recuerdo que perdí el habla y dejé que se desahogara. Yo había pasado por lo mismo, así que la comprendí perfectamente. Pero fui incapaz de decírselo. Tuve la mejor oportunidad de botar afuera algo doloroso y no lo hice. No dejé entrar a Teresa en mi corazón y ahí, en ese momento, terminé de construir un muro que me haría impenetrable. Cuatro años después, seguía lamentando no haber confrontado mi vida con mi mejor amiga. No sólo me había fallado a mí mismo sino también a ella, porque estoy seguro que habría hecho más fácil su existencia si le hubiera contado lo mío. Para colmo (cuando salía a correr) siempre pasaba por esa esquina. Me volví a acordar de sus palabras, y pensé en mi manera de afrontar la vida. Nunca me detenía a resolver los conflictos. Simplemente los saltaba (tantas veces como fuera necesario) y esa evasión me tenía hoy viajando, perdido en cualquier parte del globo.

Mi retrospectión fue tan profunda que me llevó a las lágrimas. Me vi en la más absoluta soledad. Por no confiar en nadie (ni en mis amigos). Ahora ya no tenía vuelta. Tenía que seguir huyendo... de ruidos. Otra vez escuché mi nombre, seguido de unas

risas en los asientos de atrás. Ahora estaba seguro de que no se trataba de ningún sueño. Más bien era parte de la pesadilla que creí haber dejado atrás hace tres días. Nervioso, miré el reloj que daba las tres y media. No quedaba nada para llegar a Mardel.

La última media hora fue interminable. Los ruidos venían de todas partes. Se reían detrás de mí y también repetían “chileno” en el piso de abajo. Me di vuelta pero no pude identificarlos. En número eran al menos cuatro. Los de mis espaldas comentaban cualquier movimiento que hacía. Me tenían inmovilizado. Sin embargo, más me interesaba lo que decían los del primer piso. Intenté escucharlos, pero pese a todos los esfuerzos, me fue imposible captar sus palabras. Sólo oía lo que ellos querían que captara. Era una forma de dejar en claro que me estaban vigilando. Me tenían aterrado. No entendía como me habían ubicado. Desde Buenos Aires que no ocupaba tarjetas, y en los hoteles me registraba bajo nombre falso. ¿Cómo me habían encontrado? Había una única respuesta posible: me habían seguido de cerca a todos los lugares que había visitado. ¡Qué infierno estaba viviendo! Mi única escapatoria sería bajarme antes que ellos. En eso pensaba, cuando entramos a la ciudad. En un semáforo cualquiera, pesqué mi mochila y bajé de improviso. Me quedé parado hasta que el bus partió. No podía dejar que alguien se bajara conmigo. Atravesé la calle, doblé una esquina y a la cuadra siguiente hice parar un taxi. Me dejó en un tres estrellas a dos cuadras de la costanera. Costaba sólo 20 pesos. Me registré con otro nombre falso y me fui a dormir. Al día siguiente habría tiempo para pensar en como escabullirse.

CAPÍTULO 11

Tarde del 30 de septiembre de 2000.

Son pasadas las tres de la tarde cuando me despierto angustiado. De nuevo tendré que trazar planes para evadir a los que me persiguen. Cuidarme de no ir a los lugares más turísticos de Mar del Plata. De partida, no aparecer por las galerías comerciales ni los paseos peatonales. Tampoco podré caminar por la costanera. Ni por ningún lugar que aparezca en la guía turística. Menos mal que la ciudad es grande y me puedo perder por sus avenidas.

Recién me animo a dejar la habitación cuando mis temores ceden un poco. De hecho, cuando el ascensor marca el primer piso ya me he envalentonado. Por fin abandono el hotel y con el hambre que llevo, ingreso en la primera pizzería que veo. Pido una con champiñones y me siento en una mesita apartada, pero con buena panorámica del movimiento de la calle. Cuando termino salgo tranquilo, pues nadie entró en el local después que yo. Comienzo a caminar sin rumbo fijo. El día está fresco, y mi chomba no es suficiente abrigo. Siento que esta caminata eterna me está destrozando los nervios. En cada rostro veo a un posible enemigo que me quita fuerzas para continuar el viaje. Pese a que recién comencé, estoy que no doy más. De hecho, a las pocas cuerdas me detengo en la escalera de un edificio. Necesito descansar y pensar. Debo salir de la ciudad este mismo día. La alternativa del bus la descarto de plano. Creo que si arrendara un auto podría ser. Pero no puede ser un rentacar conocido. Más bien uno de esos con dos coches (diré que no tengo tarjeta). ¡Creo que es una buena opción!

Con la ayuda de un taxista encuentro un pequeño taller donde su dueño me ofrece un Ford del 97. Es rojo y tiene cien mil kilómetros. Su precio me parece razonable y se lo arriendo. Por fin, los vidrios del auto me protegen de la gente. Me dan una sensación de seguridad y descanso que agradezco de inmediato. Prendo la radio y la sensación es aún mayor. Pienso en lo agradable que es conducir mi destino. Pero falta

algo: comprar un par de cassettes para el camino, pues sólo traigo uno de Lucybell conmigo. Luego de consultar a dos personas doy con una disquería, de la que salgo con dos títulos: “Clix Modernos” y “Abre Páez”. De inmediato pongo el de Páez: “...Paasó... paasó...”, me dice y con el “...pasó nuestro cuarto de hora...” me doy cuenta que hace varios días que no converso con nadie. Me siento protegido por la oscuridad y comienzo a cantar “...dos en la ciudad...”, pero rápidamente me pongo disfónico. Igual sigo gritando, total hay que disfrutar de los momentos de ansiedad cuando es posible saciarla. Ahora sí que me siento recuperado y siento deseos de reanudar el viaje. El “Trotamundos” me recomienda Villa Gesell. Claro que por el camino más largo (para despistar). Me interno por la parte norte de Mardel y desde allí, entronco con la carretera a Buenos Aires. Así evito las salidas más lógicas: la costa y la rotonda de la carretera principal. Al final, mi destino estará a más del doble de si me voy por la costa. Pero la tranquilidad de estar solo no tiene precio. A 120 kilómetros por hora retiro el cassette de Fito. Necesito uno adecuado para carretera y pongo el “Rojo”. Su música juega con la realidad. O al menos con la mía. Las líneas del camino ya no dan cuenta de la velocidad. “...Voy avanzando de improviso...” me señala Lucybell. “...No hay desvíos que tomaaar...” y en realidad parece que mi vida avanza por un derrotero sin retornos. Cualquier camino que creo elegir me lleva a un destino que ya no controlo. Quizás hasta lo controlan otros. “...Las distancias retroceden...” mientras acelero sobre los 140. Como si me estuviera fumando un pito. Pienso que ya no me importa lo que digan de mí. Me siento de buen humor y hasta me río de los que me han estado siguiendo. Me hacen sentir importante. Pero ahora que miro por el espejo retrovisor no veo a nadie. Estoy feliz: como flotando entre la oscuridad. Como un cohete en medio del espacio. Que está contento de buscar porque no sabe lo que busca, todo lo que encuentra es lo buscado.

La euforia me embarga a esta velocidad y es porque me encanta conducir de noche. Y solo aun más pues puedo palpar mis ideas al evocar buenos momentos... De hecho Lucybell me hizo recordar su último disco (“Amanece”) que me llevó a mi último viaje al norte. Fue a fines de junio (3 meses atrás) que conocí a Hanna en la disco “Q” de Iquique. Era baja de estatura y algo entrada en carnes. Me abordó en la barra y me pidió dinero para comprar pitos. Era una joven encantadora por lo que se me hizo imposible negarme. Pero a cambio le pedí que me consiguiera algo de coca. Me dijo que la esperara. Al rato volvió con la marihuana en su poder. Entonces propuso acompañarme a conseguir los motes. Todo iba bien, así es que nos subimos al auto. Me condujo por calles en subida y dimos montones de vueltas hasta encontrarnos con una

señora que haría de intermediaria. Luego hicimos otros recorridos hasta que frente a una cárcel la señora se bajó y volvió con los tres gramos prometidos. Me cobró cinco lucas por sus servicios de lazarello más los quince por la merca. De ahí pasamos a dejar a la señora para luego ir a estacionarnos en la playa. Hanna tenía el pelo largo y era una especie de tecno-hippie, pues a su cara dulce contradecía con una vestimenta muy estrafalaria. Tenía unos senos grandes que mostraba con generosidad por entre la blusa y el mameluco. Se notaba que sus ojos habían vivido bastantes más experiencias que sus veinte años. Pero ante todo era simpática. Vivía en Alto Hospicio, camino a Pozo Almonte, a unos diez kilómetros de Iquique, pero me contaba que era común que no apareciera durante varios días por su casa. Hablamos de los típicos temas estúpidos de siempre. Pero los signos, la música y las películas fueron más entretenidos que otras veces. Le propuse que me acompañara a Tacna por unos días y no tuvo problemas. De hecho se mostró encantada.

Al día siguiente quedé en pasarla a buscar a una bomba de bencina (cerca de su casa). Pero el carrete hizo que me despertara recién a las seis de la tarde. Yo alojaba en el “Majestic” y me tuve que apurar para recogerla a las siete. Llegué diez minutos tarde, pero no importó. Ella apareció después: más bonita de lo que recordaba. Sólo prevalecían sus rasgos artesas. Luego de admirarla bien, le propuse que en vez de divertirnos en Iquique, mejor viajáramos a Arica esa misma tarde. No le pareció mal. Pero antes de emprender viaje, comimos algo. Hasta ahí no le había comentado nada de lo que haríamos en Tacna, pero ya habría tiempo.

Partimos nuestro viaje a las ocho. Estaba oscuro cuando pasamos por Santa Laura y Humberstone. El camino expedito. Casi no pasaban autos. Sólo camiones y uno que otro bus. Le pregunté por qué andaba sola. Me decía que los hueones la tenían un poco aburrída. Ese afán por tenerla siempre a su lado la había hartado. Ella era más libre, según me decía. Su madre la crió así y lo había hecho bien. Hanna valía por sí misma, no por su futura profesión ni por un supuesto futuro marido. Era una mujer hecha y derecha, y me entretenía con sus historias. Pensaba en que pese a verse como una mujer muy ruda, era muy profunda en su manera de ver la vida. Le daba peso a las cosas que le pasaban y difícilmente te era indiferente. Caía muy bien o pésimo, y a mí parecer era muy sensible. Claro que lo ocultaba, pero no muy bien. Ese era su defecto. Le creía a cualquier tipo que le hablara sin rodeos. Yo al menos nunca le oculté que era un adicto. Y quizás por eso, tampoco le sorprendió que fuera a comprar cocaína a Tacna. Sólo me sonrió como si ya lo hubiese sabido y enseguida puso el cassette de

Lucybell, y comenzó a cantar: “...parecías flotar... a quien querías engañar...” Me miró fijamente a los ojos y me dio vergüenza que hubiera adivinado mis pasos. Mientras que con el “...yo te vi avanzar... y tú crees que no...” me dejó claro que esa noche en la disco “Q” me había estado observando hacía rato. No tuve otra que incorporarme al canto: “...yo te vi avanzar... en círculos...”, gritamos al unísono mientras pensaba que quizás este viaje no me conducía a ningún lado.

Nos alojamos en un hotel cerca del Morro. Tenía una maravillosa vista a la playa. Se sentía muy tibia la noche. Hanna me comentó algo al respecto, pero yo estaba más interesado en sus labios. Apenas se asomó al balcón comencé a besarla. Tenían una textura carnosa y sus ojos cerrados la hacían ver angelical. Tenía razón: ella era muy sensible y un tanto ingenua. El contacto con sus senos me dio una sensación tan maternal. Pero no quise quitarle la ropa. En vez de eso, la invité a bailar.

La discotec se llamaba Soho. Era una construcción de ladrillo bastante imponente. Tenía dos pisos y amplias barras donde pedir un trago. La pista de baile era enorme y, como habíamos llegado tarde, estaba repleta de gente. Nosotros nos integramos de inmediato. La música era la típica mezcla de canciones de radio: nada especial, pero bien bailables. Estaba sorprendido con el desplante de Hanna. Bailaba como una diosa. Y lo era. Mi mirada estaba pegada en sus labios. Me acerqué para verle sus ojos. Eran tan sensuales. De color miel, un tanto adormecidos que la hacían ver vulnerable. Mientras la admiraba, me besó y fue delicioso. Ya no quería bailar sino estar a solas con ella. Fuimos al segundo piso y pedimos un par de caipiras. Nos dimos cuenta de que ambos estábamos un poco aburridos con la música, así que tomamos el auto y seguimos la fiesta en nuestra habitación.

Nos levantamos pasado el mediodía. Almorzamos en el hotel y decidimos que era más seguro ir en colectivo a Tacna. Salimos caminando hasta que pasó un taxi que nos dejó en el terminal. Una hora demoró el viaje con la aduana incluida. En el terminal peruano tomamos otro taxi por tres soles, que nos dejó en la Avenida Bolognesi. Preguntamos en tres hoteles y finalmente nos quedamos en el Maximo's. Ocupamos el 301, un departamento con living y cocina. Se veía muy piola y los de la recepción parecían ser discretos.

Dedicamos la tarde a hacer contactos con los taxistas. Por cincuenta soles te llevaban a cualquier lugar. Todas las compras eran con muchos intermediarios y generalmente en cerros lejanos. Hicimos tres pesquisas con las que reunimos quince gramos. Cada pesquisa por cinco gramos nos costaba cien soles, más los cincuenta para

el taxista. Lo realizamos con tres taxistas diferentes para no despertar sospechas y para comparar calidades. A todos les pedíamos su celular para ubicarlos otro día. Al último le indiqué que nos dejara en la catedral, la única edificación que valía la pena en Tacna. Quedaba en calle San Martín, una de las pocas con cierto encanto. La recorrimos entera. No tenía más de diez cuadras. Los dos íbamos ansiosos. Presentíamos una encocada salvaje. Nos internamos por pasajes estrechos en búsqueda del hotel. Compramos una botella de Chivas Reagall. Ahora sí estábamos listos. Los vasos con hielo los pedimos en el restorán de abajo y de ahí, subimos al departamento.

Nos sacamos la ropa e hicimos el amor. Fue fabuloso. La adrenalina contenida nos tenía más ansiosos que la noche anterior. Fue una cogida fenomenal. Quedamos exhaustos mirando al techo. “¿Crees que nos volvamos a ver?”, preguntó. Me parecía que no. Agregué que no tenía mucho sentido pensar en eso. Estábamos aquí para pasarlo bien. “Tienes razón”, respondió, y no hubo más palabras. Sólo acariciarnos y sentirnos.

Hice una línea con cada una de las mercancías. Dispuestas en el mismo orden que los tres papelitos con los teléfonos. Le dije a Hanna que probara sólo una punta de cada una y me dijera cuales eran las dos mejores. Yo las probé con la lengua y reservé mi veredicto. La última era la más potente y de aspecto más puro. Cuando dijo que la última y la primera, ya no hubo duda: la droga de calle Chorrillos era la mejor. Guardé el teléfono del último taxista. También el del primero (por si acaso). Y terminé con el resto de las líneas dispuestas sobre el televisor. “Si sigues jalando no se te va a parar de nuevo”, me dijo. “Te importa demasiado”, respondí. Y agregué que al día siguiente en la mañana si que se me iba a parar y la penetraría de veras. Pareció comprenderme. Debe haber sabido lo agradable que era intoxicarse con cantidades ingentes de cocaína.

El resto fue pura sensación y si hablamos, no podría acordarme de lo que dijimos. Mientras yo desplegabamos los dos primeros gramos, Hanna servía dos vasos de whisky en las rocas. Para empezar fueron dos líneas. De inmediato se nos adormecieron las vías respiratorias y nuestras lenguas se estrecharon en un beso. Era verdad, ambos nos estimábamos y la droga nos hacía profundizar ese sentimiento. Luego, nuestro primer brindis supongo que por el presente. Me lo tomé de un sorbo y serví otro enseguida. Hanna fue más recatada. También con la coca. Mientras yo continuaba con otras dos líneas, ella todavía estaba súper colocada con las primeras. Volvimos a brindar y esta vez ella se acabó su whisky. Se notó que ahora sí había logrado bajar la droga y se animó con otra línea. El tercer gramo de la buena, lo bajé solo en el baño. Como ella

pesaba mucho menos, estaba un tanto ida con lo rápido que jalábamos. Me besaba vuelta loca mientras le acariciaba sus senos. La sentía caliente y húmeda. Parecía que mientras más leves eran las caricias, más me lo agradecía. Sin embargo, yo estaba extasiado con sus besos, tan frutosos que me dejaban marcando ocupado. Acariciar su pelo era algo exquisito. Lo movía entre sus senos como si estuviera poseída. Me pidió más coca y rápidamente armé las líneas del cuarto gramo. Se adelantó con las dos más gruesas y se puso a bailar. Por primera vez, pensé que la música de MTV salvaba algo. Creo que en un momento así cualquier cosa hubiera salvado. Miraba a Hanna y no lo podía creer. Estaba tan rica que la tomé del culo. Me lo hizo oler y viéndolo a la altura de mi cara, me sumergí a besárselo. Luego la arrojé sobre la cama y noté su aceleración. Me asusté un poco y le alargué otro vaso de whisky. No quería, pero hice que lo bebiera. Se derramó encima gran parte y el cuadro se completó. Nunca había pasado un rato tan agradable con una mujer. Sus senos húmedos eran mejor que los de cualquier revista que recordara. Me hicieron marearme de lo emocionado que estaba. Yo era todo lengua, desenfrenada, y ella estaba en trance mirando al cielo. De pronto la levanté en mis brazos y la besé con toda mi pasión. Tambaleé y nos caímos al suelo. Sentí como caía sobre mí y también gran felicidad. Luego quedamos tirados, inmóviles, disfrutando del momento. Captando lo sobresaltado de nuestros cuerpos, a la vez que absorbíamos el frío del parket. Antes de rendir mi conciencia, pensé que esta droga era muchísimo más pura que la de Santiago. Estuvimos en un limbo sin movimientos ni palabras, en comunión por lo menos media hora. Me pareció una ofensa acordarme de Gloria. Pero fue inevitable. Este momento era casi tan bueno como los mejores con Gloria. Nunca se iba de mi cabeza. No podía olvidar su culo moreno. Lo tenía fijado primero con amor y deseo, y ahora, con odio y deseos de venganza. Logré alejarla al cortar otros dos gramos, y con cuatro líneas volví a la realidad. Hanna continuaba en el piso. Su cara era totalmente irreal. Le ofrecí un par de puntas para que saliera del trance. Quitó su mirada del techo y fue directo a las líneas que quedaban. Mientras tanto yo esparcía otro gramo en el baño. Miraba el espejo y veía otra persona. Volví al cuarto para servir otro par de whiskies. Quería brindar, pero en cambio me tiró su whisky encima y... comenzó a lamerme. Embriagado de placer, le vacié el mío en su pelo. Al abrazarnos, el líquido nos unía y nuestras bocas se fundieron en un prolongado beso.

De los siguientes gramos no retengo casi nada. Sólo recuerdo que mi corazón latía con demasiada fuerza, casi saliéndose, y de pronto... de nuevo me encuentro manejando en mi Ford sin ningún auto en la carretera. Leo el letrero que me desvía de la

carretera principal y tomo la variante. Es un camino oscuro. La soledad es infinita y los gratos momentos recordados me hacen sentir el hombre más feliz del mundo, perdido en el camino más recóndito. Sigo manejando, calmado, totalmente cómodo en mi asiento y los letreros me indican que estoy a siete kilómetros de Pinamar (cerca de Gesell). Pasaré a retirar dinero en cualquier estación de gasolina para despistar. Me detengo en la primera del balneario y aparte del dinero, paso a comer algo. Luego parto hacia Villa Gesell. Un arco de madera semicircular me avisa que he llegado. Es una especie de colonia de alemanes. Sus casas todas ordenadas así me lo hacen ver. Avanzo por su calle principal y cuando veo suficiente comercio, doblo a la izquierda. Recorro varios hoteles hasta que doy con el mar. Están casi todos cerrados. Me devuelvo por calles angostas y de repente, doy con uno pequeño. Medamar se llama. Es un cuatro estrellas y lo más importante, tiene cocheras escondidas. Así es imposible que me rastreen. Por lo demás, doy nombre y nacionalidad falsas en la recepción. Ahora sólo me resta descansar de los casi 300 kilómetros que recorrí.

CAPÍTULO 12

2 de octubre de 2000.

El día anterior me lo había dormido. Llovió todo el día. Lo único que hice fue bajar a cenar, y en ningún momento pensé en salir del hotel. Andaba sin parka y hacía tanto frío, que me acosté temprano.

Hoy en cambio, no había viento ni lluvia. Era un día perfecto para conocer el lugar. Por la mañana caminé a lo largo de tres kilómetros de avenida principal. Fui tomando nota de donde quedaban los bancos, el supermercado y la lavandería. Casi todas las construcciones eran de un piso y a pesar de estar pavimentadas algunas calles, el entorno correspondía al de un pueblito tranquilo. Caminé sin agotarme hasta que se terminó el asfalto. Entonces me acerqué a una persona y le pregunté a dónde daba el camino de tierra. “A Mar Azul”, respondió, y agregó que era un pequeño balneario lleno de pinos al cual se llegaba en auto. Le di las gracias por la información y me devolví al hotel. Llegué cansadísimo, no tanto por el recorrido sino arrebatado por el aire puro. Descansé unos minutos y encendí el contacto. Pero antes de salir de Gesell me detuve a comer una buena ensalada y un plato de spaguettis al pesto.

Cuando salí estaba satisfecho. Manejé un tanto amodorrado atravesando bosques. Era agradable conducir por estos caminos de curvas. Pensaba adónde me llevarían, cuando llegué a unas casitas de madera. Eran menos de diez. Me detuve en una y compré un jugo de frutas. Tenían unos quesos increíbles. Pensé que no tenía nada en el apart hotel y elegí varios tipos. También un poco de pan y unas mermeladas caseras que se veían de miedo. Luego volví al auto, donde con la ventana abierta me dediqué a admirar el paisaje. Estaba completamente relajado. No había persecuciones que me importaran. Cuando me sacudí la modorra emprendí el regreso. A cuarenta por hora, me dejé guiar hasta que el asfalto me avisó que había vuelto a Gesell. Detuve el

motor varias veces. En la lavandería para dejar ropa sucia, y más adelante en el supermercado para comprar bebidas y unas naranjas.

Había hecho pocas cosas en el día. Suficiente actividad para que estuviera exhausto. No daba más. Lo único que quería era llegar al hotel, tomar once y acostarme a ver una película en el cable.

CAPÍTULO 13

3 de octubre de 2000.

Por fin un día con sol. Me estaba acostumbrando al frío y al viento. Incluso me estaba resfriando. Pero esta mañana, al abrir la ventana del segundo piso, me encuentro con el primer día soleado desde que salí de Chile. Me levanto temprano y bajo al primer piso. Abro la puerta de la cocina y recién me doy cuenta de lo acogedor que es mi departamento. Tiene un diván cama con unos cómodos cojines desde donde puedo ver televisión. Unas repisas llenas de juegos de salón y por supuesto, una mesa de comedor junto a una cocina muy bien equipada, donde después de sacar algunos alimentos me siento a tomar desayuno. Como un par de naranjas y me preparo un par de sandwiches de queso con mermelada. Más tarde, voy al banco a cambiar los dólares por cheques de viaje (unos cuatro mil dólares). Hecho el trámite, regreso a guardarlos al hotel para con toalla en mano disfrutar del sol.

Como todavía no es verano, estoy solo en la playa. Me pongo cerca de la arena húmeda para poder ver el mar. Tomo sol un buen rato mirando las olas. Su ir y venir me hacen caer en trance. Mi cabeza se deja asaltar por los recuerdos. Buenos por cierto. Estoy caminando con Gloria por el santuario de Yerba Loca, cerca de Farellones. Me sigue sin detenerse. Soy yo el que decido. Si besarla o tomarla de la mano (para seguir avanzando). Quiero que conozca el lugar donde pienso. El único que detiene mi travesía por la vida. Caminamos por horas. Seis para ser exactos. Partimos como a las siete de la mañana y no se ha cansado. Me tiene sorprendido. Va encantada sacando fotos mientras yo la contemplo. Somos nosotros dos y la naturaleza. Nosotros y nuestro destino. Llegamos a una catarata y nos detenemos a comer unos sandwiches (queda hora y media por delante). Gloria me toma una foto. Llevaba polera azul, todavía recuerdo. Luego reanudamos el viaje. Vamos concentrados y no hablamos mucho. La animo diciéndole que queda poco. Sin embargo, cuando llegamos a la meseta de tres mil

metros ya está desanimada. De ahí al glaciar La Paloma no hay más de media hora. Le comienza a doler la cabeza. Lo único que quiero es regalarle una vista magnífica. Para que vea que valió la pena. Pero no puede más. Se detiene cuando quedan apenas cinco minutos. Tenemos que emprender el regreso.

Me asusté mucho esa vez. No sabía que tan grave, pero era obvio que la puna le había jugado una mala pasada. Temía que se fuera a desmayar, porque seguiríamos a esa altura por al menos otra hora. Afortunadamente, pasó por nuestro lado un montañista, que dijo que si bebía agua aliviaría en algo el dolor. Menos mal, porque el descenso iba más lento de lo previsto.

Ahora, mirando las olas y con el rocío en la cara lo veía tan claro. Había sido una premonición. Una señal a la que no presté atención. Recién ahora, me daba cuenta de que nunca quiso saber cuanto la amaba. El glaciar era mi santuario (era yo mismo). Ni siquiera intentó escalarlo.

Me sentía miserable. Las lágrimas que humedecían mis ojos se confundían con el sudor. El calor era insoportable, sin embargo yo permanecía inmóvil bajo el inclemente sol. Quería resguardarme pero mi voluntad no obedecía. Sólo subsistía la tristeza y el desgano.

Cuando desperté, estaba enrojecido. Atrás había dejado mis amargos pensamientos. Sin embargo, la cura de sueño y sol olvidó a mi estómago, que me llevó de regreso al pueblo.

En el restorán sacié el hambre y junto con el postre, sentí la imperiosa necesidad de una siesta. Por la ventana se colaba un viento refrescante. Me recosté pensando en que la agitada semana anterior me estaba pasando la cuenta. Me dormí con la idea de visitar el muelle de Gesell durante la tarde.

Desperté a las seis y me di una reponedora ducha de agua fría. Estacioné frente a la playa. El viento había borrado todo vestigio humano. Parecía una calle fantasma, donde las casas de veraneo eran los únicos testigos. Bajé del auto, y la mezcla de frío y viento me hizo sentir vivo. Dejé atrás la arena y me interné en el muelle. El mar rizado parecía amenazante. Caminé cien pasos hasta llegar a su fin. El viento me calaba los huesos. Mi chomba y mi polerón de nada servían. Me senté en el extremo, con los pies colgando. Sentí que había superado la tristeza, como si el rocío me hiciera más consciente. Ahora, todo lo contemplaba como si yo fuera parte. Mirando al horizonte. Pensando en que tenía todo un mundo por descubrir. Quizás no el mundo humano, pero sí esta maravillosa naturaleza que empezaba bajo mis pies.

Cuando me fui a acostar esa noche, pensé en el curioso día que me había tocado vivir. Descansé muchísimo. Pasé desde la melancolía a una especie de paz con mis recuerdos más íntimos. Una especie de comunión que me hizo recuperar bríos para seguir mi camino errante.

CAPÍTULO 14

4 de octubre de 2000.

Corría desesperado entre los árboles. Sin mirar atrás. Mis latidos ocultaban ruidos lejanos. La oscuridad no cedía. Quiero llegar donde los autos y pedir auxilio, las luces no aparecen. De pronto una calle desconocida. Salto en cualquier dirección hasta ver aparecer Providencia. Recién puedo dejar de correr. Me acerco a la gente, trato de explicarles pero de mi boca no sale ningún sonido. Desperté angustiado como siempre. Abrí las cortinas (para asegurarme) y por suerte había luz matinal. Era curioso que tuviera ese sueño justo en medio de la calma, como si mi subconsciente quisiera recordarme que existía.

Eran pasadas las diez cuando bajé al primer piso a darme una ducha. Me saqué la angustia de encima y quedé listo para un nuevo día. Preparé huevos revueltos y molí una palta. Luego saqué el queso y unas aceitunas moradas. Me encantaba hacer mezclas de sandwiches. Me permitía aplacar mis ansiedades, y descansar de mi mente unos momentos.

Pero esa mañana, no podía controlar mis pensamientos. Sólo pensaba en como devolver el auto rentado sin ser descubierto. Me daba cuenta que había logrado descansar lo suficiente en Villa Gesell. Ya era tiempo de encontrar refugio permanente en algún pueblito de Argentina. Pensaba que quizás había equivocado el camino. Lo más lógico era dirigirme al norte, donde no lloviera tanto y pudiera andar con poco equipaje. Debía volver a Buenos Aires, desde donde había un sin número de rutas de escape. Lo primero era devolver el auto pero ¿cómo pasar sin ser advertido? A mi favor tenía que los había despistado con mi ida a Gesell, pero por otro lado, la última vez que me habían visto fue en Mardel. Estarían cubriendo todas las entradas y salidas posibles. De pronto, pensé que la mejor forma de llegar a Buenos Aires era por avión. No les daría tiempo de reaccionar y una vez allá, tendría que movilizarme a dedo.

Almorcé por última vez en Villa Gesell. Partí a las tres con un día luminoso. Tanto como la tarde de Tacna en que hicimos la gran transacción. Era curioso que en Perú la merca se comprara a pleno día, pero como yo era un huésped había que respetar las reglas de la casa. Me bajé del taxi con el intermediario que habíamos subido en otro cerro. Hanna permaneció con el taxista. El día anterior había acordado la cantidad. Eran dos millones de pesos chilenos que equivalían a los 13 mil 320 soles que me habían dado en las casas de cambio. Era el monto exacto de mi línea de crédito y lo más curioso, me alcanzaba exactamente para 666 gramos de cocaína. ¿Quizás era un mal augurio? aunque yo no era supersticioso. Ingresamos a una casa igual a todas las otras de la villa. Nos abrió la puerta una señora, que nos hizo sentar en unos sillones de mimbre y luego desapareció por una de las puertas del pasillo. Esperamos unos instantes. Al centro había una mesa alargada, también de mimbre, y sobre ella un par de ceniceros con colillas aún encendidas. Junto al living había una mesa de comedor de madera rústica. Tenía cuatro sillas y otras dos dispuestas junto a las paredes. Estaba mirando uno de esos espejos con marco dorado, tan típicos de Perú, cuando de pronto se refleja alguien. Es un hombre corpulento, muy corriente en su vestimenta, que trae consigo una pequeña balanza de cocina. Nos invita a sentarnos a la mesa, en el momento que entra la mujer a vigilar por la ventana que da a la calle. Casi ni hablamos, sólo unos estúpidos saludos. El hace un movimiento con los dedos, como preguntando por el dinero. Yo meto la mano en mis bolsillos y le extiendo un fajo de billetes. Los cuenta rápido. Se levanta repentinamente de la mesa y lo miro incrédulo. Luego veo al intermediario que me tranquiliza con su mirada. El hombre regresa (sin el dinero) pero esta vez trae consigo una bolsa de contenido blanco a medio abrir. La pone sobre la balanza y ésta marca lo acordado. Me dice que la pruebe y al sólo contacto con mi lengua la adormece. Okey le digo. Luego sella la bolsa con el scotch que tenía pegado. La pone en otra bolsa y finalmente en un envoltorio de papel. Se levanta y se despide de nosotros para luego desaparecer en el pasillo. Yo me guardo la merca bajo el pantalón afirmada por mi cinturón. La señora nos abre la puerta y caminamos (como si nada ocurriese) la media cuadra a que dista el taxi. Entramos y le paso a Hanna la droga. La acomoda en un bolso y lo oculta debajo de una chomba. Ahora sí que nadie habla. El taxista se vuelve a detener en el mismo lugar de hace dos días. Le doy doscientos soles por todo; el intermediario quizás como se las arregla (¿con el taxista o el traficante?). Caminamos un buen rato y al cabo de unas cuadras entramos a un restorán de comida italiana. Es nuestra celebración para despistar. Comemos rápido y al salir tomamos otro

taxi. Doy la indicación del Maximo's. Sacamos nuestras cosas de la recepción y pregunto si nos lleva por diez mil pesos a Arica. El trato es sin otros pasajeros. En el viaje vamos disfrazados de enamorados. Nos besamos todo el camino. Vamos contando monedas delante del pobre taxista que nos mira por el retrovisor. No sospecha la carga que llevamos. De pronto se detiene en la aduana y nos pide los carnés. Se los pasamos y comienza nuestro calvario. Se demora mucho a nuestro parecer. "Ojalá no nos revisen", me susurra Hanna. Ni siquiera me doy vuelta a mirar. Hanna se alegra al ver que viene solo, con los papeles en la mano. "Parece que no hubo problemas", agrega. Yo en cambio, sigo intranquilo. Recién estaré calmado cuando hayamos cruzado la aduana chilena.

El paso fronterizo de Chacayuta está más lento. Hay una enorme cola de autos y están revisando sólo algunos. El taxista se dispone a copiar nuestros datos en las papeletas chilenas. Cuando quedan cuatro vehículos, se baja para pasar los documentos por la ventanilla. Llega su turno y luego de entregar los carnés, un guardia le hace abrir el capot. Ahí se encuentran nuestras mochilas. Hanna y yo nos miramos nerviosos. Por suerte el bolso con la merca lo llevamos junto a nosotros. Parece que el taxista conoce al guardia porque se hablan con apodos. No nos hacen bajar en ningún momento. Hanna está casi temblando. Le tomo las manos y la beso. Se calma un poco, justo en el instante en que el taxista se despide del oficial fronterizo. Para cuando se levanta la barrera de contención ya estamos salvados, y comenzamos a respirar tranquilos. Hanna me besa ahora totalmente aliviada. Vamos rumbo a Arica calculando que llegaremos al hotel como a las siete de la tarde.

Llegamos un poco antes. El auto está donde lo dejamos. Le pago al taxista por lo que ni se imagina que hizo y trasladamos las mochilas a nuestro auto. Cuando se va, tomo el cargamento del bolso y lo guardo en mi mochila. De inmediato, emprendemos el camino de retorno a Iquique durante el cual nos cae la noche. Me pongo a pensar que tendré que pasarle unos gramos a Hanna por todo lo que pasó conmigo. Me registraré de nuevo en el "Majestic" y una vez que estemos en el cuarto, podremos dividir su parte. También nos daremos unos toques antes de ir a bailar. Pero lo que más siento es que no voy a poder verla en un buen tiempo. Al menos hasta comerciar en Santiago toda la droga que llevo. Calculo que me demoraré cinco meses en obtener los seis millones de pesos que vale mi cargamento. Quizás es demasiado tiempo. Es casi medio año y en ese lapso pueden pasar muchas cosas. Me doy cuenta que mis pensamientos son inútiles, que es mejor disfrutar de nuestra última noche. Ella es inteligente y de seguro sabe que

mañana emprenderé el retorno. No me preocupo más. Sólo escucho la música. Esta vez ninguno de los dos canta. Sólo Lucybell llena el espacio y con su música vuelvo a la realidad. Leo un letrero que dice que llegué a Mar del Plata. Son recién las cinco de la tarde. La luminosidad del sol hace que tenga que bajar la visera del auto. El camino costero se me hizo extremadamente corto. Ahora sólo tengo que tomar la costanera para llegar al centro.

Ya en la ciudad, doy unas vueltas hasta dar con el Hotel Argentino. Me registro y subo a mi habitación en el tercer piso. Inmediatamente tomo la guía de teléfonos y me comunico con Aerolíneas Argentinas. Me confirman que el primer vuelo sale a las ocho. Luego tomo la tarjeta del taller que me arrendó el auto y pregunto si puedo entregarlo en el aeropuerto a las 7:15. “No hay problema”, me responde su dueño. Más tranquilo y con todo coordinado, bajo a recorrer las calles. Estoy antojado por una pizza. Recorro varias cuadras y comienza a llover. De inmediato ingreso a un restorán y ordeno una de aceitunas y cebolla. Está exquisita. Con el hambre me la devoro en pocos minutos. Luego cancelo y voy a dar a la lluvia. Ahora también hace frío. Me doy cuenta de que es miércoles y que no habrá nada que hacer en la noche. Me devuelvo al hotel, veo una película en cable y apago la luz temprano.

CAPÍTULO 15

5 de octubre de 2000.

Dejo el hotel a las siete. Salgo sin desayunar. El estacionamiento del aeropuerto está prácticamente vacío e inmediatamente diviso al dueño del taller. Él revisa el auto (que está perfecto) mientras yo reúno el dinero por los días de arriendo. Me despido rápido. Luego voy al counter, a comprar un pasaje justo cuando hacen el primer llamado a embarcar.

El vuelo dura menos de una hora. Apenas alcanzo a pensar qué haré una vez en Buenos Aires. Lo primero será tomar un taxi y perderme en la ciudad. Ya sabré donde dirigirme después. Las aeromozas retiran el desayuno y el comandante anuncia el descenso.

Como sólo llevo equipaje de mano, salgo rápido del aeropuerto e inmediatamente abordo un taxi. A la plaza San Martín le digo. Voy leyendo el “Trotamundos” y mirando el mapa rutero. ¿A dónde ir?, me pregunto. De pronto, cambio de parecer y tomo una decisión de último minuto: tomar un ferry por el río de La Plata. Así transbordo hacia Montevideo y luego me puedo movilizar hacia Brasil. No lo pienso más. Es un impulso y le hago caso. Le pido al taxista que me deje donde parten los transbordadores. Él no se complica y cambia el rumbo. Compro un ticket de la empresa Buquebús. Muestro mis papeles para salir del país y me embarco en una nave de tres pisos. Parte a las 10:30. En el restorán de a bordo compro un pastel y una bebida para completar el menguado desayuno del avión. Me ubico en los asientos de adelante. La vista del barco surcando las aguas me da cierta tranquilidad, así después de un rato me duermo.

Cuando despierto estoy arribando a Montevideo. Al bajar deambulo por un cerro similar a los de Valparaíso. Pregunto por la calle principal y me doy cuenta que mi olfato no ha fallado. Voy por buen camino. Siempre subiendo, me encuentro con una pequeña plaza. Luego pregunto a los transeúntes y sigo sus indicaciones hasta dar con

una gran plaza donde comienza la avenida principal. Es una calle ancha con mucho comercio ambulante. Percibo que todo lo que he recorrido es antiguo. No es una ciudad moderna, pero tiene su encanto. Invita a recorrer sus rincones. Sus cines por ejemplo, son edificios que te trasladan a otra época. Están justo frente a una plaza que es dividida en dos por la avenida. Sigo caminando por la arteria que se ve interminable hasta dar a una especie de puesto turístico. Ahí me guían respecto de dónde alojarme. Me dicen que el Hotel Mediterráneo es bueno y barato. Además queda cerca de donde estoy. Pregunto por lugares de interés y me mencionan el parque Rodó. Ya tendré tiempo de visitarlo. Por el momento, luego de horas caminando, necesito comer algo para reponer energías. Unas pastas estarían bien. Ingreso a una especie de fuente de soda que es lo mejor que puedo encontrar. Me doy cuenta que los restaurantes de por aquí no son tan buenos como los argentinos. Es tanta el hambre, que encuentro deliciosas la palta rellena y la tortilla de espinacas que pido. Las devoro como si no hubiera comido en una semana y, una vez terminado, voy a dejar mi mochila al hotel que me recomendaron. Queda como a cuatro cuadras. Tiene una entrada pequeña, pero la habitación está bien. Inmediatamente saco una bebida del frigobar y me quedo dormido después de ver un poco de televisión.

Cuando abro los ojos, bajo a la recepción y pregunto por un shopping. Me aconsejan uno llamado Tres Cruces. Luego de quince minutos, un taxi me deja en la puerta. De inmediato busco una tienda de artículos electrónicos. Necesito música para caminar más relajado, por lo que pregunto cuanto valen los walkman. Son más caros que en Santiago, pero igual compro uno por cincuenta y cinco dólares. Luego ingreso a una disquería donde después de buscar títulos un buen rato, encuentro un cassette conocido. Es el "Vivo" de Joe Vasconcellos, que me avisa que estoy próximo a Brasil. Lo coloco inmediatamente en mi nuevo walkman. Ahora sí recorro tranquilo el centro comercial, que casualmente tiene un terminal de buses internacional en su planta baja. Bajo por las escaleras mecánicas y me acerco al mesón de atención de la línea EGA, donde cancelo un pasaje para Porto Alegre. Lo compro para el día siguiente a las 20:15. Así tendré al menos un día para recorrer las calles de Montevideo. Salgo del shopping cuando comienzan a cerrar los locales. Ya es de noche y me subo a un taxi. Sigo encontrando curioso esto de que el chofer esté separado por un vidrio de los pasajeros. Apenas me escucha cuando le grito. Esto atenta contra el turismo, suponiendo que los taxistas son los mejores guías de la ciudad. Le pido que me lleve a un shopping con salas de cine y pago a través de una rendija que parece cenicero. Este centro comercial es mucho más moderno que el otro, pero lamentablemente ya han empezado todas las

funciones. Salgo rápido, los locales están cerrados y no hay nadie en los pasillos. Sólo me queda volver al hotel.

Al día siguiente, me levanto como a las once. Camino por una calle ancha, perpendicular a la avenida principal. Me compro un par de plátanos como desayuno. Cuando he recorrido unas quince cuadras, me topo con una gran rotonda en cuyo centro se encuentra el Palacio Legislativo. Me siento en una de sus gradas, saco el walkman de mi mochila y pongo el “Clix Modernos” de Charly García. Su música y letras son como respirar para mí. De inmediato me siento entero. Necesitaba algo conocido para seguir deambulando por las calles. Bajo las gradas y me acerco a un paradero de buses. Me subo al primero que pasa en dirección al centro. La idea es dar un recorrido completo para conocer mejor la ciudad. Es como estar en el cine. La ventana sólo me permite ver parcialidades y mi cabeza complementa el resto (el “off” como quien diría). La música incidental a cargo de García hace que todo lo extraño me parezca familiar. Se sube un vendedor (¿acomodador de cine?) y le compro un helado. Así voy conociendo el día a día de Montevideo. Veo a los uruguayos mucho más fomes que los argentinos. En cierto modo parecidos a los chilenos. Tanto los de la calle como las caras que veo en el bus, van preocupados hablándose a sí mismos. Doy una vuelta completa y le digo al chofer que me avise cuando estemos cerca de Rodó.

Me bajo donde me indica y tomo un taxi. Son menos de diez cuadras las que recorreremos hasta llegar a unos juegos infantiles. Ahí comienza el parque frente al río de La Plata. Recorro una de sus plazas con pequeñas lagunas y al final me tiendo en el pasto a descansar. Ahora que lo pienso no he almorzado y van a ser las cinco de la tarde.

Estoy protegiéndome del sol (bajo la sombra de los árboles). Mirando las copas más altas. Sintíendome como un vagabundo que casi no habla con nadie. Imagino que los pájaros son los únicos que comentan mi situación, cuando de pronto me acuerdo de mi familia. Llevo dos semanas viajando y todavía no he dado señales de vida. ¿Qué rollos se estarán pasando? No es fácil explicarse porqué una persona de un día para otro deja su trabajo y su país. ¿A quienes habrán llamado mis padres? ¿A mis amigos? Como si tuviera tantos. Ahora que lo pensaba, hacía tiempo que venía reduciendo mi círculo de amistades. La droga me había apartado primero del deporte (y de todos los conocidos con quienes jugaba fútbol) y luego de los amigos con quienes compartía los fines de semana. Sebastián fue el primero, sólo porque era hermano de Gloria. Cada vez que visitaba su casa era inevitable que me acordara de Camilo. O bien era incapaz de contestarle sus mordaces bromas (ya no tenía ánimo suficiente). Otros amigos viajaban

mucho o estudiaban en el extranjero. Pero no podía excusarme invocando la falta de personas cercanas. Más bien me daba cuenta de que mi bajón obedecía a una depresión de más de dos años, que fue paulatinamente sacándome del foco luminoso. Mientras podía trabajar de excelente forma, mi camino afectivo se fue debilitando hasta llegar al punto de que no me importaba estar sólo. Pensaba que el tiempo iba a borrar mi tristeza y todo el odio que sentía, pero no fue así. Era como si ya no me importara que alguien me quisiera o no. Todo me era indiferente. Fue entonces que empecé a frecuentar todos los lugares públicos en completa soledad. A la “Batuta” iba solo. Si tocaba un grupo, mejor, pues así no estaba obligado a hablar con nadie. Cuando nadie tocaba me bastaba con saludar a Lenin o al vocalista de los “Fiskales” (que atendían tras la barra). La gracia de la “Batuta” era que nadie se preocupaba por nadie y un solitario como yo podía pasar piola durante cuatro horas. A veces bailando solo, otras sólo mirando. E inclusive, ciertos días me podía encontrar con María Paz o el Rolo (los habituales del lugar). Con ella podía tener una conversación existencial; con el otro sólo se trataba de un encuentro con la cocaína. A María Paz siempre le comentaba de alguna película que había visto. Algo se interesaba y podíamos tener algún momento de franqueza. Era ingeniero comercial y al igual que yo, me daba la impresión que había estudiado eso para agradar a alguien. En el fondo no se sentía satisfecha con la elección. Era como si todavía no hubiera dado con la clave de su vida. Tampoco yo había encontrado el motor de mi existencia y lo que era peor, sentía que estaba cada vez más lejos de alcanzarlo. No sabía por qué trabajaba. Tenía la manía de hacer las cosas bien: esa estupidez que llaman ser profesional, cuando en realidad ser profesional es hacer lo mejor posible aquello que más te gusta. Lo demás es engañarte a ti mismo. Es burlarte por un tiempo hasta que ya no das más, hasta que te encuentras perdido mirando las copas de los árboles en un país desconocido.

Iban a ser las seis y media cuando miré mi reloj. Hora de buscar una fuente de soda. Atravesé el parque y subí por calles desiertas hasta que di con una subida más transitada. La escalé por cinco cuadras y de pronto, entré en un restorán de barrio donde pido un queso caliente. Me lo trago y pido otro enseguida junto con otra coca cola. Cuando veo mi reloj de nuevo, es hora de dirigirme al terminal. Pago la cuenta y me subo a un taxi diciendo que voy retrasado. Cruzamos la ciudad rápidamente y llego justo a tiempo para llenar los papeles de inmigración a Brasil. Luego subo al bus y reclinando el asiento, me preparo para el largo viaje.

CAPÍTULO 16

7 de octubre de 2000.

Son las seis cuando me despiertan con el desayuno. El auxiliar me pasa un sandwich de queso más un vaso de bebida. Es el mejor servicio que me ha tocado a bordo de un bus. Anoche también sirvieron algo de comer, y proyectaron una película que me agradó. Dormí la mayor parte del viaje. Ahora estaba un poco sudado, pero cuando llegamos a la central de ómnibuses me sentí más fresco. Lo primero que hice en Porto Alegre fue comprar refrescos y preguntar algunos datos. Luego crucé una pasarela en altura sobre una amplia avenida. Desde arriba, se veía que la arteria bordeaba la línea del ferrocarril. Todo era periferia, pues no se veían casas ni departamentos habitables. Era una zona comercial venida a menos. Llevaba recorridas quince cuadras cuando me crucé con universitarios. No eran muchos puesto que era sábado. Me fui topando con calles desiertas hasta que por fin di con una peatonal. Seguí caminando hasta cruzarme con otra más importante, donde vi un café abierto. Me senté junto a la barra y pedí uno de esos lanches preparados. Mientras preguntaba a la mesera dónde podía conseguir información turística, veía como la calle paulatinamente se iba llenando de gente. Luego pedí un suco de laranja. Era lo primero que me entendía sin utilizar señas, puesto que mi portuñol andaba muy precario. Cuando salí me devolví por la peatonal, buscando algún banco para sacar plata. Llegué a una plaza donde había unos artesanos. Para variar uno era chileno. Me recomendó visitar el gasómetro y me entregó un mapa de la ciudad. Le compré una polera que decía: “Este ainda é o único planeta que temos para viver”. Me pareció que alguien allá arriba se reía de mí. ¿Sería el mundo lo suficientemente grande para desaparecer sin dejar rastro? No sé, pero tenía claro que la ecología me importaba un bledo en esos momentos. Sin embargo estaba dispuesto a andar con la polera para pasar por brasilero. En dos segundos, me saqué la que tenía puesta y me puse la ecológica. Al cabo de unas cuadras, me topé con el Banco Bradesco. Se me estaban

acabando los dólares y todavía no quería recurrir a los cheques de viaje. Por fin tuve suerte (en Uruguay no me funcionaron los cajeros). Obtuve quinientos reales con los que podría continuar mi travesía por Brasil. Contento por lo que consideraba platas extras, me dirigí al mercado de la ciudad. El mapa era de gran utilidad para ubicarse, pues siguiendo ciertas calles llegué en cinco minutos. Vendían cualquier cosa que uno imaginara, desde frutas hasta artículos electrónicos. No buscaba nada, por lo que mi recorrido fue menos que turístico. Al salir, sólo quise volver a la central para comprar un pasaje. Venía gestando mi plan mientras avanzaba por las calles. Habría de recorrer los balnearios brasileros para escoger aquel donde pudiera asentarme y trabajar. Pero todavía tenía dinero y ganas de escribir. Sólo debía encontrar una playa para descansar. Conocía las de Florianópolis y pensaba que Cachoeira sería una buena elección. Quedaba cerca del poblado de Canasveiras, donde me podría surtir de cualquier cosa que necesitara. Iba distraído, cuando de nuevo me encontré cruzando la pasarela que daba a la central. Ya no había duda. “Um Passagen para Floripa”, le pedí al que vendía los boletos y agregue que era para las 18:00. Al rato, caminaba por la línea del tren en dirección a la rada donde atracan los remolcadores. Ahí pregunté por el gasómetro y me dijeron que avanzara otros quince minutos. Cuando al fin llegué, me quedé admirando la costa llena de pequeñas islas, pero no me animé a recorrer el museo. Desde su chimenea se veía una extensa costanera que, dado lo soleado del día, me dispuse a recorrer.

Me acordé de los paseos a la playa con Gloria. Solíamos enterrar a Camilo en la arena. Sólo quedaba su cabeza afuera. Al principio le gustaba, pero al rato se asustaba y había que sacarlo. También recuerdo que le tenía pánico a las olas (ni los pies se mojaba). Pero en realidad, lo que más echaba de menos era esa tranquilidad que brindaba la vida en familia. Nada te daba vergüenza mientras estabas con los tuyos. Eras capaz de los sacrificios más increíbles con tal de hacerlos felices. Pero esos recuerdos, lejos de contentarme, me pusieron tremendamente melancólico, pues sabía que ya no era capaz de amar (ni siquiera a mis padres y hermana). Me daba cuenta que estaba destrozado. Lo único que hacía era huir para no tener que detenerme a compartir con nadie. Sin embargo, de pronto me detuve. El peso de mi angustia no permitió que diera otro paso. Me senté en una banca y quedé como atontado viendo como pasaban unas bicicletas. ¿Qué hacer para volver a ser feliz? Estaba desesperado. Tomé el pequeño mapa que me había dado el artesano chileno, y me puse a buscar donde ir. Estaba muerto de hambre. Cuando miré el reloj era la una y media. Resultaba que a sólo diez

minutos se encontraba el shopping Praia das Velas. Me levanté rumbo hacia alguno de esos restaurantes que siempre hay al interior de los centros comerciales.

Fue un alivio entrar al shopping. El aire acondicionado estaba extremadamente frío y me devolvió mi voluntad. Sentí de nuevo ganas de vivir. Entré a un restaurante y quedé gratamente sorprendido. Su decoración era a base de dos tonos. También la carta lucía esos colores. Era el restaurante italiano más extraño que haya visto. En vez de ser típicamente tradicional, éste era un pub súper moderno que tenía música electrónica. Cuando hice ademán de pedir la carta, inmediatamente se acercó uno de los mozos que también estaba vestido de rojo y negro. Pedí unos spaghetti con salsa de ajo, además de un antipasto. Pensé que no iba a ser capaz de comerlos. Sin embargo, el hambre pudo más y los engullí como aspiradora. Salí a las dos y media, y para reposar tomé un autobús en cualquier dirección. Se veía un buen lugar para vivir. Mucho más acogedor que Montevideo. Divisé otro shopping. Tenía más de diez salas de cine. Me bajé sin dudar. Una película era la mejor manera de hacer pasar dos horas y a la vez escapar del calor.

La película me hizo reír de buena gana. Era hora de descansar de la sensación de viaje perpetuo. En estos momentos era cuando añoraba estar con mi familia. No había nada como almorzar en la casa de mis papás para luego recostarme a ver televisión durante toda la tarde. Lamentablemente nunca valoré esos espacios de tranquilidad, más bien tenía siempre que estar haciendo algo y por último, caía en un cine como ahora mismo.

Cuando encendieron las luces, estaba con el tiempo justo para llegar a la central. Me inscribí con nombre falso y nacionalidad argentina (casi nunca revisan tu identidad viajando dentro de un país). Apenas partió el ómnibus, comenzaron a dar una película en las pantallas. Traté de seguir la trama, pero me fue imposible.

Desperté cuando oí mi nombre (el verdadero), pero luego me convencí de que no podía ser. Sólo atiné a sacar agua envasada de la hielera y a no despertar al tipo que venía a mi lado. La verdad, prefería hacerme el dormido a tener que conversar con mi acompañante. De ahí en adelante sentí, varias veces durante la noche, una seguidilla de risas acompañadas, pero no fueron suficientes para turbar mi sueño.

CAPÍTULO 17

8 de octubre de 2000.

En Florianópolis me moví rápido. Andaba espirituado con las voces que había escuchado entre sueños y la verdad, no me sentía del todo cómodo en este hotel. Costaba apenas cuarenta reales y se parecía mucho a los moteles del barrio de Bellavista, de cuyos recuerdos estaba precisamente escapando.

Yo era el típico noctámbulo que pasaba por La Portada de Vitacura cuando estaba angustiado. Los cuidadores de autos sabían de inmediato quién quería merca. Uno estacionaba, apagaba las luces y no se bajaba. Esa era la señal. Después de unos treinta segundos, se acercaban uno o dos y te decían: “¿Cuántos?”, gramos obviamente. Pero no le vendían a cualquiera. A mí por ejemplo, me había presentado Gabriela y de ahí en adelante, me las arreglé solo. Aparecía cada dos semanas, en busca de mi dosis habitual (5 gramos) y luego me dirigía a los moteles donde me dejaban entrar solo. Los de Bellavista eran los elegidos. Siempre pedía un whisky con hielo, prendía la tele y colocaba el canal tres. Por lo general, tenía que llamar para que pusieran la porno triple equis. Con eso era suficiente. La droga convertía a las lateras películas pornos en una hora y media de entretenimiento. No sabría explicar por qué, pero parecía que la coca les daba mayor realismo. Podía estar totalmente excitado y metido en la trama al tiempo que percibía como propios los ánimos de los protagonistas. A veces perdía el conocimiento. Era tan agradable dejarse caer en lo desconocido. Siempre recordaba, en cámara lenta, el momento en que me iba desplomando.

El problema venía cuando despertaba tirado en cualquier parte. Generalmente en los fríos azulejos de un baño. Abría los ojos y lo que veía no concordaba. Era definitivamente otra toma. Más fría y menos comprensible. Luego me erguía y empezaba lo peor. Me espiaban por todas las rendijas. Era un alivio cuando no había ventanas, pues sólo me tenía que preocupar por la puerta. Podía quedarme una hora

pendiente de las sombras que pasaban al otro lado. Pensaba que todo el cuarto me observaba, pero cuando comenzaba a ver el techo con sospechas era el momento de esconderse bajo las sábanas.

Llevaba dos meses y medio sin jalar desde el carrete de Valparaíso y, sin embargo, sentía esa sensación post intoxicada. Estaba igual de arrinconado que en los moteles de Bellavista, pero ahora en Florianópolis. Algo me molestaba en la habitación. Tenía una cama sin frazadas muy a tono con el calor que hacía. Arriba estaba empotrado un televisor, bajo el cual había una especie de armario viejo. Casi en la puerta de entrada se podía acceder al baño. Una ducha, un lavatorio y un escusado. Todo muy básico. Incluso el botiquín era viejo y el único implemento que tenía era una crema de afeitar. Era extraño, pero era el primer hotel que no tenía jabón. Seguí revisando todo minuciosamente. Incluso abrí las dos hojas de la ventana para ver como se veía la calle desde el cuarto piso. Algo no andaba bien. Todo estaba silencioso, también abajo donde no veía ningún auto. Sólo un ruido apenas perceptible. Vi el conjunto de la pieza e inmediatamente me di cuenta de que no había ni un sólo adorno. Las paredes eran lisas y la única mesita tenía encima un pequeño parlante muy destartado. El zumbido provenía de él. Sonaba como tubo fluorescente. Traté de apagarlo, pero fue imposible. Encendí la televisión para silenciarlo. Daban una película erótica fácil de seguir, cuando de pronto comenzó a pestañear la pantalla y se cambió el canal. Tampoco me obedecía el control remoto. No entendía que pasaba hasta que empecé a oír unos ruidos que provenían de la ventana del baño. Me asomé y vi a dos autos estacionados con las luces encendidas. Tocaban la bocina como si estuvieran en el estadio y de repente comenzaron a gritar mi nombre. No puede ser, pensé. ¿Como me habrán seguido hasta acá? Ya no podía estar tranquilo en ningún lugar. Lo único que pude hacer fue cerrar la ventana para que los bocinazos y las voces no llegaran a mis oídos. Cambié el canal para que no pudieran intervenirlo y subí el volumen. Me metí en la cama. Seguía escuchando los gritos, pero me hice a la idea que dentro del cuarto no podrían hacerme daño. Me concentré en una película cualquiera y eso sirvió para que mi mente eludiera lo de abajo. Más tarde, todo se tranquilizó. Bajé el volumen por completo y efectivamente cesaron los ruidos acosadores. Continué viendo la película. No quise pensar en nada. Ni como habían llegado aquí ni qué haría al día siguiente.

CAPÍTULO 18

Madrugada del 9 de octubre de 2000.

Le pedí al taxista que me dejara en “Baturité” (en el extremo sur de Camboriú) discotec tecno-pop que comenzaba a funcionar pasado la una. Pero de antesala, la gente hacía hora en una especie de patio de comidas.

Yo era testigo de todo ese movimiento mientras me tomaba una cerveza. Estaba rodeado de universitarios y por cierto, desfilaban ante mí mujeres realmente hermosas.

Entré apenas abrieron las puertas y subí al segundo piso. Desde ahí podía ver el círculo de la pista (nadie bailaba). Todos pedían su trago en las barras e hice lo propio en el bar de arriba. Pedí un whisky y observé como partía una disco en Brasil. No era nada especial ver a unas minas bailando solas mientras paulatinamente se iban sumando algunas parejas. Me sorprendió lo bien arregladas que lucían las brasileras (se distinguían de las chilenas). Vestían como si estuvieran en una fiesta de matrimonio y de vez en cuando aparecían mujeres de treinta años que daban miedo. Verdaderas modelos de pasarela que me hacían sentir incómodo. Tomé otro whisky para sentirme a tono y me pregunté qué estaba haciendo en este lugar. Mi actitud era bastante estúpida. Luego de despertar en Florianópolis, me había dirigido de inmediato al terminal de buses para escapar de lo ocurrido la noche anterior. Atrás quedaba mi plan de descansar en la isla de Floripa. Incluso traté de viajar a Sao Paulo, pero no había pasaje sino hasta la noche. La idea de Camboriú fue la más oportuna que se me vino a la mente. Había llegado en la tarde, comido una pizza y luego busqué un hotel. Finalmente di con el San Remo pero ahora que lo meditaba, había dado puros pasos lógicos, fácilmente anticipables. Lo más estúpido era estar donde todo el mundo. Lo pensé de nuevo y decidí marcharme. Pero antes me tomé otro whisky.

Una vez en la calle, me subí a un taxi y pregunté dónde conseguir cocaína. Propuso llevarme donde podían saber. Cruzábamos la periferia, mientras intentaba

entender por qué no había vuelto al hotel. Estaba tan asustado que no podía pensar. Seguía mis instintos, aún sabiendo que no eran confiables.

El taxista me dejó en la puerta del “Café Virtual”. Desde que entré me sentí a gusto. Era un local acogedor con no más de diez mesas. Tenía una barra a un costado donde se paraban los mozos que te presentaban a las chicas. Al frente, un pequeño escenario donde me imaginaba, hacían los desnudos.

Al comienzo estaba relajado con los whiskies. Le dije al mozo que no me trajera nada por un rato. Mi hígado necesitaba descansar. Estaba acostumbrándome al ambiente, cuando un argentino (¿qué hacía aquí?) interrumpió mi tranquilidad. Me preguntó qué hacía por la ciudad. Sin embargo, no me intimidó puesto que el alcohol había aplacado mis sentidos. Finalmente se marchó. Justo en el momento en que Patricia se acercó a mi mesa hablando portugués. Le respondí en español y (luego de calibrar su acento) prosiguió en un portuñol bastante entendible. Ahora sí, tendría que pedir un trago. El mozo apareció casi por arte de magia. A Patricia le gustaba el vino y mi hígado agradeció la elección. No me acuerdo de qué conversamos, cuando de pronto empezó el show. El primer cuadro era un número de dos lesbianas, muy artístico, que de repente se nos vino encima. Una se recostó en nuestra mesa (Patricia sostuvo la botella) y simuló un orgasmo al tiempo que mecía sus rubios cabellos. La morena besaba los senos de su amiga mientras yo, acariciaba su pubis. Continuaron la fiesta en otra mesa. No me esperaba esa invasión, pero después de todo fue excitante. Sólo entonces me fijé en Patricia, dueña de un cuerpo exuberante que contradecía con la ternura de su mirada. No pude contener el impulso de besarla. Su boca era deliciosa y su cintura fácilmente abrazable. Volvimos a brindar por algo y el mozo nos volvió a llenar las copas. Ahí comenzó un show hermoso. Marido y mujer hacían el amor frente a todos. Sus movimientos eran estilizados, privilegiando la plasticidad de la fémica que ponía rostros de placer contagioso. Con el siguiente brindis se nos acabó el vino y yo al menos, no sentí el efecto del alcohol. Se nos acercó el mozo otra vez y lo anticipé diciéndole que nos trajera otra botella. Justo cuando llegó el nuevo elixir, se terminó el espectáculo. Comenzaron mis abrazos más audaces. Patricia no se molestó y de algún modo, supe que le agradaba. Seguimos tomando y de pronto, tocaron algo parecido a un merengue. Nos pusimos a bailar y al girar, me di cuenta que sólo dominaba mi metro cuadrado. El resto del lugar me era ajeno y estaba constituido por colores nebulosos. Poco importaba, pues seguía bailando con Patricia y pegándole uno que otro agarrón mientras girábamos. Sólo atinaba a recordarle que me tenía que dar su número de teléfono (por si salíamos al

otro día). En eso estaba cuando prendieron las luces. Escribí el número tras la tarjeta del hotel y mientras lo hacía, me di cuenta que las dos botellas de vino habían sido demasiado. Cada uno de los dígitos se dibujaron temblorosos sobre el papel. Pensé que si era capaz de leerlos en este estado, sobrio lo haría mejor. Luego Patricia telefoneó al taxista que me había traído, pero cuando llegó me pareció que era otro auto. Daba lo mismo a esa hora. Me despedí y caminé lo mejor que pude hacia el taxi. Tan borracho no estaba, puesto que el chofer efectivamente no era el mismo. De repente, recordé que el propósito de la incursión al “Café Virtual” era conseguir coca y en vez de eso, me encontraba mareado en un asiento trasero. No podía contener mi lengua. Le hablaba cualquier cosa. Incluso dije que me había parecido extraño que nadie vendiera droga dentro del night club. Creo que también le resultó extraño, pues dobló en una esquina y fue a dar a lo que parecía un centro comercial. Yo estaba seguro de haberle pasado la tarjeta del hotel, pero la verdad no reconocía donde estábamos detenidos. Estaba tan borracho que ni siquiera me asusté. De pronto se vuelve y descifra en mis ojos lo que quiero: “¿Cocaína?” Sólo ahí supe que me había entendido y estúpidamente (ya sin control) le contesté que sí. Entonces hizo una seña que atrajo a un tipo de la calle. Me preguntó cuánto quería y le dije cinco, al momento que el sujeto se asomaba a la ventana. No sé cómo adivinó, pero justo traía cinco en la mano mientras el taxista me tradujo que eran cincuenta reales. Pasé los billetes a cambio de los paquetes negros y el tipo desapareció. Luego hizo un viraje en “U”, frenó y me señaló una puerta. Pagué la carrera y como un autómatas le hice caso. Entré a un salón de pool con muchísimas mesas. Me sentí insignificante entre tanto humo. Caminé dificultosamente hasta el bar y miré alrededor. No distinguí ningún rostro. No podría haber afirmado si había mujeres, pero de todos modos de mi boca salió la palabra whisky seguida de Ballantines. Me pareció ver una puerta y de ahí en adelante, obedecí a reflejos condicionados. De pronto, estaba en el baño jalando un gramo. La realidad no tenía continuidad. Era sorprendido en distintos lugares. Me estaban sirviendo el whisky. No sé cómo había llegado de nuevo a la barra ni cómo se vació el vaso. Pedí otro. Ahora estaba de nuevo en el baño. Esta vez sentado en el suelo con la cabeza apoyada en el muro. Enfoqué mis manos y me di cuenta que tenía el segundo envoltorio negro también vacío. Luego entró alguien que dejó la puerta abierta. Me paré como pude y al traspasarla, parecía un estadio de fútbol. Sólo veía luces difusas y sentía a todos mirándome. Pero no distinguía a nadie. Sólo una multitud gritando. Tampoco supe de las mesas de pool. Me sentía en medio de un gran escenario rodeado de gritos y luces. Me asustaban y no podía hacer

nada. De pronto, la presión me hizo caer al piso. “¿Alguien sabe de dónde es?”, preguntó quién trataba de levantarme. Y una voz potente respondió: “¡Es chileno!”

Resucité angustiado. No lograba enfocar la vista. Tenía miedo. Alguien me asediaba tras la multitud. Conocía mis pasos. Apenas mantenía la cordura. Una mujer gritaba: “¡Policía!” Otro me movía para que reaccionara, y un tercero repetía: “vamos al coche”. Sin embargo, ya no estaba en medio del estadio sino en un balcón al aire libre. Empecé a hablar y (que idiota) a presentarme. Le decía a unos tipos que agradecía lo que hacían por mí, que eran verdaderos ángeles del lugar lleno de buitres. Se los decía una y otra vez, pero no distinguía sus caras. Eran pequeños destellos de lucidez que venían y se iban. A ratos podía sostenerme y luego, caía nuevamente. Enfocaba el cielo y luego el piso. Divisaba las estrellas moviéndose, pero en realidad era yo el que me movía. Los sujetos me dijeron sus nombres y al rato se los volví a preguntar. Pero lo que me despejó un poco fue que mencionaron de nuevo a la policía. Fue como si me tiraran agua. Reaccioné de inmediato y me levanté por mis propios medios. Al instante volví a sentir el bullicio del salón de pool. Lo estaba cruzando, sin embargo no veía las mesas debido a que la cabeza se me iba para atrás. Los tipos que me afirmaban me avisaron la escalera y fue igual que cuando mencionaron a la policía. Tuve otro minuto de lucidez que me permitió enfocar difusamente los peldaños. Llegué a la calle y la sensación de amplitud no pudo ser contenida por mi mente. Me volví a desvanecer. Me cargaron hasta un auto y me depositaron en el asiento del acompañante. Luego entraron y cerraron las puertas. El que manejaba me preguntó el nombre y se lo volví a dar, mientras el amigo le decía que me estaba jalando otro gramo. No le creí demasiado, pero al mirar mis manos estaba desatando otro paquete negro. Me vi torpe. Apenas podía con el nudo. Se transformó en lo único que podía hacer (el resto no importaba). Sólo era consciente de mi desesperación por abrirlo. Como si mi vida dependiera de ello. Llegué al punto de forzarlo con los dientes. Hasta que por fin pude jalar su contenido. Todo de una vez. Al tiempo que uno de los tipos, me pidió que me enderezara (venía un policía). Sabía que apenas tenía unos minutos de lucidez. Me senté lo mejor que pude mientras el sujeto de atrás hablaba con el oficial. No entendí el diálogo (apenas podía estar despierto). Empecé a perder la conciencia justo cuando se fue. Entonces forzaron mi billetera y comprendí que me estaban asaltando. Traté de evitarlo, pero lo único que provocó el esfuerzo fue dejar mi mente en blanco. Lo último que recuerdo es que los ángeles salvadores empezaron a reírse a carcajadas y con el movimiento del auto pareció que se convertían en demonios.

Desperté en la cama del hotel. Traté de ver la hora, pero me habían robado el reloj. Al levantarme tropecé con mi billetera vacía y con todas las tarjetas dispersas por el suelo. Me alarmaba no encontrar la llave de la caja fuerte (estaba perdido sin los cheques de viajero). Tenía la esperanza de que no la hubieran abierto (era mi única salvación). Si no (pensaba) me quedaría atrapado en este país.

Fue tanta la desesperación, que se nubló mi mente y caí rendido.

Volví a la realidad, recordando que había despertado antes. Fui directamente donde la llave. Estaba en el mismo cajón que decía mi mente (no lo podía creer). Quizás funcionaba distinto ahora que abusaba de las drogas, pero al menos tenía dinero para seguir huyendo.

Abrí los ojos al mediodía, con la idea de irme lo antes posible de Camboriú. Era obvio que me perseguían. No había otra explicación para que alguien me reconociera en el pool. Sólo debía seguir huyendo (como siempre lo había hecho). Me duché, preparé mis cosas y abandoné el hotel. Caminé varias cuadras hasta que pasó un ómnibus que llegaba a la central. Traté nuevamente de partir a Sao Paulo, pero como no estaba dispuesto a esperar, compré un pasaje a Curitiba.

Salía en una hora. Sin embargo, no podía quedarme al interior del terminal (me sentía observado). Busqué la salida y caminé hasta una plaza sin árboles. Al frente, vi un negocio que no era otra cosa que la extensión de una casa. Lo atendía una mujer y su hijo. Él se puso a conversar conmigo mientras yo comía un queso caliente. Casualmente había nacido en Curitiba. Le pregunté por lugares donde ir y me respondió con tan pocas ganas, que decidí que sólo sería una ciudad de paso.

El bus partió justo a las dos y apenas estuvo en marcha, me quedé dormido. Estaba exhausto luego de la noche anterior (ni siquiera podía sentirme perseguido). Dormí durante cinco horas y cuando desperté, volví a mis habituales temores.

Lo primero que hice en Curitiba fue buscar dónde comer. Subí al segundo piso del terminal y entré en la primera fuente de soda. Pedí dos trozos de pizza y un refresco, engullí con rapidez y me dirigí a la ventanilla de los pasajes. Asustado miraba las pizarras con los horarios. Siempre pendiente de los rostros que se repetían (memoricé los del bus). Reconocí a tres que espían mis movimientos. Decidí no ir a Sao Paulo y me fijé que dentro de una hora salían buses a Rio de Janeiro. No compré de inmediato, sino que fui a recorrer la ciudad.

Lo poco que vi no me gustó. Tenía calles amplias con comercio a ambos lados, pero así y todo, me costó dar con un restorán medianamente decente. Parece que las

avenidas que circundaban la central no estaban en un buen barrio, aún cuando estaban repletas de autos. El restorán tenía un mostrador con pasteles y al frente, unas pocas mesas. Pedí un plato contundente para aguantar las quince horas que duraba el viaje. Cuando terminé sólo quedaban diez minutos. Pagué la cuenta y salí corriendo. Compré el pasaje y abordé el ómnibus que me llevaría a la ciudad carioca.

De nuevo divisé las caras sospechosas y lo peor de todo, me tocó compañía en el asiento de al lado. Ojalá (pensé) no me hable durante el viaje. Tuve que recurrir al walkman para alejar los murmullos desagradables. Joe Vasconcellos fue el primero en calmarme. Era grato escuchar música brasilera (pero en español). Ya había anochecido cuando acabó el primer lado. Lo di vuelta y antes de que terminara, yo dormía. En ningún momento sentí saltar la tecla del “play”.

Cuando desperté cruzábamos una ciudad gigantesca. Miraba por la ventana y las siluetas negras con neones no cesaban. Se trataba de Sao Paulo, que tras tres cuartos de hora parecía interminable. Me puse a escuchar las radios locales. A pesar de la hora (y de ser mitad de semana) tocaban músicaailable, pero ni siquiera esas tropicales canciones aplacaron mi miedo. No recordaba lo ocurrido en Camboriú. Mis neuronas contenían piezas dispersas a las que no lograba dar coherencia.

CAPÍTULO 19

10 de octubre de 2000.

A las diez de la mañana no quería más guerra con el interminable viaje. Llevaba catorce horas encerrado y mis riñones exigían un descanso. Mi asiento daba justo al baño, por lo que apenas había dormido entre las levantadas de la gente. Los pasajeros no sólo se paseaban para hacer sus necesidades, sino que además sacaban agua envasada de una hielera, que también quedaba junto a mi asiento. Me tenían tan apeestado que llegó un momento en que decidí no dormir más. Entonces encendí mi walkman.

Faltaban dos horas para llegar a Rio. El bus iba repleto y mi acompañante me hablaba cada cierto rato. No le entendía nada. Parecía un dialecto más que portugués. Tampoco me podía hacer el dormido con tanta luz. Empezó a inquietarme, al igual que los sospechosos que venían conmigo desde Camboriú. Pensaba que no cualquiera se pega un viaje de veintidós horas. Hacían señas cuando volteaban a observarme. Se paraban a cada rato, tanto para ir al baño como para sacar agua, uno a la vez, y eran lejos los pasajeros más sedientos. Era la forma que habían elegido para vigilarme de cerca.

La última hora fue insoportable. Cada bostezo, cada estornudo era interpretado por mi mente. Como clave morse. Mi cabeza no estaba ni un segundo tranquila. Ni siquiera podía pensar en qué haría cuando me bajara del ómnibus.

Me tomé un último vaso de agua congelada, justo cuando íbamos entrando a la ciudad. Mis perseguidores se bajaron apenas nos detuvimos en la central (los perdí de vista). ¡Qué fastidio! Me quedaba solo sin poder materializar en nadie la sensación de hostigamiento. Sin duda prefería verlos (me iban a seguir de todas formas). Los despisté internándome en una calle sin autos, donde una mulata me congeló con su sonrisa. Miraba atrás de vez en cuando (ningún sospechoso). Desemboqué en una avenida transitada e hice parar al primer taxi. Le pedí que me dejara en la playa. “¿Cuál praia?”,

preguntó. “La más cercana”, le pedí por favor y murmuró algo que no entendí. El resto del viaje se caracterizó por preguntas mías que no eran comprendidas. Pasábamos a cada rato por autopistas elevadas y túneles, observando lo grande que era la ciudad. Empecé a fijarme en los letreros y después de un rato, leí el nombre de un balneario conocido. Terminamos en una avenida repleta de transeúntes. En cada esquina (a menos de cien metros) podía ver el mar. El taxista manejaba impertérrito sin importarle lo que yo hablaba. De pronto, disminuyó la velocidad y aparcó a un costado. Por fin, le entendí algo: “Copacabana”. CANCELÉ y agradecí las indicaciones que supuse me había dado. Lo primero que hice fue ir a la playa. El sol se dejaba sentir. La porción de arena (amplísima) estaba repleta de gente tendida en sus toallas. Yo no traía una conmigo, por lo que me acerqué a un puesto que vendía cocos. Algo sació mi sed, pero no fue suficiente. Pedí otro y permanecí un buen rato mirando a las garotas. El calor era infernal. Decidí buscar donde alojarme antes de que me pudieran encontrar.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 20

Lunes 3 de julio de 2000.

Santiago, Chile.

El regreso fue sin contratiempos. Nada había cambiado en la capital. Aún no se escondía el sol y mi cabeza bullía de satisfacción por haber burlado todas las barreras policiales. Atrás quedaban los sustos entre Tacna y Arica (guardias fronterizos incluidos). Lo primero era llegar al departamento y esconder la droga. Iba poseído, observando como pasaban los tubos fluorescentes tras los vidrios del metro. Sentía que estaba por sobre el bien y el mal. Podía pasar por un buen muchacho con una respetable profesión, pero también podía ser un traficante. Pensé en contactar a los dealers que conocía la Maca. Debía reducir rápido mi cargamento para no correr riesgos.

Me bajé en la estación Los Leones y caminé hasta el paradero de micros. Pasó al tiro la que se iba por Chile-España (deposité las monedas en el cobrador automático). Desde arriba, veía a la gente que caminaba por las calles. Iban todos deambulando sin saber quién era yo ni el daño que podía provocar con mis 630 gramos. Me acordé de Hanna y de lo bien que la pasé en el Maximo's. Imaginaba que los treinta gramos que le regalé no eran suficiente pago por el peligro que la hice pasar. La echaba de menos, siendo que apenas habían pasado dos días. De pronto, saqué mi billetera. Quise cerciorarme que tenía apuntado su número, pues estaba seguro que apenas redujera la droga, la llamaría para que nos volviéramos a juntar.

Cuando la micro cruzó Irrázaval, me levanté del asiento e hice sonar el timbre. Caminé por calle Dublé Almeida, sintiendo la misma sensación de superioridad que había percibido en el metro. Era como andar en cámara lenta entre toda esa gente incapaz de percibir la diferencia. Sentía un cosquilleo de placer en mi estómago y creo que algo de eso se traslucía en mi cara.

Por fin llegué a mi departamento (José Miguel no estaba). McLeod me recibió con una de sus típicas barrenas, mostrándome su guata para que le hiciera cariño. Inmediatamente pensé que el contenido blanco debía quedar fuera del alcance de cualquier curioso, incluso de McLeod ya que si llegaba a arañar la bolsa y olía la merca, era su muerte segura. Lo primero que hice fue buscar una caja de cartón. La encontré entre los cachivaches del closet y mientras guardaba la coca, volvió como un flash el recuerdo de Hanna. La vi desnuda frente al espejo. Veía mis manos reflejarse en sus senos mientras me besaba cargada de lujuria. Su rostro era celestial. La miraba embelesado mientras ella corría la cortina de la ducha y la echaba a correr. Era una verdadera sirena gozando del agua que corría por su cuerpo. No podía desterrar esa imagen como tampoco pude controlar mis deseos. Fui a la cocina en busca de un cuchillo. Desesperado, despegué las cintas adhesivas y separé lo que según mis cálculos eran cinco gramos. Deseaba recordar esos días en Tacna. Cerré la bolsa y esta vez sí logré introducirla en la caja. Lo siguiente fue esconderla en un cajón del escritorio obviamente bajo llave. Los gramos apartados en cambio, los coloqué en una hoja de cuaderno que envolví cuidadosamente y guardé en mi billetera. Como nadie me esperaba hoy, no sería difícil hacer creer que todavía me encontraba de vacaciones (sólo debía cuidarme del conserje). Salí del edificio sin ser visto y al cabo de una cuadra, tomé un taxi en dirección al aeropuerto.

Sin darme cuenta, estas escapadas se habían vuelto frecuentes. Las necesitaba para seguir viviendo. Generalmente me encerraba solo en un motel y mezclaba jales con alcohol, pero esta vez (para refrescar lo vivido con Hanna) necesitaba una mujer y que más a mano que una prostituta, que me ahorraba el trámite de conquistar a una mina.

En el camino, no crucé palabra con el taxista. Sólo miraba la Alameda de noche, como tantas veces la había visto cuando vivía en Bulnes 270. ¡Cómo odiaba ese barrio! La cuna de una traición. Un mal recuerdo que no logró opacar la irrealidad sensual que tenía en mente.

El taxi entroncó con la carretera y a los pocos minutos, tomó el desvío hacia el aeropuerto. Recién abrí la boca para decirle que me dejara en el terminal de vuelos nacionales. Me dirigí de inmediato al mesón de los rentacar, y arrendé un Tercel color verde con el que rápidamente me alejé. Al principio, mi intención era volver al sector de Providencia, pero era muy temprano para buscar una puta. Modifiqué la ruta y me dirigí a los cines del Mall Plaza Oeste. “28 días” se llamaba la película y para mi pesar, se trataba de la vida de unos drogadictos que permanecían recluidos para su rehabilitación.

Afortunadamente no estaba bien dirigida porque o si no, me hubiera agitado la fiesta. Yo no encajaba con ninguno de esos débiles personajes. Sólo consumía los fines de semana. Ésta era una excepción que tenía una buena explicación: estaba de vacaciones.

Salí del cine rumbo al centro de Maipú, tomé Avenida Pajaritos y volví a desembocar en la Alameda. A la altura de Estación Central, doblé en una callecita y me pegué el primer toque. Reanudé la marcha y Lucybell invocó “mi corazón”. La música siempre sabía como me sentía. “...Sin odio y late...” Conocía mi drogadicción. “...Filtra sangre...” Aplacaba mi odio. “...Todo en calma y sin razón...”

Recorrí 11 de Septiembre (sin conciencia) y al llegar a Los Leones, di la vuelta. Bajé por Providencia y en la esquina con Santa Magdalena, divisé a dos putas. No encontré a Gabriela frente al Paseo Drugstore y doblé hacia la costanera para hacer tiempo. Pasé junto a La Portada para luego tomar Vitacura. Me detuve en una botillería de emergencia a comprar una petaca. De vuelta doblé en una calle oscura y me di un segundo toque (lo bajé altiro con whisky).

Aceleré impaciente hasta Providencia (volví a ver a las putas) y cuando llegué al Drugstore, de nuevo no estaba Gabriela. Quizás hoy no trabajaba. No importa (había dos más atrás). Proseguí hasta la esquina de La Concepción (doblé en “U”) y di otra vuelta completa. Reduje la velocidad cruzando Avenida Suecia. Captaron de inmediato mis intenciones. Quería irme con una, pero la elegida insistió en llevar a su amiga. “Te cobramos lo mismo”, agregó.

Manejaba rumbo al motel de Bellavista, mientras calculaba que cuatro gramos serían insuficientes. Propuse comprar otros tres (estuvieron de acuerdo). Hablaban de sus clientes a mil por hora, de una buena noche. Se notaba que habían jalado.

Al llegar al Puente del Arzobispo me dijeron que doblara por Santa María. Nos detuvimos en la esquina anterior a una bomba de bencina. Una de las putas se bajó (me pidió veinticinco mil) e inmediatamente, de la nada, apareció un tipo de vestimenta oscura. La transacción duró apenas unos segundos. Claudia (junto con decirme su nombre) me confidenció que eran pareja. Cuando Karina volvió al auto, las miraba con otros ojos.

Llegamos en cinco minutos a calle Pío Nono y de inmediato traspasamos las tiras colgantes. Estacionamos en el patio interior y tuvimos que esperar ante la puerta trasera. La abrió una mucama a la que Karina indicó: “Habitación 21 por favor”. Sin dudar, nos llevó por estrechos corredores hasta un cuarto amplísimo.

Le pedimos tres whiskies (el tercero lo pagué aparte) y apenas cerró la puerta, Karina desplegó sus gramos sobre el velador. Me pidió una tarjeta para cortar la coca. Le pasé la acostumbrada de Jalabella y con una destreza increíble, preparó los jales. Hizo desaparecer los suyos de inmediato y Claudia la siguió con igual determinación. Yo miraba de lejos el cuadro con las dos bellas mujeres. Había llegado mi turno. Desaparecí las líneas y cuando me di vuelta, se estaban besando. Nunca había visto a lesbianas en acción y lo que veía era conmovedor. Se besaban a un ritmo pausado que me permitía ver su intercambio de lenguas. Me estaba calentando cuando de pronto tocaron. Todo se interrumpió. Las dos se hicieron las lesas y escondieron la evidencia antes de abrir. La camarera dejó los whiskies en la mesa y se marchó. Los tres nos reímos (cómplices) y chocamos nuestros vasos. Claudia y Karina volvieron a acoplar sus bocas, al tiempo que abría mi reserva personal. Era curioso, pero la cocaína no sólo me relajaba sino que cada vez me volvía más tímido (casi sin voluntad). Me faltó coraje para abrazarlas y aspiré otro gramo mientras se deslizaban sobre la cubrecama roja. Mi corazón necesitó de un largo trago para apaciguarse. Karina le quitó el peto a Claudia y le besó sus pezones. Era magnífica la vista y mejor aún cuando ambas estuvieron en cueros. Creía estar viendo una película porno, pero estas chicas se tenían aprecio. Les advertí que mi droga personal era mucho más pura (sólo así logré separarlas). Apenas se levantaron, me recosté en medio de la cama. “¡Está excelente!”, comentó Claudia. “¿Dónde la conseguiste?”, interrumpió su amiga. “Se cuenta el milagro, pero no el santo”, dije cuando les pasé el resto. Lo desaparecieron con la misma rapidez que el gramo anterior. Karina se acercó y me dejó besarla. Claudia rodeo la cama y se colocó al otro lado. Ahí estaba yo, en medio, con una pechuga en cada mano. Empezaron a besarse encima, y a fusionar sus cuerpos mientras yo acariciaba sus pubis. No sabía cómo (con tanta droga) tenía el mástil al tope.

CAPÍTULO 21

Martes 11 de julio de 2000.

Tenía deudas por todos lados. Todo por agradar a Gloria. Los continuos cambios de casa (y estúpidos lujos) habían acabado con mi estabilidad económica. La droga hizo el resto. Debía como diez millones a punta de tarjetas y líneas de crédito. Me las habían ofrecido en cuatro bancos y llegado el momento las utilicé todas. Mi vida era una estupidez. Sólo trabajaba para drogarme, salir con putas y pagar intereses.

Cada vez que perdía la conciencia en los moteles, me iba sintiendo menos libre. Me vigilaban no sólo detrás de las paredes, sino también en la calle. A cada rato anotaba patentes de autos. Creía que me seguían (aunque no estaba seguro).

Sonó el teléfono y desperté de mis divagaciones. Recibía cientos de llamados que mantenían mi cabeza ocupada durante la semana. Que vida de mierda llevaba. No la podía parar. Colgaba y al cabo de treinta segundos, otra vez llamaban. Me acordé que hacía un mes había vendido el auto. No sólo para disminuir deudas, sino además para terminar con el suplicio de estar desconfiando de todos. Tras cada volante se escondían mis enemigos y las calles eran el campo de batalla. Me hubiera vuelto loco de no haberlo soltado. Sobre todo ahora que andaba traficando droga.

Llevaba un millón seiscientos mil pesos recaudados (casi había recuperado mi inversión). Karina fue mi primer cliente. Me compró doce gramos por cien lucas (mismo precio de su picada). Me dijo que se los jalaría con Claudia. “Mm”, le contesté en una mesa de “El 18”. La transacción la hicimos el jueves y quedamos de vernos de nuevo el sábado. Pero no fue posible, puesto que ese fue el día escogido por la Maca para contactarme con su dealer. Le encantaban las transacciones misteriosas, y si me había dicho que el sábado, entonces era ese día.

A las once en punto me presenté. Había seguido las instrucciones al pie de la letra. Me bajé del metro en el paradero 18 de la Gran Avenida y de ahí tomé un taxi hasta el 29. Caminé cuatro cuadras al oriente y doblé a la derecha, tal y como me había dicho la Maca por teléfono. Finalmente di con el quiosco buscado y al frente divisé el taller mecánico. Ahora sólo tenía que tocar el portón dos veces, y presentarme bajo el nombre de Macarena. El dueño del taller lo entendería de inmediato, si era puntual.

-Así que eres amigo de la Maca -me preguntó.

-Sí, lo soy -contesté algo nervioso-. Es mi proveedora de emergencia... La única que me vende pasado las cuatro de la madrugada.

-Así es ella. Siempre trabaja de noche con su amigo del “San Remo”, pero debo aclararte que te voy a comprar tu merca sólo porque es mejor que la de ese lugar. La Maca me lo aseguró.

-Claro que es mejor. Es de...

-No me lo digas. Ese es tu cuento.

-Está bien... No te alteres.

-¿La traes contigo?

-Por supuesto.

Fue en ese momento que eché mano a mi mochila y saqué los 250 gramos que había separado en mi departamento. Se los extendí al dealer (nunca me dijo su nombre). La probó y me dijo que estaba bien pura. Luego fue a pesarla a una vieja balanza que tenía en la mesa de diario. Sólo en ese momento, me di cuenta de lo sucio del lugar. Estaba repleto de partes de autos. De hecho, el sillón donde estaba sentado no era sino una butaca de camioneta, cubierta por un trapo con manchas de grasa. No había alfombra, sólo un radier lleno de tierra. En resumen, se trataba de una pocilga. Pero a mí no debía importarme. Sólo debía poner atención a lo que hacía el dealer con mis 250 gramos. Me dijo que faltaban cinco. Pensé que era broma, pero a juzgar por su cara, no lo era. ¿Qué importaban cinco de más o de menos? De pronto, no aguanté más y le dije con voz fuerte, que me los descontara.

-Es una broma. Relájate chico... estás muy tenso.

-El precio es millón y medio -agregué sin dejar escapar ninguna emoción.

-Muy bien. Pero te repito... estás muuuy tenso.

-Es que me gusta la seriedad en los negocios -le dije sin ningún convencimiento.

Se rió burlescamente y desapareció tras una sábana que hacía de cortina. Los siguientes minutos fueron de tensa espera. Sólo quería que me trajera luego el dinero para marcharme, pero quizás qué pasaba por la cabeza del mecánico traficante.

De pronto, aparece como por arte de magia. No me dice nada. Sólo estira sus sucias manos con un manojito de billetes. Los cuento apresurado. Son decenas de billetes de diez lucas. Me quiero ir y en mi impaciencia pierdo varias veces la cuenta. ¿Qué importan diez lucas de más o de menos? (me siento estúpido contando). Me salto unos cuantos miles de pesos y le digo que está bien. Luego, hago ademán de irme y él también me empuja hasta la puerta, no sin antes agregar:

-Relájate chico... cuando se te acabe ven a comprarme a mí... la del "San Remo" es pura mierda.

CAPÍTULO 22

Miércoles 19 de julio de 2000.

Sonó el despertador a las 7:30 y McLeod despertó conmigo. Dejó que me levantara y luego volvió a enrollarse a los pies de la cama. La ducha fue agradable (ninguna preocupación) y mientras me vestía, sonó el teléfono. Era el radiotaxi que pasaba todos los días desde que vendí el auto. Respondí que ya bajaba, por lo que después de colgar, me puse la chaqueta y abandoné el departamento. Me esperaba en la vereda del frente. Saludé al chofer apenas estuve sentado. Siempre me prestaba el diario durante el camino, pero desde el lunes ya no podía leerlo tranquilo. Me perturbaban los autos.

Hoy no fue la excepción: en la pista del lado volvió a aparecer el Toyota Corona. Traté de ver quién conducía, pero fue imposible. Los vidrios polarizados no dejaban traslucir nada. Aceleró hasta perderse (como si se viera observado). Yo permanecía callado, haciendo creer que estaba absorto en el periódico.

A mitad de camino, volví a percatarme de la presencia del auto blanco. Miraba a los ojos del chofer (por el espejo retrovisor) y me daba cuenta de que no le parecía extraña la presencia del Toyota. ¿No sería mi mente la perseguida? Había consumido demasiada droga últimamente y ya no podía pensar. Fuera lo que fuera, era la tercera mañana que ese auto hacía el mismo recorrido que el radiotaxi.

Llegué al trabajo a las 8:30. Saludé a los que habían llegado temprano y cuando entré a mi oficina, encendí el computador. La misma rutina de todos los días. No sabía qué me estaba cansando: si el continuo estrés o el hecho que la droga me estaba aislando. Me obsesionaba hacer bien mi trabajo, pero ya no me importaba conocer nuevas personas. Los fines de semana eran un mero trámite. Ni siquiera iba a la "Batuta". No me interesaba. Tampoco era necesario arriesgarse en las calles para conseguir droga (tenía más de trescientos gramos en casa). Era una bomba de tiempo.

Bastaba esperar al viernes para encerrarme en un motel de mala muerte e intoxicarme a más no poder. Sólo quería un minuto de paz.

La mañana pasó volando entre divagaciones y llamadas telefónicas. Estaba exhausto y sobre todo, muerto de hambre. Los almuerzos ya no eran lo mismo. Ahora siempre andaba temeroso de que alguien me siguiera. Menos mal que tenía conocidos que me acompañaban. No siempre salían al mediodía, por lo que a veces me contentaba con comida chatarra. Eso precisamente había sucedido hoy. Comí un par de empanadas de queso y mientras lo hacía, juraba que nunca más iba a traficar droga. Era tan triste sentirse perseguido por todos lados. Caías en un círculo vicioso: para calmarte comenzabas a consumir todos los días. Cada día un poco más. Hasta que, en algún momento, se te escapaba de las manos.

Ya bien entrada la tarde, me puse un poco más optimista. Hoy en la noche me desharía de otra parte de mi cargamento. Cien gramos menos, pensé. Macarena me llamaría a casa luego del trabajo, para avisarme en qué lugar me pasarían a buscar con su amigo. Ya había separado los gramos, cosa de tenerlos listos para la transacción.

Apenas dieron las seis y media llamé al radiotaxi para que viniera a buscarme. Llegó puntual y al igual que en la mañana, me fijé que nos seguía un auto. Esta vez un Chevrolet Astra. Una station blanca que (al igual que el Toyota) tenía vidrios polarizados. Por lo general aparecía en las tardes. Claro que al Astra lo veía desde que había llegado del norte y por ende, era el que más me interesaba eludir. Lamentablemente, me siguió todo el trayecto e incluso le echó el auto encima al taxista. No sé si habrá sospechado algo, pero el caso es que el chofer abrió su ventana y tiró un rosario de garabatos. Yo por mi parte, tendría un cuidado único hoy a la noche.

Por teléfono habíamos quedado en que seis mil pesos sería el precio por cada gramo. No podía ser otro mayor, puesto que la Maca sabía en cuanto le había vendido a su dealer. Da lo mismo pensé. Todo sea por deshacerse lo más rápido posible de la droga. Igual sacaría algo de ganancias, pero reduciría el riesgo que implicaba vender caro a muchas personas. Lo mejor de esta transacción, es que sería en el auto del amigo de la Maca.

El taxi me dejó frente a mi departamento. Miré a todos lados antes de poner mis pies en la vereda. No vi rastro de ningún auto. Lo primero que hice fue sacar los cien gramos del cajón con llave. Colgué el terno y me puse ropa más cómoda. Ajusté el banano a la cintura (con la merca oculta) debajo del pantalón no se notaba. Lo siguiente era dejar el edificio sin ser visto.

Esperé a que oscureciera para salir del 425 de Doctor Johow. Caminé en dirección a Avenida Grecia por calles pequeñas. En ninguna parte vi algo sospechoso, por lo que cuando me subí al taxi estaba moderadamente tranquilo. La reunión con la Maca era a las 22:30. Debía hacer tiempo en algún bar de Providencia.

Cuando eran las 22:15 terminé mi cerveza y abandoné el “Liguria”. Bajé al metro y me dirigí al lugar acordado. Cuando salí de la estación Santa Lucía, caminé hacia el poniente y doblé en la esquina. Miré la hora y eran las 22:25. Ahí estaba yo, esperando en la esquina de París con Santa Rosa. Pensando en que no me agradaba mucho que me fueran a ver con la Maca. Menos mal que iba a ser en un auto y de trámite muy rápido.

A la hora exacta apareció y me tocó la bocina.

CAPÍTULO 23

Jueves 27 de julio de 2000.

El martes había llamado a la Maca para decirme que la merca era de primera calidad. Su amigo la había vendido en un par de días en el “San Remo”. Por supuesto, querían comprar el resto.

Eran las diez en punto. Aguardaba en la bomba de bencina de Vicuña Mackenna con Avenida Matta. Miraba en todas direcciones esperando que apareciera el Chevrolet Opala con la Maca y su amigo, que más que amigo era su cafiche.

Estaba pagando una bebida cuando por fin los veo. Apenas subo, nos alejamos por Vicuña hacia el sur mientras la Maca me conversa:

-Tu droga está buenísima. La mezclamos e igual quedó potente.

-¿Qué le echaron?

-¿Que te importa? Tú no la vas a probar de todos modos.

-¿Cómo que no? Si a veces les compro.

-Pero yo te vendo de la buena.

-Seguro... pero les recuerdo que estamos aquí por otra cosa.

-Tienes razón -interrumpe el cafiche-. Pásale la merca a la Maca.

Me aflojo el cinturón y abro el cierre del banano. De su interior saco la bolsa que a estas alturas sólo contiene 230 gramos. La Maca a su vez me pasa un fajo de billetes que por supuesto no cuento. No queda otra que confiar.

El cafiche dobla a la derecha en Departamental y pregunta dónde me deja. “En Avenida Matta”, le respondo y dobla de nuevo a la derecha por Santa Rosa. El silencio nos dura hasta Matta donde me bajo. Está bien oscuro (y solitario). Quiero tomar un taxi, pero al final me subo a una micro que aparece primero. Casi no lleva gente. Echo un vistazo a los pasajeros y desconfiado me siento cerca del conductor.

Hago memoria de la primera vez que vi a la Maca. Durante una fiesta en el número 270 de calle Bulnes. Me la presentó Gabriela, la puta triste. Hacía tiempo que no la veía.

A Gabriela la conocí en enero de 1999. Gloria me había dejado hace dos meses y ya no me quedaban pitos. Ahí empezó mi adicción a todo lo que me la recordara. Malditos pitos que me llevaron a vagar por las salas de cine. Como si los hubiera dejado a propósito para destruirme por completo.

Frecuentaba la “Casa Club” totalmente volado. Me apoyaba en la barra (del tercer piso) y todos se movían en cámara lenta. Hasta cierto punto era entretenido ver a los demás bailando alienados. Aunque parece que yo lo estaba más, puesto que no podía conversar con nadie. Se apartaban de mí como si estuviera loco.

Era tanta mi dependencia de Gloria, que cuando se vació la cajita metálica de los pitos, busqué a sus amigos en vez de a los míos. Una especie de masoquismo que no podía evitar. Fue entonces que caí en la casa del Sapo (uno de sus pocos amigos). De esa manera, me podía enterar de su vida. Pero no averigüé nada sino más bien me abastecí de nueva marihuana. No volví a la “Casa Club” ni a ningún otro lado. Me quedaba fumando sobre la cama mientras McLeod y Ágata me miraban. Fueron mi única compañía durante semanas. Me sentía tan solo sin Gloria que iba a trabajar como un sonámbulo. Tan angustiado que incluso fui volado en un par de ocasiones.

Pero la droga se acabó un día (y la soledad se hizo insoportable). Manejaba durante las noches a lo largo de la Alameda y Providencia. Así me sentía parte de la ciudad. Aceleraba, frenaba y doblaba. Nada más. Muchas veces en estado de ebriedad. Estaba tan cansado de salir a conocer gente que una noche, mientras pasaba por el paseo Drugstore, detuve el auto al lado de una rubia que vagaba por la calle. Tan cínica era su manera de hablar, que rápidamente le tomé cariño. Quizás que penas cargaba a cuestas.

Fuimos al motel de calle Huelén. Hablaba como si fuera una princesa (se piropeaba ella misma). Una flaca bien rica que olía a pisco. Actuaba con unos jeans apretados y peto anaranjado a través del cual se traslucía su ropa interior. Como no dejaba que la besara en la boca, no quedó otra que desnudarla. Si bien tuvimos sexo, lo que más me agradó fue besarle sus senos. La vi tan inofensiva que le di mi número de teléfono.

La segunda vez fue un viernes por la noche (en la misma esquina). Vestía exactamente igual y al subirse al auto, me hizo dar unas vueltas. Fuimos a mi departamento. Parecía estar un poco ida (no sabía por qué). Le ofrecí una cerveza, pero

me dijo que prefería una piscola. Le pedí que buscara en el bar y en vez de sacar la de pisco, agarró una botella de amareto. Era increíble como tomaba. Se bajó la mitad mientras yo sacaba una cerveza y cortaba unos quesos. Sin embargo, no se emborrachaba. Sólo se ponía cada vez más lasciva, riéndose de vez en cuando. Su risa era falsa (denotaba desconfianza). Supongo que no había tenido un buen momento desde hacía mucho. Era una persona a la deriva, navegando por las peligrosas calles de Santiago. Pero esa noche, se quedó a dormir en mi departamento.

La verdad es que se quedó toda la semana. La dejaba a las once en su esquina habitual y cuando recaudaba algunos miles, se contactaba por teléfono. No me molestaba recogerla a la una y media, pero si se hacía más tarde llegaba en taxi y tocaba el timbre. Ya no me sentía tan solo en mi cama. Era un mal reemplazo de Gloria, pero por lo menos dejé de llorar en las noches. Su partida había hecho pedazos mi autoestima, hasta el punto de estar viviendo con una puta. Una noche Gabriela me dijo que necesitaba comprar unos jales. Me recordó a Gloria cuando le bajaba la urgencia. Fuimos a La Portada de Vitacura.

Mientras estacionaba se acercaron dos traficantes que la conocían de nombre. Sólo en ese momento supe por qué aguantaba tanto trago sin caerse. Probablemente jalaba todos los días y la mezcla con el alcohol le daba ese look de no-me-importa-nada. Decidí comprar cuatro gramos para complacerla e irnos del lugar. Si íbamos a jalar, mejor lo haríamos en casa.

Cuando llegamos al departamento estaba embaldado con la idea de drogarme con Gabriela o debo decir con la sustituta de Gloria. Sentí la misma magia por unos instantes. Preparó las líneas mientras yo le daba atmósfera al lugar. Buscaba la música precisa para aquel momento. Busqué y busqué entre los discos hasta que di con Portishead. Puse la pista 11 del “Dummy” y la voz de Beth Gibbons detuvo el tiempo. No sabía por qué me gustaba tanto esa canción, pero al mirar la carátula lo supe. “Glory Box” irradiaba toda la femineidad de Gloria. Maldita mujer, pensé. Me tenía totalmente embrujado. Ahora, cuando veía a Gabriela desapareciendo los hilos blancos, imaginaba a Gloria invitándome a aspirar el instante. “...Give me a reason... to love you...” (la odiaba con toda mi alma). Inspiré profundo y me pareció que respondía “...I just... I wanna be a woman...”. Creí dejar atrás su recuerdo cuando saqué el disco.

Seguimos jalando con Gabriela. Trataba de sacarle la blusa negra, pero retrocedí al reconocerla. Era una de las pilchas que había dejado Gloria en el armario. Ya no sabía con quién estaba. Tampoco si estaba feliz o aniquilándome con esos flashes

masoquistas. Volví a tomar el billete enrollado y esta vez, la confusión de identidades fue aceptada por mi cabeza. Le saqué por fin la blusa. La besé mientras le agarraba las tetas. La desnudé a tirones, me bajé los pantalones y la culié por atrás. Estaba enrabiado, tanto como la última vez con Gloria. Me comporté como un animal. Gloria se había ido después de eso, pero la puta me lo agradeció. Quedé exhausto junto a ese cuerpo tirado sobre la alfombra del living. Cuando se levantó, recién me di cuenta que su piel era más clara y su pelo rubio. Estaba desnuda salvo por una cosa... las malditas botas de Gloria.

CAPÍTULO 24

Sábado 5 de agosto de 2000.

Eran las seis y media de la mañana. Iba conduciendo por la carretera que une Valparaíso y Viña. Sólo percibía pedazos de la noche anterior. Recordaba haber descendido por interminables peldaños. Sin orden aparente surgían otras imágenes. Resplandecían líneas. También un neón rojo y negro (¿Cueva del Chivato?). Había una mujer enloquecida. Narices inspiradas (con lápices Bic). Pulmones mentolados. La misma mujer en otra esquina. “Jalabella”. ¿No serían dos (putas acaso)? Senderos interminables de asfalto y cocaína. El resto giraba en mi cabeza (en cámara lenta). Sin embargo, y pese a que estaba a punto de quedarme dormido, veía en mi espejo retrovisor al Toyota Tercel de tantas ocasiones. Me asusté un poco, pero no podía hacer nada en ese estado. Iba conduciendo con piloto automático hacia el departamento de Viña. De hecho, cuando doblé en la calle del edificio, todavía lo divisé. Pero en ese momento sólo pensaba en dormir.

Desperté acordándome de la vez en que Gabriela sugirió que fuéramos al departamento de Bulnes. Recuerdo que fue un viernes de febrero del 99. No era tarde, y por ende, no tuve problemas para que sus amigas se subieran al auto. Gabriela se sentó adelante, mientras Cristina y Macarena (así dijeron llamarse) se fueron atrás. También me acordé que en el camino compramos una botella de pisco y una coca cola de dos litros.

Estacioné al frente y las tres subieron (apenas) las escaleras hasta el número 41. Venían bastante borrachas, por lo que al abrir la puerta, lo primero que hicieron fue tirarse en los sillones. Mientras cerraba, veía a esos trapos humanos dispersos por el living. Me apiadé y les serví un vaso de bebida. Gabriela estaba bien pasada, sin embargo no tanto como para no acordarse de la botella de pisco. De hecho, se levantó como pudo, fue a la cocina y mezcló su bebida con el alcohol. Cristina y Maca por su

parte estiraron sus vasos para que les sirvieran un poco de pisco. Me quedé mirando a las tres prostitutas en su etapa de relajó, siendo ellas mismas o al menos mucho más auténticas que frente a un cliente. Las contemplaba desde la mesa del comedor con mi bebida en la mano. Pensaba en lo cansador de estar todos los días parado en una esquina, esperando que alguien las llevase a otro lado. En ese pensamiento estaba, cuando de improviso se acerca la Maca. Ni me mira. Está absorta hurgando en su diminuta cartera y de pronto, saca un papelillo del monedero. Luego otro. Gabriela se levanta del sillón y le pide uno. Su amiga se lo pasa. Gabriela vuelve con Cristina, mientras la Maca aparta la mitad del gramo y lo corta con su carné. Trato de ver su nombre verdadero (pero ella lo oculta). Pienso que las putas tienen la manía de cambiarse los nombres, pero al menos los de estas tres no son tan rebuscados.

La Maca desaparece dos líneas bastante largas, una por cada orificio de su nariz. Luego me ofrece el otro par. No acepto de inmediato. Me distraigo viendo como las otras dos putas cuentan el dinero que han ganado en la noche. La Maca hace el gesto de que se las va a jalar, pero la interrumpo. “Supongo que son mías”, le digo. “Adelante, son todo tuyas”. Las inhalo y de inmediato, siento que mi cuerpo despierta. Cuando vuelvo a abrir la boca, es para decirle que la coca está buenísima. Ella me interrumpe:

-Con que tú eres el amigo de la Gabriela.

-Ese soy yo.

-¿Desde cuándo la conoces?

-Unas tres semanas harán.

-Yo soy la famosa Maca. Te habrá contado algo de mí.

-Sí, algo.

-¿Qué te dijo? Cuéntame.

-Me dijo que tú le vendías la droga.

-¡Ah! Eso. ¿Y nada más?

-No, nada.

Había algo extraño tras esos ojos brillantes. Parecía demasiado interesada en lo que Gabriela podría haberme dicho. ¿Que importancia tenía? Algo ocultaba, pensé, al tiempo que subía el tono de su voz:

-Me la cuidai bien, cabrito. Le tengo aprecio a esta mocosa.

-A mí también me cae bien... No cierto que tiene una cara triste.

Inmediatamente Gabriela se da por aludida y nos mira. Sabe que estamos hablando de ella. Pero se jala otra línea con Cristina y ya no pesca más.

-Parece que le sacaban la cresta en la casa. Su papá es un alcohólico descontrolado.

-Me imaginaba algo parecido... Y na' que ver, pero la coca está realmente buena.

-¿Y qué estai acostumbrado a jalar?

-La droga de La Portada.

-Pero que hueón eres. Esa es pura mierda. Yo creo que la mezclan hasta con cal de las paredes.

-Será así, pero es fácil de comprar.

-Ya hueón. Saca un papel y anota.

-¿Qué cosa?

-Mi teléfono celular, tarado.

-Bueno, pero cálmate.

-Estoy calmada. Pero acuérdate, contáctame siempre pasado las tres y media de la madrugada. Nunca te voy a fallar. Y una cosa más... cuidado con darle mi teléfono a extraños.

-¿Como tan perseguida?

-Prométemelo.

-De acuerdo. Pero dime, a quién temes que se lo diga.

En ese momento cambió notoriamente el tono y muy enfurecida me dijo:

-Haz de saber que me han llevado a la cárcel muchas veces. Me extraña que no te hayas percatado del porqué. Tantas veces que ya ni me acuerdo. Me tienen fichada los de la Corporación.

-¿Qué Corporación? No te entiendo.

-Me siguen a todos lados. No puedo huir de ellos.

-¡De quienes!

Había descubierto algo oculto en esta mina, que ante mis preguntas respondía con vaguedades. Para mis adentros pensaba que la merca la tenía un tanto paranoica. ¿De qué mierda de Corporación hablaba?

-El único que me entiende es mi amigo del "San Remo". Es el único que me cree.

-¡De qué me estás hablando!

-Siguen de cerca cada uno de los pasos que doy. Incluso ahora, es posible que sepan donde estoy.

-¡Cálmate de una vez por todas!

Cuando le grité es porque había descubierto su secreto. Ahora la miraba directo a los ojos. Me asomé a la ventana por si acaso. “No hay nadie de ninguna Corporación”, le dije, mientras Gabriela y Cristina la calmaban.

No sabía porqué me acordaba de ese viernes. Transcurrió año y medio de esa noche, y supongo que fue ahí donde conocí a la Maca. Pensándolo bien, desde que le vendí cocaína a su cafiche, que me estaban siguiendo de cerca todos esos autos con vidrios polarizados.

CAPÍTULO 25

Martes 15 de agosto de 2000.

Era de noche cuando comenzó el partido. Las torres del Estadio Nacional iluminaban los rostros de las miles de personas que gritaban alentando a su selección. Algo inexplicable flotaba en el ambiente. Un optimismo contagioso que se palpaba en las barras. En medio de esa efervescencia estaba yo.

Tuve un pésimo día en el trabajo: el “guatón” Tagres me había descubierto. No sé cómo se enteró de mi afición por las drogas. Era cosa de esperar unos días para ver cómo comenzaba a extorsionarme.

Hice un esfuerzo por alejar esos pensamientos. Sólo necesitaba gritar y pasar desapercibido entre la multitud. Saltaba con cada una de las oportunidades de gol. Los jugadores estaban inspirados. Rodrigo Tello corría por todo el campo lo mismo que David Pizarro. Incluso Fabián Estay andaba con la brújula, y cumplía su mejor actuación con la camiseta roja. El primer tanto fue suyo gracias a un magnífico pase del “matador” Salas. ¡Cómo lo grité! Le estábamos ganando nada menos que a Brasil y más encima el equipo chileno jugaba mejor.

Pero ni siquiera esa tremenda alegría dejaba mi cabeza en paz. Una y otra vez, reaparecía la imagen del “guatón” sentado en mi oficina haciendo muecas con la nariz. ¡Qué mala suerte! Justo tenía que ser Tagres. El más concha su madre de la empresa. Quizás no se trataba de una coincidencia. Todos sabían mi opinión acerca de su desempeño (flojo de mierda). Podía ser que alguien le haya avisado.

Viene un pelotazo en dirección al área de Brasil. Vuelvo al estadio. Salas hace una pantalla magistral. Aparece Zamorano y con un remate certero vence al arquero. ¡Gool! ¡Golazo! grito junto a todo el estadio. Ya nadie puede creer lo que está pasando. Tampoco que mi vida dependa de Tagres. Un tipo preocupado de los errores ajenos (más que de sus escasos aciertos). Ni imaginar que se acerque un día a hablarme

en afán de preocupación. Eso no sucederá. Buscará mi aniquilación. Yo estaré desprotegido. Nunca tuve santos en la empresa. Tampoco podría hacerle daño.

Me acordé de los maceteros que tenía Rodrigo en su departamento. Si bien la idea rondó mi cabeza, no fui capaz de ejecutarla. ¿Denunciarlo a la Policía Antinarcóicos? No era mi estilo. Aunque en este caso se trataba de una dulce venganza. Mi cabeza estallaba de celos. Buscaba justificaciones para arruinar la vida de Gloria, haciendo pedazos la de Rodrigo. Si lo pensaba la tarea era sencilla. Él era paramédico en una clínica de calle Salvador, telefonaría anónimamente y no verían con buenos ojos que su empleado consumiera drogas. De seguro lo echaban. Aparte de quedar fichado por tráfico (más de diez matas de marihuana) con la denuncia que supuestamente haría al OS-7.

Cuántas veces habían surcado esas ideas maquiavélicas por mi cabeza. ¿Cómo pude ser tan imbécil? Gloria me hizo cambiar de departamento invocando una depresión y escogió uno cercano al de Rodrigo. A veces me ponía los cuernos en mi propia casa. Luego se fue y vino lo peor. Soporté ocho meses más en ese maldito apartamento de calle Bulnes. Tenía contrato por un año y tuve que seguir pagando. Cada vez que estaba solo, tirado en la cama, afloraba una rabia incontenible. Sentía profundos deseos de venganza. Creo que la droga logró aplacar esos ánimos. La droga y el hecho de ser incapaz de matar una mosca.

El partido me apartó de mis oscuros pensamientos. Por el sector del “murci” Rojas se colaba el delantero brasilero. Presentía el descuento cuando de contragolpe David Pizarro saca un medido centro desde la derecha. Lo intercepta el “matador” en plena área chica y antes de que la pelota pique define de primera entre palo y arquero. Todo el estadio salta de alegría. Yo en cambio, sólo estoy satisfecho. En mi cabeza rondan demasiados fantasmas como para estar realmente feliz.

CAPÍTULO 26

Jueves 31 de agosto de 2000.

Salí a las ocho y media. Estaba oscuro (mi paranoia no dejaba respirar). Ningún auto sospechoso a la vista. Caminé en dirección a Macul. No pude resistir estar parado en la esquina de mi departamento.

-Al Teatro Providencia -le indiqué al taxista.

-¿Qué va a ver?

-La despedida de Jimmy Fernández.

-¿Y quién es él?

No tenía por qué conocerlo. Tampoco sabía nada de “hip-hop”. Le digo que es uno de los raperos de La Pozze Latina y, en vez de quedarse callado, me sigue interrogando acerca de algo que estoy seguro le interesa un culo.

-Se vuelve a Panamá -le respondo cortante.

El resto del viaje transcurre en silencio.

En el hall de entrada veo a un montón de gente. Son más jóvenes y les interesa mostrar su actitud “funk”. Me siento excluido. Recorro la explanada donde todos se van sentando. Se agolpan frente al escenario. Atrás diviso algunos habituales de la “Batuta”. Nos saludamos de vista. Es curioso que haya tanta gente ubicada en los rincones. Me reconozco. Son los típicos solitarios que se identifican con La Pozze. Necesitan aferrarse a algo que los haga partícipes. Mi manía por Charly García. Sus canciones se transforman en guía espiritual. Sientes que (sin complicidad) la vida misma va perdiendo su sentido. Necesitas lugares comunes para conversar aunque entiendas un carajo al resto. “...No me conozco ni yo mismo...” (rapearía Tiro de Gracia). No sé quién cresta soy. Sólo deambulo por la “Batuta” (de un recital a otro) a través de

canciones que se repiten. Mi público soy yo mismo (no hay nadie más). Me siento cínico. No quiero seguir buscando formas “correctas”. Por eso me gustan tanto los recitales. La gente no se habla. Sólo percibe melodías que comparten en una comunión especial.

Son pasadas las 21:30 cuando por fin se oye una obertura pregrabada. Creo que es mucha fanfarria para un grupo que se sustenta en sus letras y el ritmo de sus rapeos. De pronto explota la voz pastosa de Jimmy Fernández con un Pedro Navaja rapeado a la perfección. “...Usa sombrero... de ala ancha... de medio la’o...” Todos corean el fraseo. “...Cuando de pronto... sonó un disparo... como un cañón...”

“Chica Eléctrica” me aleja momentáneamente de la realidad. Se descompone en fotogramas. Veo brazos alzándose para seguir el ritmo, al tiempo que se intercala la foto de Gloria en mi cabeza. “...Tu cuerpo tibio...” me enredó esa primera vez. Me llevaste al departamento de calle Merced (a buscar unas cosas). Lo único que querías era engatusarme con tus formidables armas. Me invitaste a la pieza (quizás cuantos habían sucumbido en esas sábanas) y “...tus movimientos... sueltan tus pechos que me vuelven loco...” Sin preámbulos hurgas bajo mis pantalones. “...Veo que tu boca... se transforma lentamente... en anillo...” Me miras con fuego antes de “...sentir tus labios y tu lengua hacer contacto... con mi alma...”

Por fin termina el suplicio. “Gringo Home” hace estallar la platea y desaparezco entre las manos de una multitud danzante. Se detiene el tiempo. Veo rostros felices, como si a todos les hubiesen inyectado la misma droga. No lo puedo creer. Acabo de divisar a La Maca entre cientos de cabezas. Me vigila de cerca. Supongo que su presencia no es casualidad. Jimmy Fernández está poseído con la canción que lo regresa a Panamá. Creo que soy el único que se siente incómodo.

Hacía un mes que no la veía. De cuando dejé atrás lo de Tacna. Quería dejar mi adicción y desde el 5 de agosto que estaba limpio. Veía autos siguiéndome por todos lados y presentía que la droga era el único antídoto. Mi mente jugaba conmigo. No podía permitir que nos vieran en un lugar público. Tenía que desaparecer del teatro. La Maca pasaba piola con luces indirectas, pero si las encendían descubrirían que era un travesti.

CAPÍTULO 27

Viernes 22 de septiembre de 2000.

El taxista pasó como todas las mañanas y nuevamente divisé al Toyota Corona. No tenía escapatoria de Tagres.

Se aparecía a cada rato en mi oficina. Quería que lo dejara vender a sus anchas, libre de los controles de sus jefes. Luego cambió de táctica.

-¿Cuánto me vas a pagar por quedarme callado?

Se jactaba de ser el dueño de Salpha (¿creería que estaba en sus manos?). Nunca busqué el poder dentro de la empresa (menos hacerme de enemigos). Por eso no entendía por qué me atacaba este imbécil. Su argumento no era sólo la droga.

-¡Anda con travestis!

Era cierto que les compraba cocaína (en especial a la Maca). Pero eso no me convertía en homosexual. Estaba solo. La lengua de Tagres emponzoñaba cualquier ambiente. Ninguno de mis “amigos” escuchó los rumores. Se dedicaba a husmear para luego descuerar a pelambres.

Lamentaba tanto haber caído dentro de su círculo. Me sentía intimidado cada vez que se sentaba en mi escritorio. Ya no tenía autoestima. El maricón iba esparciendo el rumor por todas las sucursales.

Llamé por teléfono a Tito Gatika. Vamos al Club Hípico le dije y se mostró encantado. Siempre almorzaba ahí (lo sabía bien), pero me sorprendí cuando nos topamos con Tagres y Lobos. ¿Coincidencia?

Nos sentamos justo en la mesa vecina. No había otra opción. Tuve que soportar la cínica carga de bromas de Tagres (Lobos reía como una hiena). Tito filtraba las

tonteras que decían a mi espalda. ¡Qué mierda es vivir asustado! No sabiendo en quién confiar. Por primera vez sentí que comer no era un agrado. Tampoco entendía lo que decía Gatika. Afortunadamente, se marcharon antes y tuve unos minutos de relajó. Más tarde en dirección a la pega, me di cuenta de lo desagradable que se había vuelto trabajar.

La tarde fue tan insoportable como el almuerzo. Primero subió Lobos a hacer acto de presencia. Sólo a molestar (con alguna morisqueta antipática) y expandir el rumor. Luego fue el turno de Donoso, quién subió al segundo piso con el único propósito de pasar por mi oficina a darme una palmadita en la espalda. ¡Qué hijo de puta! Al final entró el “guatón” Tagres. Le hubiera pegado un combo en el hocico, en cambio comencé a reír. Se parecía a Al Bundy, el protagonista de la serie “Married With Children”. Su pose de jefe era tan estúpida como su cara. No pasaba de ser un vendedor con pocas ideas. ¿Cómo podía estar enojado con un tipo que daba risa? De alguien que tenía que pisotear a otros para poder existir.

Dieron las 18:30 y empezó a retirarse la gente. Tuve que esperar otra media hora para no toparme con nadie. Me devolví en taxi. Esta vez no iba pendiente de si nos seguía o no algún auto. Estaba exhausto. Sería difícil sobrevivir otro día como hoy.

Cuando llegué al 425 de Doctor Johow para mi desgracia estaba de turno Leonel, un huaso que hablaba todo el día con quién se cruzara. Yo estaba seguro que sapeaba para los traficantes que me seguían. Saludaba de forma cínica y repetía los mismos gestos de Tagres. En un par de oportunidades incluso, lo pillé escuchando detrás de la puerta. Desconfiaba profundamente de él.

Me saqué el terno y descansé dos horas. Desperté cuando ya estaba oscuro. Me puse una polera, un short y anudé mis zapatillas. Bajé las escaleras listo para ponerme a trotar y botar las tensiones. Otra vez me crucé con el conserje. Preguntó pa’ dónde iba (¡qué se creía este portero de mierda!). Salí del edificio sin contestarle.

Crucé corriendo la Plaza Ñuñoa (quería huir de mis pesadillas). No podía alejar a los tres maricones de Salpha. Estaba muerto de miedo, no por las “primas” sino por los que pertenecían al mundo de la droga. No tenían rostro. Por lo mismo, eran capaces de lo inimaginable.

Mientras atravesaba Diagonal Oriente me puse a pensar en la actitud sospechosa de Tagres. ¡Nadie se involucra con la gente de las calles! Salvo que tengas algún contacto. ¿Sería parte del bajo mundo? Era imposible estar seguro. Mi instinto me hacía

preocuparme más de los autos polarizados. Tras esos cristales estaban los verdaderos criminales. A ellos debía temerles.

Cada vez me desplazo con más fuerza sobre los pastelones de la acera. La rabia y la impotencia me dan energías insospechadas. Trato de pensar en quién me quiere cagar. ¿No será la Maca? Fue muy extraña su aparición en el recital de La Pozze Latina. ¿Qué estaría haciendo en el Teatro Providencia? O quizás su café no quiere competencia. Me quiere fuera del negocio.

Sigo corriendo por Eliécer Parada casi en la esquina con Hernando de Aguirre. Mientras más indefenso me siento, más fuerzas tengo para correr. Lucho contra un mundo invisible. Un planeta que sólo podrían captar los ciegos. Sin conocer a mis enemigos. Caminando por un oscuro callejón sin salida.

Cada paso que doy va impregnado de muchas ideas. Mis zancadas van dirigidas por el piloto automático. He hecho este recorrido tantas veces en mi vida. Las mejores fantasías han surgido a esta velocidad. Voy a enfrentar otra esquina. Es el primer respiro que tengo en todo el día. Estoy realmente tranquilo mientras mis piernas siguen su curso. Un ruido de neumáticos me saca de concentración. Giro la cabeza y veo un Lanos gris. Viene directo a mi encuentro. Siento como acelera (un segundo). Es el fin.

Mi cuerpo ejecuta un portentoso salto para luego estrellarse contra la cuneta. Mi rodilla no soporta el esfuerzo y al doblarse, termino tirado sobre el pavimento. Sentí como el Daewoo Lanos (su mascarilla inconfundible) pasó rozando mis extremidades. No pude distinguir su patente. Primera vez que lo veía.

Desapareció en pocos segundos. Ahí estaba yo, cubierto de polvo y asustado mientras Ernesto Sábato me perdía en su “Informe de Ciegos”. Observado por todos y terriblemente indefenso. Vivía entre dos mundos paralelos. No podía escapar de las sombras, menos aún pedir ayuda a los que sólo ven el sol. Me acordé de la Corporación que seguía a la Maca, y de lo histérica que se puso al mencionarla. Quizás ahora formaba parte de sus filas y su misión no era otra que aniquilarme.

Seguía parado en el lugar. Nadie vio como me tiraban el auto encima. Me sentía ajeno al mundo. ¿Quién creería lo ocurrido? De todas formas haría una denuncia a Carabineros.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 28

14 de octubre de 2000.

A las 6:30 en punto salgo del hotel. El taxi no ha llegado. Espero diez minutos y no aparece. Camino en búsqueda de otro. "A Galeao", le digo al taxista y no abro la boca hasta llegar al aeropuerto de Rio de Janeiro. Son las 7:10 y tengo tiempo de sobra para el check in.

La fila es larga en el counter de Varig (todos sus vuelos hacen escala en Sao Paulo). Espero pacientemente mientras algo llama mi atención. Una señora entrada en carnes me mira fijamente. Trato de recordar el rostro de la vieja chillona que me echó del departamento. Era tanta mi vergüenza, que nunca vi su cara. Podría ser la misma gorda, pero prefiero creer que es sólo coincidencia. De pronto, alguien pregunta por mi equipaje (no tengo) y señala que el counter de al lado está vacío.

Son recién las 7:40 y el primer llamado es en media hora. No desayuné nada en el hotel. Aprovecho de recorrer el aeropuerto, que no es tan grande como me lo había imaginado. Por los parlantes anuncian que el vuelo 920 viene retrasado. Bebo un café (y luego otro).

La sala de embarque está repleta. Noto por los acentos que hay un buen número de chilenos. Les temo especialmente. Lo más probable es que suban los que me molestaron en Mar del Plata y Florianópolis, que deben ser los mismos que me delataron en Camboriú y Rio. Me aparto del grupo y espero en un rincón.

A las 8:40 llegan por fin las aeromozas a cortar los boarding pass. Noto que la vieja del counter está atenta a lo que hago. Soy el último en abordar.

El vuelo dura menos de una hora. Soy de los primeros en descender por la manga paulista. Camino varios cientos de metros a través de las distintas puertas hasta que por fin llego a la zona de counters. Me acerco a informaciones a preguntar por Aeroméxico. Recorro otro gran trecho para llegar al mesón de la aerolínea (miro para

todos lados). Sólo cuando estoy seguro de que no me han seguido, chequeo el pasaje (esta vez sin cola de espera). Miro mi agenda electrónica y son las 11:00. Falta una hora y media para el despegue.

No veo a la entrometida (quizás era otra gorda). Creo que en México cambiará mi suerte.

El servicio a bordo es de lo mejor (el almuerzo está exquisito). Cada vez estoy más relajado. Igual siento que me siguen, pero le hecho la culpa a los quince “jales” de los días previos. Es sólo paranoia post intoxicación, pienso. Termino de almorzar y comienzan a proyectar una película. Me pongo los audífonos. Se trata de unos ladrones de autos. La sigo hasta que la ¿trama? me hace dormir.

Cuando despierto mis ojos enfocan una de las pequeñas ventanas. Sólo veo nubes y mirarlas me pone melancólico. Recuerdo el memorable año nuevo del 97. Con Gloria siempre buscábamos lugares insospechados para hacer el amor. Bebíamos una botella de champagne. Partimos media hora antes de medianoche en dirección a la parte alta de Reñaca. Llegamos justo a un sector con casas en construcción. De ahí se veía la bahía de Valparaíso. Mirábamos el cielo. Sólo preocupados el uno del otro. Dieron las doce e inmediatamente comenzaron a volar luces. Primero colores, luego el tronar de los cohetes. Nos abrazamos contentos de compartir ese momento. Nuestros besos cargados de fuegos artificiales. Su cintura entre mis manos, liviana aferrándose a la maleta del auto. Las copas en el techo. Estela fugaz y burbujas. Las estrechamos y somos los más felices del planeta. Nos observan las estrellas. Desesperado, le bajo los tirantes y beso sus senos, su boca y sus sueños otra vez. Su cara de gata enjaulada me vuelve loco. Sólo atino a desnudarle su pubis y a hacerle el amor. Nos fundimos sobre el metal para culminar en tiritones de infinito amor. Quién iba a pensar (luego de esa noche) que la llegaría a odiar tanto.

Esos recuerdos tenían hoy un sabor amargo. No entendía cómo me cercaban en cualquier país que pisaba. Arrancando de gente desconocida, perdido huyendo de mí mismo. Ya no sólo era incapaz de amar, sino que pensaba en destruirme, en aniquilarme para... vengarme (que estupidez)... mientras Gloria vivía de lo más feliz con Rodrigo, sin importarle en lo absoluto qué pasaba con mi vida.

Por fin las nubes me sacan del doloroso trance. Dejo atrás la rabia y el rencor. La pantalla (ya sin imágenes) me indica que llevamos siete horas de viaje. Miro hacia delante, y por el pasillo vienen las azafatas con la cena. Justo a tiempo, pienso, empezaba a sentir hambre. Devoro concentrado, alejando mis pensamientos de

autocompasión. La comida está tan buena, que mis ideas vuelven a deslizarse sobre México.

El comandante (luego de diez horas) nos avisa que estamos llegando a Ciudad de México. Son las siete, hora local. El aterrizaje es perfecto y el recorrido por la loza, interminable.

En la zona de counters busco una casa de cambio (necesito unos pesos mexicanos). En lo único que pienso es en llegar al hotel a descansar. Espero largo rato a los de la agencia de viajes. No aguanto más y tomo un taxi.

Me cobra doscientos veinte por la carrera. Pregunto por el clima y me dice que es época de las últimas lluvias. Casi no hay intercambio de palabras. Lo último que le recuerdo decir es que el hotel queda en el número 9 de la calle París.

Cuando llego a la recepción del hotel Regente, miro un cartel con los recorridos de los taxis. Me han cobrado más del doble. Necesito recostarme un rato.

Cuando despierto, agarro el periódico y veo un anuncio de un concierto de Plastilina Mosh. Lamentablemente no sale la hora, así es que tomo un taxi del hotel y le pido que me deje en el Hard Rock Live. Tarda bastante tiempo y mientras recorremos el Paseo de la Reforma, me doy cuenta de lo grande que es la ciudad. No hay nadie afuera. Parece que el concierto ya empezó. Pregunto a un cuidador de autos y efectivamente, me dice que partió hace más de una hora. Habrá que hacer otra cosa pienso, cuando escucho música proveniente del local de al lado. Leo el letrero y es un infalible Hard Rock Café. Al fin y al cabo, se agradece encontrar un sitio donde uno sabe lo que va a comer. Al entrar veo un puesto desocupado en la barra. Pido la carta y ordeno un sandwich de muchos ingredientes. También una Corona con limón. Hay una banda que hace muy buenos covers y tiene a un montón de gente bailando. Tocan “Música Ligera” y al sujeto de al lado, le digo que suenan igual a Soda Stereo. Me presento al que responde como Mauricio Morales. Anda con dos amigos (también muy amables). Conversamos de música para saber que es conocido en cada país. Les pregunto por algún lugar con bandas locales tocando en vivo. Me invitan a un “table dance”. “Vamos”, les digo. Pero antes, se piden otras dos rondas de tequila.

El night club se llama Millenium y las chicas me dejan con la boca abierta. Nos ubican en una mesa privilegiada entre dos pasarelas de baile. Los tres mexicanos conversan mientras yo no puedo pescarlos del todo. Sólo veo a esas tremendas mujeres que se deslizan por las barras.

Cuando vuelvo es para asentir con el “Absolut” que pidieron. Ya no tengo duda de que en México se toma más que en Chile, porque el aguante de estos cuates es para no creerlo. Dale que dale con los brindis y seguían impecables. Sin embargo, conforme se iban tomando el vodka, más y más veces repetían sus muletillas. “Oye güey, la chingada está muy rica”, decía uno y el otro contestaba “que está de pelos”. Yo en cambio, preguntaba al mozo como llevar a una chica a un privado. Me dijo doscientos pesos, y que el momento duraba tres canciones. Seguí mirando la pista de baile.

Mis amigos invitaron a una chica a la mesa y la manosearon entera. No estaba molesta, hacía toda clase de piruetas sobre la silla y ponía su culo en nuestras caras. Terminó por calentarme, justo cuando las caderas de una morena muy alta asomaban en la pista principal. Boquiabierto, pregunté al mozo por su nombre.

¡Hasta acá me persigue ese puto nombre! Pensé que debía ser su nombre artístico. Tan falso como la verdadera Gloria. Con sus muecas de placer me sentí recordando buenos momentos. Me llevó a una pequeña habitación donde había otras dos putas. Traté de conversarle algo, pero todo lo que decía eran mentiras. Tristes lugares comunes como “me encantan los chilenos” me hicieron dejar las palabras. Le arranqué su atuendo, qué sorpresa tenía unos senos firmes como rocas. Clavé mi pensamiento retrospectivo y me dediqué a disfrutar de las tres canciones.

CAPÍTULO 29

15 de octubre de 2000.

Me levanté animoso. Mi primer día en México no había tenido ningún contratiempo. Además estaba feliz porque hoy conocería las pirámides de Teotihuacán. Salí de mi habitación, y esperé en el lobby del hotel a que llegara el transporte de la agencia de turismo. Fui el primero en subirme. Me senté atrás con mi walkman encendido. Poco a poco, fue llegando gente. Primero una señora mexicana, luego un matrimonio de argentinos. Finalmente tres señoras brasileras. Las más alegres son estas últimas, que preguntan nuestros nombres y de dónde venimos. Nos enteramos que nuestro guía se llama nada menos que Pancho Villa. Todos nos reímos mientras nos muestra el monumento a la independencia y nos habla de su libertador Porfirio Díaz. Luego enfila por Avenida Insurgentes, explicándonos que es la más larga del mundo y que prácticamente atraviesa toda la Ciudad de México.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, llegamos a la zona arqueológica de Teotihuacán. Lo primero que hace el guía es llevarnos a un mercadito de artesanías, donde nos explica el origen de algunas de las más típicas. Ya en ese momento, me parece que las brasileras están murmurando a mis espaldas. Cuando volvemos al minibús, una de ellas, llamada Germania, me hostiga revelando pequeños detalles de lo que pasó en Rio de Janeiro. Se los cuenta al resto en tono de burla, completando la historia que ya les habrá empezado a relatar. Es obvio que mientras me alejé del grupo los ha predispuesto en mi contra. Sin embargo, noto que los argentinos no le creen del todo. Pero de ahí en adelante, el diálogo que mantengo con ellos se vuelve más cínico. Afortunadamente, todavía me prestan atención debido a que se dan cuenta que conozco bien la cultura mexicana. Cuando preguntan alguna que otra cosa, yo agradezco la oportunidad de conversar, acallando así los comentarios de Germania y sus comadres.

El minibús continúa su recorrido, y se estaciona cerca de la entrada a la Pirámide del Sol. A medida que ascendemos, voy conquistando a Germania. Se da cuenta de que no soy el monstruo que le contaron, y deja a un lado sus comentarios mordaces. Los demás también dejan de mirarme de reojo. Seguimos escalando hasta que en la segunda terraza, Germania y sus amigas están exhaustas. Se detienen a descansar mientras yo continúo por el tercer y cuarto tramo de la pirámide. Llego a la cima y lo que veo detiene el tiempo. Qué importan las burlas matutinas, si Dios te da la oportunidad de sentir algo más trascendente que todos los que estamos aquí. Contemplo todo el valle de Teotihuacán y a mi derecha, la Pirámide de la Luna. Es impresionante estar observando estos dos gigantescos templos, que te hacen imaginar un pasado dominado por la religión, que permitió llevar esas piedras a tocar el cielo. Desde su cúspide, sólo se percibe tranquilidad y una sensación de no ser más importante que un grano de arena. Es plenitud e insignificancia a la vez. ¡Como no agradecer este minuto de paz! Siento que la luz es más brillante y que el sol calienta más confortablemente. El odio expandiéndose en mi corazón, no tiene otra alternativa que ceder y por unos instantes, estoy feliz de estar vivo. Luego descendo de las alturas y veo como el resto va llegando hasta mí. Se detienen a mi lado y no les dirijo palabra.

Seguimos rodeando la zona arqueológica. Esta vez nos bajamos cerca de la Pirámide de la Luna. Recorremos el Palacio de Quezalpapalotl y el muy bien conservado Palacio de Jaguares, ambas construcciones con frescos y tallados en sus paredes. Pancho Villa nos lleva a recorrer la Calzada de los Muertos que es el verdadero eje de todo el centro ceremonial. Nos muestra la piedra que marca su centro exacto, donde se divisa el Mural del Puma.

Me alejo del grupo para subir a la Pirámide de la Luna. No me perdería por nada la vista desde su cumbre, donde la Calzada de los Muertos recobra su significado. Admiro cada uno de los templos y palacios, y me imagino las procesiones de adoración. Pienso en su religión sanguinaria, en como el temor a los dioses permitió erigir estas fantásticas construcciones. Los sacrificios humanos, el miedo como principio rector de sus vidas. Pero no el temor a ser sacrificado (de hecho era considerado un honor), sino el terror a la ira de los dioses, que si no aplacaban les privaba de buenas cosechas, salud y fertilidad. Percibía el miedo, no tanto de Dios sino más bien de los fantasmas que perseguían mi cabeza. Podían materializarse en cualquier hombre o mujer. ¡Qué vida de mierda! Le temía incluso a Germania. Cada persona que conocía era sospechosa. Me quería tan poco. Los acontecimientos pasaban ante mis narices sin que nada pudiera

hacer. Si me insultaban, me quedaba callado. Si me seguían, huía. Tenía la sensación de no estar tranquilo en ninguna parte. Bastaba con entrar a un lugar para que de inmediato se contaminara. Pero subir a la cima de las pirámides parecía purificarme, aunque fuera por unos segundos, podía sentirme en paz. Regresé por los escalones y tuve el presentimiento de estar descendiendo a lo mundano. Mis temores brotaron de nuevo al avistar el minibús. Estaba junto a una feria artesanal. Inmediatamente se acercaron los argentinos. “Pancho Villa se está comiendo a Germania”, comentaron. Incrédulo, percibí como el furgón se mecía delante de toda la gente. No tenía vidrios polarizados, por lo que tuvieron que hacer el amor en el piso. Germania salió del vehículo sin muestras de arrepentimiento. Había tomado demasiados tequilas. Recién ahora, comprendía por qué Pancho Villa insistía tanto en sus bondades.

Buscamos un restorán. Germania se había convertido en una mujer que conversaba amablemente con todos. Incluso nos daba de probar sus chilaquiles. La verdad es que me sentí muy a gusto durante el almuerzo. La comida era buena, amenizada por unos mariachis que cobraban por cada canción que tocaban. Por primera vez en el viaje, me sentí como una persona. Suena tonto, pero estaba cansado de recorrer sitios sin conversar con nadie. Por fin, parecía pertenecer a un grupo de amigos.

A las cuatro abandonamos la zona arqueológica rumbo al Templo de Guadalupe. Me sorprendió la cantidad de vendedores ambulantes que nos rodearon cuando llegamos. Hubiera jurado que los mercaderes de Jerusalén eran poca cosa, al lado de esta verdadera feria donde se vendía cualquier baratija imaginable. Pancho Villa nos cuenta el milagro del manto de Guadalupe. Un campesino que no conocía de escritura ni religión trajo desde muy lejos y por petición de la Virgen unas rosas que no existían en México. Al desplegar el manto que las cubría, quedó impresa en la tela la figura de la Virgen de Guadalupe. ¡Qué milagro más hermoso! Lamentablemente, dentro de los negocios aledaños, se comerciaba tan abundantemente aquella figura que a cada paso se iba deslavando el milagro. Dejamos atrás el griterio de regateos para entrar al templo nuevo. Cruzamos por debajo del manto para bendecir los objetos religiosos que hubiésemos comprado. Era curioso que el paso ante la Virgen se hiciera en escalera mecánica (para evitar atochamientos), medida de tránsito que poco tenía que ver con la devoción de los creyentes. Más tarde, visitamos el antiguo templo donde me sorprendieron los desniveles del piso. Literalmente había que escalar para llegar a la capilla. Si uno miraba las paredes no se convencía de que estuviera en pie. ¡Verdadero milagro!

Eran las seis cuando llegamos al Zócalo de Ciudad de México. Lo primero que hicimos fue ingresar a su catedral. Cada una de las naves increíblemente elevadas y sus capillas lujosamente alhajadas (algarrobo revestido en oro). Al pasar al lado del gigantesco órgano, sentía que el eco de las paredes contenía algo celestial. Lo que más sorprendía (según Pancho Villa) era que a cualquier hora había personas orando. Se respiraba el alma de México dentro de ese majestuoso templo. De alguna manera, el visitar las catedrales de los distintos lugares se convirtió en una costumbre. Un verdadero santuario ante tanta persecución dentro de mi cabeza. Me sentía realmente a salvo dentro de las paredes de Dios.

Lo último de ese día fue un breve recorrido por el Parque de Chapultepec, para finalmente volver al Hotel Regente. Estaba exhausto, por lo que al llegar a la habitación sólo tuve fuerzas para encender la televisión y acostarme.

CAPÍTULO 30

16 de octubre de 2000.

El vuelo 477 de Aeroméxico desciende cerca de la una de la tarde en la loza de Acapulco. Las salas de espera están vacías, por lo que no tendré problemas en ubicar al chofer que me llevará al hotel. Enseguida doy con el letrero que contiene mi nombre. Tras él, el conductor se ofrece a llevar mi equipaje.

Qué grato es el clima tropical. Miles de palmeras y sobre todo, mucho verde por todos lados. La altísima humedad me hace sentir en medio de un clima salvaje. Ojalá haya dejado en Ciudad de México a las brasileras y a todo vestigio de persona sospechosa.

El auto me deja en el Maris. Ahí me recibe una agente de turismo que me entrega folletos con lugares de interés. Luego me dan la llave de la habitación 1003. Tiene una vista magnífica a la bahía. Por largo rato, me quedo en el balcón mirando a la gente disfrutar de la playa. Es grandioso como todos los hoteles dan directamente a la arena. Ni siquiera hay que cruzar una calle. De pronto, surca el cielo un parapente tirado por una lancha, y en el mar las motos se deslizan a gran velocidad.

Dejo las llaves en recepción, cruzo la costanera e ingreso al shopping La Gran Plaza. Voy en busca de zapatillas y a los pocos minutos, salgo con unas Nike Air que encontré en las “Tiendas de Francia”.

En el hotel me pongo las zapatillas y casi de inmediato, estoy en el parque Papagayo. Voy feliz, sin otro pensamiento fuera de lo que van observando mis ojos. Es agradable correr sin saber dónde me llevan mis pies. Transpiro más de la cuenta y con la polera completamente mojada, salgo del parque para dirigirme al centro, la parte más antigua de la ciudad. Repleto de locales comerciales, es también el sector más populoso. El calor es intenso, pero mi tranco pausado lo hace soportable. Una esquina anuncia el camino hacia los clavadistas. Lo empinado de las calles me hace sudar aún más.

Después de media hora llego por fin a los acantilados, exhausto, prácticamente sin aliento. Desciendo, y desde la terraza más alejada, se lanza uno de los clavadistas que luego de sumergirse, nada al roquerío contrario para escalarlo. Al cabo de un rato, se lanza al vacío desde una altura impresionante. El hombre desaparece con la marea alta y renace desde una profundidad escalofriante. Respiro hondo, y subo los interminables peldaños. Regreso a la calle y compro una bebida. Estoy agotado (contento), sin más energías que para disfrutar del cansancio.

Sólo pienso en comida. Me siento incapaz de recorrer el camino de vuelta. Ni siquiera caminando. Espero sentado en la cuneta hasta que por fin pasa un taxi. Le pido que me lleve a algún restorán de la playa.

Me deja frente a un lugar con mesitas bajo un techo de paja. Apenas me siento, su dueño me habla de las maravillas de Acapulco. Pido una jarra de jugo, con totopos y guacamole. Don Pedro incluso me ofrece pega, mientras me presenta a su nuera. Todavía no estoy dispuesto a trabajar, al menos hasta que se me acabe la plata. Le pregunto cuanto paga, sólo para hacer algo de conversación. Devoro los totopos y desaparezco el jugo de toronja. Satisfecho admiro a Alma, sus ojos expresivos, muy mexicanos. No abre la boca si es que Don Pedro no le pregunta algo. En esos detalles se nota el machismo de los cuates. Me despido y me pongo a caminar.

El Maris tiene la alberca en reparaciones, por lo que el recepcionista me entrega un salvoconducto para el Hotel Presidente. Me voy caminando por la costanera, aun cuando queda a quince cuadras. El calor actúa como sedante de mis ideas. Me refugio en una librería. Escojo una selección de obras de Shakespeare, pensando en que los dramas me harán ver mi vida más llevadera, más simple.

Llego exhausto al Hotel Presidente. La piscina no tiene muchos turistas y me dispongo a leer durante lo que resta de la tarde. No avanzo. En cada línea me distraigo con pensamientos paranoicos. Es como si no pudiera creer que me encuentro solo y que nadie me molestará. Pienso en mi familia, y me espanto por no echarlos de menos. Me doy cuenta de que no quiero a nadie, de que estoy completamente vacío. Lo peor es que tampoco consigo que alguien me quiera (eso sí me hace daño). Soy como una piedra viviente. Si una persona me demuestra afecto, no creo merecerlo y salgo huyendo. La verdad es que temo a que alguien me maltrate como lo hizo Gloria. Es más seguro estar solo.

Un autobús me deja por segunda vez en el shopping. Esta vez para comer unas tortas. Me siento frente al puesto que atiende Carmen, y le pido un enorme licuado “hawahiano” de veinte pesos. Estoy tan seco que le pido otro.

Veo que están dando en los cines y siento la necesidad de volver más tarde.

Aprovecho de cambiar un par de cheques de viajero. Obtengo cerca de mil novecientos pesos y vuelvo al hotel. No hay caja de seguridad dentro del cuarto. Estoy obligado a confiar. Pido una llave para utilizar las cajas de la recepción y tras unos segundos, subo de nuevo a darme una ducha.

Media hora después, estoy sumergido en una película que transcurre íntegramente dentro de un submarino. Sólo a esa profundidad, mi cabeza me deja tranquilo unos instantes.

CAPÍTULO 31

18 de octubre de 2000.

Corría desesperado con el corazón a mil. Sin mirar atrás perseguía un murmullo a lo lejos. La oscuridad no disipaba. Corrí más fuerte hasta dar por fin con una calle. No reconocí el lugar ni tampoco divisé algún auto. Elegí un rumbo para seguir huyendo. De pronto Providencia. Camino aterrado entre gente desconocida. No soporto sus miradas y vuelvo a correr. Paso por el lado de Radio Minería y doblo en calle Encomenderos. En la entrada del Instituto de Yoga no hay nadie. Subo al segundo piso y me refugio tras el escritorio de recepción. Nunca grité. Permanecí en silencio esperando que mi padre terminara su clase... y desperté del maldito sueño.

Abrí las cortinas del cuarto y me di cuenta que había amanecido hacía rato. Traté de calmarme por lo acontecido el día anterior. No podía. Todo Acapulco parecía seguirme los pasos. Ayer había sentido como se burlaban de mí en la recepción. Tuve que poner el candado de mi bolso en la caja de seguridad. No confiaba en el conserje ni en la gente que llevaba las maletas. Cuando salí a la calle, me molestaron las bocinas de los miles de taxis que deambulaban por la costanera. Al comienzo pensaba que eran bulliciosos, pero me sentía tan acorralado que pronto creí que era una conspiración de los taxistas en mi contra. Incluso, me seguían unas especies de cuervos que volaban entre los árboles. Ayer, el único momento de tranquilidad fue en la tarde, cuando fui a comer un par de tortas al puesto de Carmen. No duró mucho. Cuando ingresé al cine sentí que todo el mundo tosía delante mío.

En cambio hoy, cuando veía la bahía de Acapulco con el sol iluminándolo todo, no sabía que me esperaba. De algo sí estaba seguro: nada bueno ocurriría después de haber tenido ese sueño. Era como un aviso que antecede a la tempestad.

Miré la hora en la agenda electrónica y me levanté hecho una bala. Quedaban sólo veinte minutos para alcanzar el bote que salía a la Isla Roqueta. Llegué justo a las

11:00. Fui uno de los seis que iban a bucear por primera vez. Iba con un inglés, una pareja del estado de Michigan y un par de mexicanos. El instructor nos dijo lo básico para descender: cómo sacar el agua de la mascarilla, cómo destapar los oídos y qué tipo de señas hacer bajo el agua. Al principio sentí claustrofobia por el ruido de la respiración bajo el agua, y cuando me fui acostumbrando a la sensación, mis oídos comenzaron a taparse. Me apreté la nariz para aliviar la presión y por fin, luego de unos minutos, comencé a disfrutar del fondo marino. Estábamos justo sobre un barco hundido, por entre cuyos restos se paseaban algunos peces. Después de un rato me di cuenta de lo agradable que era nadar libremente, y me dejaron de interesar los restos sumergidos. Mi mente quedó en paz. Era sólo yo contra un universo sin límites. Para variar me acordé de Gloria. Se me vino a la cabeza la vez que fuimos a tomar helado al “Bravísimo” que estaba junto a un supermercado Multiahorro. Me acordé que salimos dándonos besos y que una vez en el auto, nuestros ímpetus fueron incontenibles. Era de noche y en el estacionamiento no había nadie. Hicimos el amor, ahí mismo en la incomodidad del auto. Lo más divertido vino luego, cuando a través de los vidrios empañados, vimos a un grupo de niños en patines que aplaudían nuestra osadía. Más que darnos vergüenza, nos miramos con Gloria y nos pusimos a reír. Todo era felicidad. Sólo estos momentos de paz, como ahora bajo el agua, me traían gratos recuerdos. En cambio cuando me sentía perseguido, sólo tenía pensamientos de odio. De pronto, todas esas divagaciones fueron interrumpidas por el brazo del instructor que me indicó que regresara a la superficie.

Cuando regresamos a la playa soy el primero en bajarme. Estoy muy feliz con mi primera incursión en el buceo, pero no lo suficiente como para olvidar a mi estómago. Hora de almuerzo, me insisten mis tripas y de inmediato, me dirijo a la costanera para preguntar dónde almorzar. En una caseta de turismo me dicen que vaya a “Los Rancheros”, que queda en la carretera escénica camino al aeropuerto. Tomo un taxi y, tremenda coincidencia, el chofer es chileno. Al saberlo, me acuerdo del sueño con que desperté y me pongo paranoico. ¿Este taxista me estará vigilando? Al principio pensé que sí, pero después me explicó que vivía del taxi y de un puesto de artesanías que tenía en el centro. Llegué a la conclusión de que no tenía nada en mi contra. Después de haber recorrido algunos kilómetros, llegamos al restorán. Le pedí que me pasara a recoger dentro de una hora.

Comí extremadamente bien. Primero unas quesadillas acompañadas de guacamole y de fondo, unas fajitas que estaban exquisitas. Pedí varios jugos, puesto que

la mayoría de las salsas tenía ají. Me dediqué a observar mientras esperaba. Estaba sentado en una gran terraza ubicada a la altura de un segundo piso. La decoración era rústica. Los pilares de madera estaban pintados y adornados con motivos mexicanos. Estaba absorto mirando el mar a lo lejos, cuando de pronto el taxista tocó la bocina. Le pedí que me dejara en Playa Condesa.

Me dejó en la costanera y desde ahí, caminé hasta dónde estaban las motos de agua. Se me acercó un tipo que dijo llamarse Esteban y me indicó que la media hora costaba sólo doscientos ochenta pesos. Cerramos trato por cuatrocientos para que me dejara andar cuarenta y cinco minutos.

Pulso el botón de encendido y comienzo a alejarme de la orilla. Tímidamente voy acelerando hasta alcanzar la velocidad máxima. Siento el rocío del agua salada empapándome el rostro mientras embisto las ondas del mar. Estoy cabalgando sobre la moto, haciendo giros bruscos para luego volver a acelerar a fondo. Tarareo la canción “Better Things” de Massive Attack, lanzando las frases contra el viento. Para ver si Gloria puede escucharme a tanta distancia. “...Don’t try me down... just because you’re down...” Lloro mientras salen esas frases de mi boca. Me doy cuenta de que la partida de Gloria me arrancó el corazón, y de que ahora me veo sumido en la peor de mis depresiones. “...Don’t talk to me... about being free...” ¿Libre para qué? Si ya no puedo amar. “...Freedom... without love...” como dice la canción. Qué curioso que una de las favoritas de Gloria me explique exactamente como me siento... dos años después. Lo que me pasa es que no podré amar nunca más a otra mujer. No tengo amor para dar... sólo tengo odio... contra Gloria, los demás y contra mí mismo, por no poder impedir mi autodestrucción.

Acelero a fondo (con rabia) hacia el horizonte y me acuerdo de lo más doloroso: dos semanas antes de que Gloria me dejara, la muy maldita se compra una segunda copia del disco de Massive Attack. “¿Para qué?”, le pregunté ilusamente. ¿Para qué dos copias del “Protection”? Ni siquiera intentó alguna explicación. Era obvio que me iba a dejar y duplicar su disco favorito no era más que un paso de su maquiavélico plan de huida. ¿Por qué hacerme sufrir tan premeditadamente? No bastaba con decir que no me quería y todo concluido.

Una vez cumplidos los cuarenta y cinco minutos, Esteban levanta sus brazos desde la playa. Luego me invita a tomar una Corona con limón. Conversamos un rato mientras tomamos nuestras cervezas y me pide que lo llame “Sobuca”, que todos lo

conocen por ese nombre. Me tomo una segunda en amena plática y me queda claro que volveré al día siguiente.

Me devuelvo al Maris a través de la playa y me voy pensando en que pese al sueño de la mañana, el día no ha ido mal. Cruzo el lobby sintiendo la mirada de la gente de recepción. Rápidamente me subo al ascensor. Cuando bajo es para repetir la rutina de todos los días: cambiar mi cheque viajero para ir al puesto de Carmen, en el shopping del frente, y luego comprar un ticket para el cine. En este último es dónde se me empieza a descomponer el día. Siento que varios pares de ojos me vigilan y en la oscuridad se multiplican las toses sospechosas. Salgo más nervioso de lo que entré, y mi mente, a esas alturas sospecha de todos los espectadores. Salgo como un rayo del shopping y me voy directo a mi habitación del hotel.

Enciendo el televisor, pero en la habitación contigua comienzo a escuchar voces. Son dos viejas chillonas. Una habla portuñol y le dice algo a la otra que tiene acento mexicano. Se comienzan a reír y en esa risa estoy casi seguro de reconocer a la vieja de Rio de Janeiro. No puede ser. ¿Quién será la otra mujer? Le quito el volumen al televisor para escuchar la conversación, pero ellas también apagan sus voces. Me quedo en silencio y... muerto de miedo. Sé que la persecución irá hasta las últimas consecuencias.

CAPÍTULO 32

20 de octubre de 2000.

A las 9:45 estoy en el counter del aeropuerto de Acapulco. Queda exactamente una hora para que parta el vuelo. Una interminable hora en que tendré que comenzar a planear mi itinerario en Ciudad de México. Busco una guía de carreteras mexicanas por cada uno de los locales del aeropuerto. Camino de un lado para otro hasta que por fin encuentro una “Guía Roji”. Inmediatamente me pongo a ver posibles rutas de escape, aunque lo primero será tratar de despistar a mis perseguidores dentro del Distrito Federal.

En la sala de embarque reconozco a la misma señora de Rio de Janeiro. No hay duda de que me siguen. ¡Qué fastidio! De ahora en adelante, no me queda otra que hacerme el loco ante la presencia de la vieja.

Cuando desciendo del vuelo 304 de Aeroméxico, escapo rápido por los pasillos del aeropuerto. Eludo a cuanto taxista pirata se me cruza (no me timarán de nuevo) y me dirijo a la red del metro. Luego de caminar unos trescientos metros, por fin ingreso a la estación “Terminal Aérea”. Pido indicaciones y me dicen que me baje en “Pantitlán”. De ahí tomo la línea uno hasta la estación “Pino Suárez”, donde conecto con la línea 2, bajándome en el “Zócalo”. Me siento perseguido en todo el trayecto. Estoy seguro de que cada paso que doy, lo hago acompañado de quizás cuantas personas que me siguen. En medio de la inmensa explanada del Zócalo, me siento más insignificante que nunca. Solo en medio de un centenar de personas. Emprendo rumbo por cualquiera de las calles que dan a la impresionante catedral. Camino entre ferias dispuestas en las calles, sin ningún destino final y con el único objetivo de perder a quien me siga.

Son cerca de la una y media cuando decido entrar a un restorán de nombre “Oaxaca”. Su entrada angosta da a un pequeño hall cuadrado con algunas mesas. Están todas sin comensales, pero a un costado se empina una escalera que sube al segundo

piso. Al final de los peldaños, una habitación tremenda con decenas de mesas. Ahora si encuentro algunas personas. Me acomodo en una mesa pegada a una ventana por la cual puedo mirar a la calle. No sé si me siguen, pero de todas maneras me relajo mientras almuerzo. Me tomo un tiempo mientras comienzo a hojear la “Guía Roji”. Me siento inseguro en Ciudad de México y trataré de aprovechar que despisté a mis perseguidores para emigrar de la ciudad. Cuando termino de comer, ya sé hacia dónde iré. Pago la cuenta y salgo de nuevo a la calle. Daré vueltas en el metro para estar seguro que soy el único que sabe adonde me dirijo. Camino durante largo rato hasta que doy con el Palacio de Bellas Artes. Ahí decido internarme en el metro, jugando a las cambiadas de estaciones. Primero voy en dirección a “Cuatro Caminos” y me bajo en “Revolución”. Me devuelvo hasta “Hidalgo”. Cambio a la línea tres y me bajo en “Balderas”. De ahí voy a “Chapultepec” y me regreso a “Pino Suárez”. Sólo después de ese recorrido sin sentido, me atrevo a preguntar en una ventanilla: “¿Cuál es la estación que da al terminal de buses?” Justo una persona irrumpe atrás y me dice que en México le dicen “camiones” a los buses. Vuelvo a preguntar al de la ventanilla: “¿De dónde salen los camiones a Guadalajara?” Y el de atrás me vuelve a interrumpir: “Déjame comprar un boleto y yo te explico”. Luego agrega que es de Guadalajara y que justo se dirige hacia allá. Algo me parece mal en la aparición de este tipo de 35 años, pero cuando le explico que soy chileno, de inmediato me dice que él conoce Viña del Mar, hace unos años estuvo allá en un congreso. Con esa explicación me quedo tranquilo y mi cabeza paranoica deja de desconfiar. Le pregunto su nombre y me responde Miguel González. Luego me lleva por distintas estaciones hasta dar con el terminal de camiones. Compramos un par de boletos en la línea “Futura”, y luego nos aprovisionamos de comida para el camino.

Durante los más de quinientos kilómetros de viaje me lo converso todo. Es obvio. Cada vez que me encuentro con alguien, le comento todo lo que he visto en los días en que no he hablado con nadie. Como Miguel es de profesión Geógrafo, me indica las ciudades más aconsejables para visitar. Me recomienda sobretodo Zacatecas y que no deje de ir al sur de México. Agrega que el estado de Chiapas tiene lugares maravillosos. Aparte conversamos de política, de cine y de un sinfín de cosas. Entre lo que hablamos, la película que dan en el bus y una breve siesta se pasan las horas de viaje. Poco antes de las dos de la madrugada, el autobús comienza a entrar en la ciudad de Guadalajara. Miguel se baja antes de llegar al terminal y a los pocos minutos, por fin llego a destino. Me voy directo al Hotel Serena que queda justo al frente. Me registro y

como no es tan tarde, me voy junto a la barra del restorán del primer piso. El barman se llama Mauricio y me sirve un par de Coronas con limón. Nos ponemos a conversar junto a otro huésped que trabaja en Telmex, llamado Alberto. Después de varias cervezas, decidimos dar una vuelta por la ciudad. Mauricio nos aconseja ir a una salsoteca que se llama “Tropigala”.

Pagamos los sesenta pesos de cover y entramos, pero a pesar de ser fin de semana no hay mucha gente. Volvemos a tomar un taxi que nos lleva a un pequeño night club ubicado quién sabe dónde. Para variar seguimos tomando Coronas y mientras conversamos, se nos acercan un par de muchachas para que les invitemos unos tragos. A esas alturas son las cinco de la mañana, por lo que al rato nos despedimos y regresamos al hotel. Pareciera ser que por fin me encuentro viajando sin compañía indeseable, es lo último que pienso antes de dormir.

CAPÍTULO 33

25 de octubre de 2000.

Estoy hospedado en el hotel más antiguo de Veracruz, el “Imperial”, que tiene cien años. Son las diez de la mañana y ya me he duchado. Me he hecho a la idea de que me siguen a donde quiera que vaya, por lo que ya no me importa demasiado. Igual no pretendo quedarme todo el tiempo dentro del hotel. Veo el folleto turístico que me dieron en recepción, y me quedo pensando en el itinerario sin sentido que he realizado. Me han perseguido por la hermosa ciudad de Zacatecas sin darme respiro alguno. No tuve tiempo de apreciar su panorámica desde el cerro de la Bufa. Me sentí tan asfixiado en esa pequeña ciudad, que a las pocas horas tuve que tomar otro bus a la ciudad de Monterrey.

Cuando llegué era de madrugada, y recién empezaba a asomar la luz matinal. Desde el terminal me moví en metro hasta el paseo Morelos (una especie de paseo Ahumada). Lo recorrí entero. Llegué a un puente gigantesco y vi a mis perseguidores del otro lado. Tomé una micro cualquiera y realice un amplio recorrido por distintas partes de la ciudad. Escogí la calle Benito Juárez para bajarme y estuve a punto de cambiar de medio de transporte. Los buses eran demasiado previsibles, pero cuando ingresé a una tienda de bicicletas sentí que me observaban y deseché la idea de comprar una. No estaba a salvo en ningún lado. Almorcé por ahí y decidí seguir mi viaje. Tomé un bus a Támpico y de ahí me fui directo a Veracruz.

Termino de analizar el folleto turístico y decido que el primer lugar a visitar será el Castillo de San Juan de Ulúa, fortaleza del siglo XVI, que se encontraba cerrada el día anterior. Tomo una micro que me deja en su entrada. Entre varios contratamos a un guía, que nos explica que fue una fortaleza española levantada para proteger a su principal puerto. También nos dice que hubo un tiempo en que se convirtió en cárcel. Nos muestra las cámaras de torturas: el purgatorio y el infierno. Una vez dentro pienso

que estoy sumido en un verdadero infierno. Podría huir por todo el planeta y estos malditos no dejarían de perseguirme.

Cuando termina la visita y me voy a subir al bus de regreso, un taxista se acuerda que me vio el día anterior cuando encontré cerrado el lugar. Parece bastante extraña tanta atención, pero la verdad a mi cabeza ya nada le parece extraño. Me propone llevarme a “La Antigua”, que fue el lugar donde Hernán Cortés arribó al continente americano y desde donde comenzó la conquista del territorio mexicano. Acordamos que me lleve por ciento veinte pesos. Me deja en la entrada del poblado, un rudimentario puente colgante dispuesto sobre un río navegable. Lo primero que veo es la Ceiba donde Hernán Cortés atracó su barco. Avanzo unos metros y me topo con los cimientos de la casa del conquistador. Cruzo la plaza junto a una hermosa iglesia, y le pregunto a alguien dónde queda la iglesia antigua, considerada la primera en construirse en el continente americano. Luego de recorrer todas esas reliquias, me doy cuenta de por qué estoy aquí. Estoy huyendo de mí. Buscando las raíces de las razas americanas, nada más fácil para entenderme. Prefiero buscar en lo ajeno a escudriñar en mi insondable mente. No sólo estoy huyendo de los que me persiguen, sino que esta huida es fruto de una más profunda: el miedo a enfrentarme con mi realidad, con quien soy en esencia.

Todas esas divagaciones me terminan por agotar y me hacen recordar que son pasadas las tres de la tarde. Siento de pronto unos deseos incontenibles por sentarme a comer algo. Vuelvo a atravesar el poblado para llegar a un restorán que se encuentra junto al río. Don Pancho se llama el dueño, y se sienta a conversar mientras yo almuerzo. Es un hombre amable que ha vivido todos sus años en el lugar. Me comenta que en “La Antigua” no viven más de doscientas personas y que su número se ha mantenido relativamente constante a través de los años: es común que los jóvenes emigren a las ciudades más grandes.

Don Pancho me ofrece dar un paseo, por el río, en un bote a motor por doscientos pesos. Le contesto que de todas maneras, y luego de cargar combustible emprendemos la travesía. El paraje es precioso. A ambos costados se ve una vegetación generosa que me hace recordar la película “La Costa Mosquito”, de Peter Weir. Sería el lugar perfecto para encontrarse con la naturaleza, pero para mí es sólo una huida. Tras veinte minutos de marcha, el entorno se comienza a llenar de dunas. Estoy en tierra de nadie. Somos los únicos seres humanos en varios kilómetros a la redonda y seguimos avanzando hacia la desembocadura con el mar.

Cuando avistamos las olas, el terreno se vuelve completamente plano y desértico. Me embarga una sensación de plenitud y vacío a la vez, esa misma que sentí en las pirámides de Teotihuacán. Desembarcamos en la playa y me pongo a caminar por su orilla. Llega un punto en que ya no diviso a Don Pancho y en ese momento, me tiendo sobre la arena. Estoy boca arriba mirando como aparecen las gaviotas en el cielo azul. Me inunda una idea fija de cuando murió el padre de Gloria. Siempre estuve acompañándola, ayudándole a sentir. Lamentablemente, el día del funeral mi jefe estaba en la operación de su esposa y mi amigo Raúl Díaz estaba enfermo. Me encontraba solo a cargo de la sucursal del banco. Partí para la misa apenas dieron las dos de la tarde (hora de cierre bancario). No llegué a tiempo y eso fue imperdonable para Gloria. De alguna manera me cargó sus culpas, pero era ella quien no habló con su padre antes de morir. Tenía que buscar argumentos para apartarse de mí. El que no haya estado al comienzo de la misa fue lo de menos. Cuando supo que era hija legítima de su padre (su madre le contó) su culpa se fue agrandando. Hija que fue incapaz de ser cariñosa con su padre, de decirle que lo quería a pesar de todo. Qué rabia, despertar sentimientos de odio en la persona que yo amaba. Esa sensación de que su rencor estaba fuera de mi alcance para mitigarlo. De pronto, me invadió una pena profunda y me encontré llorando mientras las gaviotas, inmutables, surcaban el cielo.

Una vez secas las lágrimas, me levanto y camino de regreso al bote. Don Pancho enciende el motor y navega contra la corriente. Voy meditabundo, ya no me fijo en la naturaleza que me rodea. Llegamos al puente colgante y me despido de Don Pancho. Le pido que me deje en la rivera del frente de su restorán. Camino unos metros y doy con la senda principal, justo cuando el taxista ya está de vuelta para regresarme a Veracruz.

Le pido que me lleve a dar una vuelta por “Boca del Río”, pocos kilómetros al sur de Veracruz. La recorreremos rápido, y le pido que volvamos y me deje en el shopping Plaza de Las Américas. Allí hay un acuario muy famoso que quiero visitar. Necesito verificar si después de todos los lugares que visité, todavía me siguen la pista. Si es así, creo que el taxista es parte de la conspiración.

Lo que más me llama la atención son los enormes tiburones. Se ven desesperados nadando dentro del acuario que me rodea. Algunos se comienzan a reír a mis espaldas y me doy cuenta de que no tengo escapatoria. Que cada persona que se acerca a conversar, lo hace debido a que me está persiguiendo. En mi mundo ya no existen las coincidencias. Soy como uno de esos tiburones, encerrado dentro de un acuario más grande.

Después de comprobar que todos mis pasos del día han sido vigilados, lo único que quiero es regresar al hotel. Un taxi me deja cerca, y me detengo en un restorán para comer unos tacos y beber unas Coronas con limón. Devoro lo que ordené mientras un vendedor ambulante me ofrece una imitación de un reloj de marca. Llevo viajando varios días sin noción de la hora y me doy cuenta que de veras lo necesito. Empiezo a recordar cuando lo perdí (15 días atrás) y me acuerdo de lo sucedido en Camboriú. Sacudo mi cabeza para alejar los malos recuerdos y le compro el reloj en cien pesos. Luego me voy al hotel a esconderme.

CAPÍTULO 34

26 de octubre de 2000.

A las cuatro de la tarde tomo el bus para San Andrés Tuxtla. Todo el viaje me voy acompañado de tres mexicanos que me molestan haciendo eructos. Sólo la música que escucho en mi walkman, me permite descansar relativamente de esos desagradables ruidos.

Cuando por fin llego a destino, son las 19:30 y todavía hay luz. Me dirijo al centro del poblado buscando dónde hospedarme, pero no me gustan los hoteles. Todos están muy cerca de la plaza y ninguno me garantiza que no me molestarán durante la noche. Además, el pueblo es un hoyo donde todos se conocen. Me da la misma impresión que Zacatecas: me está persiguiendo todo el pueblo.

Decido por fin alejarme y dirigirme a la Laguna de Catemaco, que se encuentra a doce kilómetros. Tomo un taxi colectivo y tras quince minutos de viaje llego al pueblo. Me bajo en la plaza y visito la iglesia. Pregunto por un buen hotel a orillas del lago y valga la redundancia, me dicen que vaya al Hotel del Lago.

Luego de caminar unos cinco minutos, llego a registrarme. Tengo tanta hambre que me quedo a comer en el restorán del hotel. El lugar está completamente vacío, lo cual agradezco de sobremanera. Termino de cenar y de inmediato, me voy a dar una vuelta por la orilla del lago. Según la guía turística de Veracruz, en Catemaco había que arrendar una lancha para visitar la Isla de los Monos. Le pregunto a uno de los lancheros a qué hora parten en la mañana, y me responde que a las ocho. Termino el camino costero y emprendo el regreso. Es de noche y justo frente al hotel, en un palafito veo unas luces encendidas. Cruzo la estrecha pasarela que une la orilla con la pequeña cabaña. Tras la puerta de entrada encuentro un restorán muy acogedor, con una terraza rodeada por el lago. Prefiero sentarme junto a la barra mientras pido un trago. De pronto me sorprende. En una de las mesas se haya la vieja que me persigue desde Acapulco. La

reconozco por su risa inconfundible y por su voz chillona. ¡No puede ser! ¿Qué tengo que hacer para que me deje tranquilo? No entiendo cómo anticipó mis pasos siendo que no venía en el bus a San Andrés Tuxtla. Le pregunto al barman si es que conoce a la señora. Me dice que no, pero agrega que está conversando con el futuro alcalde de Catemaco. ¡Mierda... conoce a las autoridades! Ahora comprendo por qué siempre me espera donde sea que vaya. La vieja debe viajar siempre en auto y sabe de antemano dónde me dirijo: le informan cada vez que compro un pasaje. Al llegar antes a los lugares, predispone a la gente en contra mío. ¡Maldita vieja de mierda! Mi mente está furiosa cuando el otro barman interrumpe, y me dice que se llama Érica. Parece que es la dueña de unos hoteles en Puebla. ¡Por fin sé su identidad! Creo que es mejor saber quién te sigue, en vez de sospechar de todo el mundo. Me voy a acostar apenas termino mi trago.

Me quedo viendo una película en el cable, luego otra. El ruido de selva tropical no me deja dormir. Oigo más pájaros de los que nunca he visto en mi vida. Estoy con los nervios destrozados, y cada ruido es interpretado como un peligro por mi cabeza. Para más remate, la ventana de mi habitación da a la costanera. ¿Quién estará al acecho?

CAPÍTULO 35

27 de octubre de 2000.

Me levanto como a las once con las murmuraciones que provienen de la piscina. Antes de salir de mi habitación, estoy seguro de que todo el hotel está confabulado.

El día está nublado. Perfecto para andar en bicicleta. Trato de rentar alguna, pero nadie en el pueblo parece confiar en mí. Retomo mis planes del día anterior y me embarco en una lancha hasta la Isla de los Monos. Como no hay más personas que quieran hacer el tour, tengo que arrendar una lancha por ciento cincuenta pesos.

La isla, en medio del lago, se encuentra atestada de monos que se comen las hojas de los árboles. Son agresivos, razón por la cual no me puedo bajar. Continuamos viaje en dirección a una reserva ecológica y se pone a llover en el trayecto. Sin embargo, cuando atracamos en el muelle de Nanciyaga, ya ha vuelto a salir el sol.

En la entrada a la selva tropical, una guía se ofrece a mostrarme el lugar. Veo donde la gente se da baños de barro, que se quitan posteriormente en un manantial de agua mineral. Pasamos por un planetario prehispánico y luego nos topamos con un chamán de magia blanca que enciende unas plantas aromáticas. La guía me explica que hay otros de magia negra para maldecir a personas. Me explica que los de magia blanca hacen “limpias” del espíritu. ¡Quizás eso es lo que necesito! Me muestra unas cabañas para dormir en medio de la selva y también a unos caimanes en su entorno natural. Finalmente, me convida a beber agua mineral del manantial y volvemos a la zona del muelle donde también hay un restorán. Es hora de almuerzo y me acerco a probar la comida típica naturista. Me quedo de una pieza cuando veo sentada a Érica en una mesa. Se me quita el apetito en ese mismo instante y retorno al muelle. Le digo al lancharo que me regrese al Hotel del Lago y noto una risa estúpida en su rostro. Lo interrogo en la mitad del trayecto y lo soborno. Me revela que una señora de nombre Érica lo tenía aleccionado para que me llevase a Nanciyaga.

Saco de inmediato mis cosas del hotel y tomo un taxi colectivo al Salto de Eyipantla. En la guía turística decía que era un lugar muy hermoso y lo mejor de todo, no le he comentado a nadie que voy para allá. Es una decisión repentina y por ende, Érica no será capaz de llegar al lugar. El taxista me deja donde se paga la entrada y luego desciendo por un largo sendero hasta llegar al lecho del río. Se ve imponente la caída de agua. Me acerco a donde llega el rocío y me dejo mojar. Me acuerdo de cuando José Miguel me dijo que Gloria había tenido un segundo hijo. Lo primero que hice fue calcular los meses que habían transcurrido desde que me dejó: eran justo nueve. Esa vez no me alteré frente a mi amigo, pero ahora bajo el agua de Eyipantla no me quedó otra que maldecirla.

El sendero se me hizo interminable de regreso. Justo había un taxi listo para partir y afortunadamente, iba a San Andrés Tuxtla. Me dejó en el centro y de ahí me dirigí directo a la central de autobuses. Miro la hora y falta poco para las 17:00.

CAPÍTULO 36

Noche del 27 de octubre de 2000.

Una vieja algo agitanada me pregunta si voy a Ciudad de México. La miro con desconfianza. Ya no confío en nadie que se me acerque en este país de mierda. Me pide plata y se la niego. Quizás no tenga nada que ver con los que me persiguen, pero igual repito que ¡no tengo! Luego se aparta ante mi cara de furia. Desconcertado miro el entorno de la central de autobuses. A los rostros ya habituales, se han agregado algunos más intimidantes. Me levanto sin preámbulos y me coloco lo más cerca posible del guardia de seguridad. Al mirar de nuevo a los de aspecto amenazante, veo como uno se desplaza cerca mío, más bien al asiento a mis espaldas. Quedo inmovilizado. Sólo se mueven mis ojos, que se clavan en el televisor que comienza a proyectar “La mosca” de Cronenberg. Son las 21:00, y no me queda otra que escudar la mirada en la película y evadirme de mis perseguidores por las próximas dos horas.

A las 23:10 todavía no ha terminado, y por los parlantes se avisa a los pasajeros que aborden el bus con destino a Ciudad de México.

Para mi desgracia, mi asiento es uno de los de más adelante. Veo desfilan hacia la parte posterior a Érica y a la otra gorda, y también a varios de los sospechosos. No son tres ni cuatro, yo diría que es el bus entero.

Cuando comienza el viaje, el copiloto pone una película en la videocassettera. Por lo menos tendré dos horas de tranquilidad, pienso, pero la mala suerte me persigue: no puede fijar la imagen en la pantalla. Me quedo en silencio con los perseguidores a unos asientos de distancia. Escucho varios diálogos a mis espaldas donde cada cierto tiempo escucho la frase: “el chileno...” No alcanzo a captar el sentido de esas conversaciones (me ponen muy nervioso). Para rematar, oigo las destempladas risas de Érica y su compinche.

De pronto, veo que un par de viejitos sentados al otro lado del pasillo, me miran con un aire de pena. ¡Por la chucha!, exclamo en mi interior. Estoy tan acorralado que lo único que surge en mi cabeza son pensamientos negativos. Cuando escucho a los del asiento de atrás lamentándose por mí, ya no quiero escuchar ningún cuchicheo más dentro del bus. Saco mi walkman y pongo el “Abre Páez” de Fito. Poco a poco me sumerjo “Al Lado del Camino”. “...En tiempos donde siempre estamos solos...”, “...nadie nos prometió un jardín de rosas...”: “...hablamos del peligro de estar vivos...”

Escucho el cassette una y otra vez, cambiando el lado cada media hora. Tengo los ojos cerrados, no quiero saber nada del entorno. Soy sólo yo y la música. Yo y cada frase de las canciones. Hasta que por fin estoy tranquilo y puedo pensar en algo. Debo regresar a Santiago de Chile y poner fin a esta huida. No aguanto más la persecución de estos mexicanos. Por más que viaje hasta los más recónditos lugares del orbe, no podré escapar de mí. Ese es mi último pensamiento antes de caer rendido por el sueño.

CAPÍTULO 37

14 de febrero de 2001.

Día de San Valentín.

Algo pesado brotaba del ambiente de la habitación. Era denso e ingrátido. No dejaba penetrar la luz a través de la ventana. Ni permitía que cayeran las partículas de polvo que retenía el techo. Desde lo alto, se podía ver a un hombre de unos treinta y dos años que estaba tirado sobre la cama. Se hallaba inmóvil, con sus ojos volcados sobre el cubrecama. Sus manos extendidas seguían la languidez de los brazos que caían. Uno sobre la almohada y el otro por el costado de la cama hasta casi tocar el suelo. Parecía como si ya no los dominara. Sus piernas también extendidas, completaban la dispersión de las extremidades. Pero pese a esa inmovilidad aparente, se sentía el dolor emanando de su piel.

Todo en esa habitación se hallaba sin movimiento. Parecía congelado. No había olores y los colores se ensombrecían segundo tras segundo. El espejo de la habitación casi no podía reflejar. Sin embargo, en él se estrellaba una y otra vez, el pensamiento de aquel hombre... y volvía a penetrar en su cabeza que no podía contener aquel maldito sueño.

Corría desesperado hacia un ruido lejano. Sin mirar atrás. La luz de un poste me devela una calle desierta. Trato de gritar y no puedo. ¿Por qué tan asustado? Intento retroceder el sueño. Tampoco reconozco dónde estoy. Elijo un rumbo hasta dar con Providencia. ¡Al fin una calle conocida! Camino aterrado por entre gente desconocida. El miedo vence al cansancio y mis pies corren nuevamente. Pasé al lado de Radio Minería y doblé por calle Encomenderos. Por suerte no había nadie esperándome. Cerré

rápido la puerta del Instituto de Yoga, subí al segundo piso y me refugié tras la recepción. Nunca grité. Me quedé solo y en silencio.

Me veía con una cara de miedo incontenible mientras iba retrocediendo el sueño. Sentía terror. De a poco me fui agachando y escondiendo bajo el escritorio. ¿De qué huía? ¿Qué había tras el macrocarpa?

Sabía que algo terrible había ocurrido tras esos arbustos. Algo que marcaría mi vida para siempre. De pronto me vi como un niño. Vi un hombre mayor que me tenía agarrado del pelo. Su otra mano me daba caricias mientras decía que callara, que nadie podría escucharnos donde estábamos. El miedo a que me hiciera daño fue tan fuerte que dejé de forcejear. El hombre se agachó y puso su cara a la altura de la mía. Me apretó fuertemente y me besó primero en la mejilla y luego en la boca. Traté de apartarme, pero era sólo un niño de ocho años. Lo que hacíamos debía quedar entre los dos, me decía, y mientras sostenía mi cabeza empezó a hurgar con su lengua dentro de mi boca. Casi al mismo tiempo comenzó a girarme hasta ponerme de espaldas. Me besaba la oreja mientras emitía unos ruidos extraños. Me tenía rodeado por sus piernas y sus manos se metían debajo de mi pantalón. Tenía tanto miedo que era incapaz de adivinar. Cada uno de sus movimientos me iban sorprendiendo conforme ocurrían. De pronto, el hombre se levantó, me dio vuelta y empezó a frotar mi rostro contra su pantalón. Seguía hablando. Yo estaba petrificado y la verdad, no le entendía nada. Era una marioneta que hacía todo lo que le dijeran. Si te portas bien no te pasará nada, era lo único que podía entender. Me lo repitió al tiempo que se bajó los pantalones y me mostró el pene más grande que había visto. Lo restregó por mi cara pasándolo cerca de mi boca. Por fin el hombre se descuidó y pareció aflojarme. Aproveché el instante y tras unos brincos desesperados, logré saltar al otro lado del macrocarpa. Corría desesperado. Pero la oscuridad no se disipaba. Corría sin saber donde me dirigía. Siguiendo un murmullo de autos a lo lejos mientras las ramas me daban en la cara. Estaba asustado de que aquel hombre me diera alcance y de que ya no pudiese huir nunca más. Esa sensación de miedo (sin mirar atrás) me había perseguido por veinticuatro años. Cada vez que revivía el sueño, sentía el mismo terror que cuando niño.

Los rayos solares penetraban la pequeña habitación blanca y reflejaban los colores matinales en las paredes. Permanecía en cama sin fuerzas para levantarme, observando

como la naturaleza me desafiaba. Los tonos del cielo eran los más hermosos que recordaba haber visto. Las nubes eran tan perfectas, que parecían arrojadas con violencia desde la profundidad azul. En contraste, me sentía perturbado por aquel amanecer.

A las siete de la mañana, me había despertado con un fuerte crujido que provenía del patio trasero. Con algún temor por lo que acontecía en la planta baja, crucé el umbral de la puerta y me abalancé sobre las escaleras. Iba descalzo y al dejar atrás el último peldaño, sentí un frío intenso. Si bien había bajado como un rayo, mi mente me hacía percibir cada instante al ritmo de mis latidos. Cuando entré al living casi se detiene mi corazón. Aquello que filmaban mis ojos, se transformó en una sucesión de fotografías cada vez más espaciadas. Al divisar la puerta de cocina entreabierta, me apresté a tomar la última antes de derrumbarme. Aquella visión me petrificó. Mis manos trataron de evitar que estallara mi cabeza e intenté gritar. Ningún sonido salió expelido de mis labios y quedé suspendido en un limbo sin movimientos que contenía, una y otra vez, una violencia incontenible. De pronto, la intensidad del momento me hizo perder la conciencia.

Cuando abrí los ojos, me encontraba solo en el cuarto y la puerta estaba cerrada. Todavía sentía frío en mis pies. Qué pesadilla más espantosa había tenido. Nada podía ser más terrible que aquella última imagen. No la podía desterrar de mi mente. Influido por el miedo, me quedé reflexionando acerca de lo que significaba. Me levanté de la cama semejando movimientos de autómatas y caminé descalzo hacia la ventana. Fijé la vista en los cristales, sin lograr traspasar su reflejo.

En aquel instante, mi vida a lo largo de estos años se presentó como un gran desperdicio. Años sin tener conciencia de mis actos. Viviendo quien sabe para qué. Siguiendo “EL CAMINO DEL SAMURAI”. Nunca me di el tiempo de escuchar lo que gritaba mi corazón. Ahora ya no había tiempo. Ni para escucharlo ni para ponerse a reflexionar. Todo era desolación. Me daba cuenta que había vivido conforme a las expectativas de los demás. Siempre sin pensar. Como compitiendo en una carrera. Con miedo a mirar atrás. Qué fácil fue hacerlo cuando era niño. No tuve problemas con el colegio. Tampoco la universidad requirió de mayores esfuerzos. ¿Qué estudié? Ingeniería, sin saber por qué. Sin dar vuelta la cabeza. Quizás mis padres quisieron esa carrera. Tampoco lo sé. Lo cierto es que yo era el protagonista de la película de Jarmusch. Era realmente “Ghost Dog”. Claro que mi DESTINO en la vida era amar y hacer feliz a una buena mujer. No sé si era Gloria, pero así lo creí. La amé con todas mis fuerzas. ¿Qué hermoso hubiera sido que me hubiese amado? Pero no fue la indicada y mi corazón se

volvió de piedra. Ya no pude amar a nadie. Ni siquiera a mi familia. Sufrí tanto con su pérdida que mi subconsciente bloqueó mi código de honor: el AMOR. ¡Qué poca valía le dio Gloria! Sin él ya no fui nadie. Sólo un pobre fantasma sobre la faz de la tierra. Dios sólo me dejó vivo para recordar la gran TRAICIÓN de la que fui objeto. Quedé recordando el pasado. En un estado de melancolía eterna.

De pronto, mi mirada traspasó los cristales. El sol que recién comenzaba a salir, me impidió percibir de inmediato lo que ocurría en el patio de la cocina. Sin embargo, la habitación se fue oscureciendo paulatinamente, al punto que la ventana se transformó en una especie de pantalla cinematográfica. Todo lo existente se fue resumiendo en una sola imagen. Veía el patio como tantas otras veces. Pero había algo diferente: la sombra del árbol no era la misma que de costumbre. Tenía una especie de bulto que colgaba de sus ramas. ¿Qué sería? Me acerqué a la ventana. Fui girando de a poco hasta que pude ver nítidamente a un sujeto con una soga al cuello. Mi corazón se exaltó. ¿A quién habían ahorcado en el patio de mi casa? No entendía nada. Agudicé mi vista para intentar ver de quién se trataba. Se encontraba todavía de espaldas, pero conforme iba girando pude ver su rostro. Me parecía un rostro familiar cuando de pronto, me di cuenta de que era yo mismo. Mi corazón ya no latía. Ahora reconocía mi ropa y no me quería convencer. Traté de mirarme las manos, pero a este lado de la ventana todo era negro. ¿De verdad estaba muerto? Me acordé del libro que leía “Ghost Dog” para seguir su “CAMINO DEL SAMURAI”. ¿Cómo se titulaba? El “Hagakure”, que contenía las estrictas normas que debía seguir en su vida. ¿Por qué me acordaba ahora de “Ghost Dog”? De pronto comprendí: había sido traicionado por su amo y comprendió que había llegado su hora, que era inevitable resistir su muerte. Por mi parte, también fui traicionado por Gloria y la vida ya no tenía mucho más que brindarme. Por lo que entendí perfectamente las últimas palabras escritas en el “Hagakure”: “The end is important in all things”. No sólo es importante, sino que hay que saber “cuando” es el momento de desaparecer. Por eso no lloré ante mi muerte. Estaba seguro de que ya no tenía nada más que hacer en la tierra. Tampoco quería volverme una peor persona de lo que ya era. Lo único que me atormentaba era lo egoísta que había sido con mis padres, mi hermana y mis sobrinos. Pero era tarde para arrepentirse. Me miré por última vez colgado del árbol y esa imagen se fue haciendo cada vez más aérea y panorámica. No me parecía tan terrible. Paulatinamente, comenzó a desaparecer esa última escena de la vida real y el “Inconciente Colectivo” de Charly García se dejó oír con su suave ritmo. Sólo en ese momento tuve la certeza de que

se me iba la vida. Luego se esfumó la ventana y me quedé solo en medio de un inmenso vacío.

FIN

—

A mis amigos:

Como ya no tenía nada que hacer en la vida, me dediqué a moverme de un sitio a otro. Ahora sí estaba claro que no había metas, sólo existían recorridos que cada vez se hacían más eternos. Cada viaje que emprendía me ponía a pensar en mis amigos. Ya tendría tiempo de disculparme con Felipe Navarrete por no haberlo escuchado atentamente cuando se refirió a su madre. Se que para él era importante que lo entendiera. Pero por suerte él encontró otra persona que lo oyera: Eugenia. Se veía muy feliz y quizás Dios no quiso que contaminara su vida en ese instante. Luego me acordé de Juan Somavía y Martín Harfagar. A ellos los quería montones pero comprendía que sus problemas sentimentales eran tan fuertes como los míos. A José Miguel Torres sólo tenía que pedirle perdón por no haber sabido aprovechar el gran apoyo que me brindó después de que Gloria me dejó. ¡Felicidades por tu autoconocimiento! Cásate luego con Karin, ella te quiere. Jürgen Sidgman fue feliz por siempre con Carola. Sebastián Herreros tuvo la gran suerte de casarse con Pancha Merino. Rodrigo Guesalaga siempre estaría bien, pues era un hombre de convicciones. No supe recibir las bendiciones de los ángeles de Patricia Gamboa. Pedí perdón por haber engañado a Clarita en los trabajos de verano de la universidad. Me acordé de pronto de Viviana Unda y pensé: fue la primera vez que me enamoré. Le deseo lo mejor en su vida junto a Rodrigo. A Verónica Romero y Nicolás sólo me resta decirles que su valentía no tiene igual. Por fin encontraste Jaime Hurtubia tu fin en la vida: ser padre. Marité, tu sabes que te admiro muchísimo, un gran beso para tí. Christian Misle y Maite Oroz no saben el gusto que se hayan conocido en una fiesta en mi casa. Grandes amigos con los que siempre podré salir a correr por la vida. Que lástima no haber formado una familia tan adorable como la de mi amigo Raúl Díaz, que seguirá trabajando por siempre en el Banco de Chile. Me acordé de mis pocos amigos de Salfa: Fernando Valdés y Magdalena Rodríguez vivirán por siempre en mi corazón. Y Ana Keim, la mentalista del olfato infalible. Qué agradable es siempre conversar contigo. Me tienes que ayudar a publicar esta novela.

A mis cercanos:

Antes que a ninguno debo agradecer a mi maestro Roberto Rivera Vicencio. Corregimos juntos la novela en el Café Colonia y “A Fuego Eterno Condenados” fueron saliendo las palabras debajo del barro. A sus discípulos del Taller Mapocho les agradezco las palabras de aliento en momentos tristes, en especial a María Eliana Huerta que me salvó de mis perseguidores e hizo las primeras revisiones.

A mis lectores preferidos del Cajón del Maipo, los quiero mucho Mario y Magaly.

Gracias a mi editor Cristián Cottet por sus certeros consejos.

A mi familia por ser incondicionales.

A mi esposa Magdalena simplemente por amarme.